

Roger Martin du Gard

Los Thibault, 2

El reformatorio



Lectulandia

Los Thibault es un monumental retrato del mundo antes del estallido de la primera guerra mundial. Su trazado laberíntico relata la historia de Jacques Thibault, el rebelde hijo de una familia de clase media-alta, con el trasfondo de los destinos más serios de sus parientes. La obra da cuenta detallada de la desesperación del héroe cuando estallan la guerra y el fracaso de su loco intento por detenerla.

Lectulandia

Roger Martin du Gard

El reformatorio

Los Thibault - 2

ePub r1.2

Titivillus 27.03.16

Título original: *Les Thibault: Le Pénitencier*
Roger Martin du Gard, 1922
Traducción: Félix Caballero Robredo

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

I

DESDE aquel día del año anterior en que había traído a los dos escolares fugitivos, Antoine no había vuelto a casa de la señora de Fontanin; no obstante la doncella le reconoció y aunque eran las nueve de la noche le hizo pasar sin cumplidos.

La señora de Fontanin estaba en su habitación, acompañada de sus hijos. Sentada delante de la chimenea, con el busto erguido, leía un libro en voz alta bajo la lámpara; Jenny, acurrucada en una butaca, retorció su trenza y con la mirada fija en el fuego, escuchaba. Daniel, algo apartado, con las piernas cruzadas y un cartón sobre las rodillas acababa un retrato a carboncillo de su madre. Antoine se detuvo durante un segundo en el umbral comprendiendo lo intempestivo de su llegada; no obstante, ya no podía retroceder.

La acogida de la señora de Fontanin fue más bien fría; más que nada parecía extrañada. Dejando a los niños en su habitación condujo a Antoine al salón; cuando se hubo enterado de lo que pretendía fue a buscar a su hijo.

Daniel aparentaba ahora diecisiete años, aunque solamente tuviera quince; un ligero bozo acusaba la línea de la boca. Antoine, intimidado, miraba al joven cara a cara, con un aire un poco provocativo que parecía decir: «Ya sabes que yo voy a lo que me interesa, sin andarme con rodeos.» Y, como antes le ocurriera, un instinto secreto le hacía exagerar en presencia de la señora de Fontanin esta apariencia de franqueza.

—He venido a verte a ti —dijo—. Nuestro encuentro de ayer me ha hecho reflexionar. —Daniel pareció sorprendido—. Sí —prosiguió Antoine—, apenas cambiamos algunas palabras; tú tenías prisa y yo también. Pero me ha parecido... No sé cómo decirlo..., y por otra parte no me has pedido noticias acerca de Jacques: he deducido de ello que te escribe. ¿No es así? He supuesto incluso que te escribe cosas, cosas que yo no sé y que necesito saber. No; espera, escúchame. Jacques abandonó París en junio último; estamos ya casi en abril; pronto va a hacer los nueve meses que está allí. Yo no he vuelto a verle ni él me ha escrito, pero mi padre le ve muy a menudo: me dicen que Jacques se porta bien y que trabaja; que el alejamiento y la disciplina han producido ya resultados excelentes. ¿Se engaña acaso? ¿O tal vez le engañan? Desde que nos encontramos ayer me he sentido inquieto repentinamente. Se me ha ocurrido que tal vez se siente desgraciado donde está ahora y que yo, por no saberlo, no puedo ayudarle; esta idea me resulta insoportable. Entonces he pensado venir a verte, con toda franqueza. Apelo a tu afecto por él. No se trata de traicionar ninguna confidencia. Pero creo que a ti tiene que escribirte lo que allí sucede. Eres el único que puede tranquilizarme, o por el contrario, hacerme intervenir.

Daniel escuchaba impasible. Su primer impulso había sido negarse a esta entrevista. Tenía la cabeza levantada y fijaba en Antoine una mirada que la turbación dulcificaba. Luego, indeciso, se volvió hacia su madre. Esta le contemplaba,

esperando con curiosidad su respuesta. La espera se prolongaba. Por último, la señora de Fontanin sonrió.

—Di la verdad, hijo mío —dijo, haciendo con la mano un gesto alentador—. Nunca se arrepiente uno de no mentir.

Entonces Daniel tomó la decisión de hablar. Sí; había recibido de vez en cuando cartas de Thibault; cartas cada vez más cortas y menos explicativas. Daniel sabía que su compañero estaba interno con un profesor de provincia, ¿pero dónde? Sus cartas estaban timbradas en un vagón de correos de la línea del Norte. ¿Una especie de fábrica de bachilleres? Tal vez.

Antoine se esforzaba por no dejar traslucir su estupefacción. ¿Con cuánto cuidado había ocultado Jacques la verdad a su amigo más íntimo! ¿Y por qué? ¿Por vergüenza? La misma, indudablemente, que hacía al señor Thibault disfrazar a los ojos del mundo el reformatorio de Crouy, en el que había encarcelado a su hijo, como «una institución religiosa a orillas del Oise». La sospecha de que aquellas cartas pudieran serle dictadas a su hermano atravesó repentinamente el pensamiento de Antoine. ¿Llegarían, incluso, a martirizar al pequeño? Recordó una campaña llevada a cabo por un periódico revolucionario de Beauvais y las terribles acusaciones lanzadas contra la *Obra de Preservación social*: mentiras a las que el señor Thibault había puesto en su lugar en el transcurso de un proceso por difamación que había ganado con todos los pronunciamientos favorables; pero, ¿y si a fin de cuentas...?

Antoine solamente se fiaba de si mismo:

—¿Tendrías inconveniente en enseñarme una de esas cartas? —preguntó. Y viendo que Daniel se ruborizaba, añadió sonriente, como para disculparse—, una cualquiera; es sólo para ver.

Sin contestar, sin siquiera consultar a su madre con la mirada, Daniel se levantó y salió de la estancia.

Al quedarse a solas con la señora de Fontanin, Antoine volvió a experimentar la misma impresión de otras veces: desorientación, curiosidad, atracción. Ella tenía la mirada perdida y parecía no pensar en nada. Pero hubiérase dicho que su sola presencia bastaba para activar la vida interior de Antoine, su perspicacia. Alrededor de esta mujer el aire adquiría una conductibilidad especial. En aquel momento, Antoine sentía flotar en el ambiente una sensación de desaprobación de la que no se podía desprender. No se engañaba. Sin echar la culpa concretamente a Antoine ni al señor Thibault, puesto que desconocía el paradero de Jacques, y teniendo como único punto de referencia aquella sola visita a la calle de la Universidad, tenía la impresión de que con mucha frecuencia lo que allí se hacía no era lo más adecuado. Antoine la adivinaba y casi la aprobaba. Bien es verdad que si alguien se tomara la libertad de criticar a su padre hubiera salido en su defensa, pero, en este momento y en el fondo de sí mismo, estaba de acuerdo con la señora de Fontanin y en contra del señor Thibault. Ya el año anterior —no se le había olvidado—, cuando había atravesado por primera vez esta atmósfera que rodeaba a los Fontanin, de regreso a su hogar el

ambiente familiar le había parecido irrespirable durante algunos días.

Daniel volvió. Alargó a Antoine un sobre de mísero aspecto.

—Esta es la primera; la más larga —observó, volviendo a sentarse.

«Mi querido Fontanin:

»Te escribo desde mi nueva casa. Tú no trates de escribirme, porque aquí está absolutamente prohibido. Aparte de esto, todo lo demás está muy bien. Mi profesor es bueno, es muy amable conmigo y trabajo mucho. Hay un montón de compañeros, también muy simpáticos. Por otra parte, mi padre y mi hermano vienen a verme los domingos. Ya ves que estoy muy bien. En nombre de nuestra amistad, mi querido Daniel, te pido que no juzgues a mi padre con demasiada severidad; tú no puedes hacerte cargo de todas las cosas. Yo sé que es bueno y que ha obrado perfectamente al alejarme de París, donde perdía el tiempo en el liceo; ahora lo comprendo y estoy contento. No te doy mis señas para estar seguro de que no me escribirás, pues aquí sería terrible para mí.

»Volveré a escribirte cuando pueda hacerlo, mi querido Daniel.

»Jacques.»

Antoine releyó dos veces esta carta. Si no hubiera reconocido por algunos rasgos la letra de su hermano, hubiera sospechado que la carta no era de Jacques. La dirección del sobre estaba escrita con otra letra: una letra de campesino, torpe, vacilante, sucia. ¿Por qué estas mentiras? «¡Mis compañeros!» Jacques vivía en una celda, en aquel famoso «pabellón especial» que el señor Thibault había creado en el reformatorio de Crouy para los hijos de buena familia y que siempre estaba vacío; no hablaba a ningún otro ser viviente que al criado encargado de servirle la comida y llevarle de paseo, o al profesor que venía desde Compiègne para darle clase tres veces por semana. «¡Mi padre y mi hermano vienen a verme!» El señor Thibault iba a Crouy, con carácter oficial, el primer jueves de cada mes para presidir allí el Consejo de Dirección; efectivamente, antes de regresar, aquel día hacía comparecer a su hijo en el locutorio durante algunos momentos. Por lo que respecta a Antoine, más de una vez había manifestado su deseo de ir a visitar a su hermano en la época de las vacaciones, pero el señor Thibault se había opuesto a ello: «En el régimen a que se encuentra sometido tu hermano —decía—, lo más importante es la regularidad en el aislamiento.»

Con los codos apoyados sobre las rodillas daba vueltas y vueltas al papel que tenía en la mano. Había perdido el descanso para mucho tiempo. De repente se sintió tan solo, tan desamparado, que estuvo a punto de confiárselo todo a aquella mujer inteligente que una casualidad afortunada ponía en su camino. Levantó la vista hacia ella: con las manos sobre la falda y el otro meditabundo parecía esperar. Su mirada era penetrante.

—¿Si usted cree que podemos ayudarle en algo? —murmuró con una leve sonrisa. La blancura de su pelo hacía aún más juvenil su sonrisa y todo su semblante.

Sin embargo, en el momento mismo de ir a ceder, vaciló. Daniel le miraba con aspecto de reserva. Antoine temió parecer irresoluto y, más que nada, dar a la señora de Fontanin una falsa imagen acerca del hombre enérgico que él era. Pero se dio a sí mismo una razón aún mejor: no divulgar el secreto que Jacques se tomaba tanto trabajo en ocultar. Y sin tergiversar las cosas, desconfiando de sí mismo, se levantó para marcharse y tendió la mano para despedirse, con aquella expresión fatal que tomaba tan a menudo y que parecía querer decir: «No me pregunten. Ustedes me adivinan. Nos comprendemos. Adiós.»

Una vez en la calle empezó a andar sin rumbo fijo. Se repetía: «Tengo que tener sangre fría y decisión.» Cinco o seis años de estudio le obligaban a razonar con una apariencia de lógica: «Jacques no se queja, luego no es desgraciado.» Y pensaba exactamente todo lo contrario. Recordaba con obsesión aquella campaña de prensa emprendida antaño contra el reformatorio; recordaba sobre todo un artículo titulado *Cárceles de niños*, en el que se describía detalladamente la miseria material y moral de los pupilos: mal alimentados, mal instalados, sometidos a los castigos corporales, abandonados con frecuencia a la brutalidad de los guardianes. Se le escapó un gesto de amenaza: ¡costara lo que costara, sacaría de allí al pobre niño! ¡Un buen proyecto! ¿Pero cómo llevarlo a cabo? Hablar a su padre, discutir con él, era algo en lo que no se podía pensar; al fin y al cabo era contra su padre, contra la Obra fundada y dirigida por él, contra lo que se sublevaba Antoine. Este sentimiento de rebeldía filial le resultaba tan nuevo que al principio se sintió desazonado y luego orgulloso.

Recordó lo que había sucedido el año anterior, al día siguiente del regreso de Jacques. El señor Thibault había convocado a Antoine en su despacho. El abate Vécard acababa de llegar. El señor Thibault gritaba: «¡Es un pillo, y hay que doblegar su voluntad!» Abría delante de sí la manaza peluda y la cerraba lentamente, haciendo resonar las articulaciones. Luego, con una sonrisa de satisfacción, había dicho: «Creo tener la solución.»

Y después de una pausa, levantando por fin los párpados, había lanzado: «Crouy.» «¿Jacques, al reformatorio?», había exclamado Antoine. La discusión había sido violenta. «Se trata de doblegar su voluntad», repetía el señor Thibault, restallando sus articulaciones. El abate vacilaba. Entonces el señor Thibault había expuesto el régimen especial a que sería sometido Jacques y que, oyéndole, parecía conveniente y paternal. Luego, en tono enérgico y marcando bien las comas, había terminado:

—Y así, puesto al abrigo de las tentaciones perniciosas, purgado de sus malos instintos por la soledad, habiendo tomado gusto al trabajo, estará hasta que cumpla los dieciséis años y quiero esperar que entonces estará en condiciones de reanudar con nosotros la vida de familia.

El abate aprobó:

—El aislamiento produce curas maravillosas —insinuó.

Antoine, vacilando a causa de los argumentos de su padre y de la aprobación del sacerdote, había terminado por creer que estaban en lo cierto. Hoy no se perdonaba su consentimiento ni se lo perdonaba a su padre.

Andaba de prisa, sin mirar por dónde iba. Delante del «Lion de Belfort» se dio media vuelta y volvió sobre sus pasos, encendiendo cigarro tras cigarro y lanzando el humo al aire de la noche. Había que golpear sobre seguro: ir a Crouy y aparecer allí en plan de justiciero.

Una mujer se aproximó a él y deslizó algunas palabras con voz tierna. No contestó y continuó su marcha por el bulevar de Saint-Michel.

«¡En plan de justiciero! —se repetía—. ¡Desenmascarar las artimañas de los directores, la crueldad de los cómitres, provocar un escándalo y libertar al pequeño!»

Pero su impulso había disminuido. Su espíritu seguía una doble pista: al margen del gran proyecto había surgido un capricho. Cruzó el Sena: sabía perfectamente adónde le llevaba su distracción. ¿Y por qué no? ¿No estaba demasiado nervioso para poder dormir? Aspiró el aire, ensanchó el pecho y sonrió.

«Ser hombre, y fuerte —pensó.»

En tanto que se adentraba alegremente por la callejuela oscura volvió a invadirle un nuevo sentimiento de generosidad: su resolución se le aparecía en relieve, luminosa, ya triunfante; en el momento de ir a ejecutar uno de los dos designios que desde hacía un cuarto de hora se disputaban su atención, el otro se le apareció, repentinamente, casi realizado; mientras empujaba la puerta de cristales con un gesto familiar, precisó:

—Mañana, sábado, es imposible faltar al hospital. Pero el domingo... ¡El domingo por la mañana estaré en el reformatorio!

II

AL no detenerse en Crouy el rápido de por la mañana, Antoine hubo de apearse en Vennette, la última estación antes de Compiègne. Saltó del tren con una animación extremada. Durante el recorrido, a pesar del examen que tenía que sufrir la semana siguiente, no había podido fijar la atención en los libros de medicina que había llevado consigo. Desde hacía dos días su imaginación se representaba con tanta precisión el éxito de su cruzada, que ya creía haber puesto fin a la reclusión de Jacques y no pensaba sino en reconquistar su cariño.

Tenía que recorrer unos dos kilómetros sobre una carretera lisa, iluminada por el sol. Por primera vez en el año, después de semanas de lluvia, la primavera parecía ofrecerse por fin, en el fresco perfume de esta mañana de marzo. Antoine contemplaba con alborozo los campos rastrillados, ya verdeantes, y, bajo el cielo claro del horizonte, en el que se alzaban ligeras vaharadas, las riberas del Oise, centelleantes de luminosidad. Durante un instante tuvo la debilidad de desear haberse equivocado. ¡Había tanta tranquilidad, tanta pureza en el ambiente que le rodeaba! ¿Podía ser éste el marco de una cárcel infantil?

Tenía que atravesar de punta a cabo todo el pueblo de Crouy antes de llegar al reformatorio. Y de repente, al dejar a su espalda las últimas casas, sintió como un choque: sin haberlo visto nunca reconoció desde lejos, aislado como un cementerio nuevo con su cinturón de tapias enlucidas, en medio de una llanura arcillosa desprovista de toda vegetación, el amplio edificio cubierto de tejas, con sus hileras de ventanas enrejadas y la fachada que el sol hacía lucir. Hubiérase dicho que se trataba de una cárcel a no ser por la inscripción grabada en la piedra por encima del primer piso, que se destacaba con letras doradas:

FUNDACIÓN OSCAR THIBAULT

Se adentró por el camino sin árboles que llevaba al reformatorio. Las ventanitas oteaban la llegada del visitante. Se acercó al portal y tiró de la campanilla, que resonó en el silencio dominical. Se abrió la puerta. Un perrazo de aspecto feroz ladraba con furor, encadenado a su argolla. Antoine entró en el patio: un jardincillo, o más bien una capa de césped, rodeada de gravilla, que se ensanchaba ante el edificio principal. Se sentía observado y no distinguía ningún ser viviente, a no ser el perro, que tirando de su cadena no dejaba de alborotar. A la izquierda de la entrada se elevaba una capillita, coronada por una cruz de piedra; a la derecha, una construcción más baja en la que leyó: «Administración.» Se dirigió hacia este pabellón. La puerta, que estaba cerrada, se abrió en el preciso momento en que él llegaba a la entrada. El perro seguía ladrando. Entró. Un vestíbulo a cuadritos, recién pintado y provisto de sillas nuevas,

como el locutorio de un convento. La estancia estaba excesivamente caldeada. Un busto en escayola del señor Thibault, de tamaño natural, pero que junto a esta pared más bien baja destacaba con proporciones colosales, decoraba el lienzo de la derecha. Un humilde crucifijo de madera negra, adornado con herrajes, trataba de hacer juego en la pared opuesta. Antoine permaneció en pie, en una pausa defensiva. ¡No se había equivocado! ¡Todo transcendía a cárcel!

Por último se abrió una ventanilla en la pared del fondo y apareció la cabeza de un vigilante. Antoine le arrojó una tarjeta suya, junto a otra de su padre, y, en tono seco, pidió ver al director.

Transcurrieron casi cinco minutos.

Antoine, exasperado, se disponía ya a penetrar más en la casa, cuando se oyó en el pasillo el rumor de un paso rápido: un hombre joven, con gafas, vestido de franela, rubio y rollizo, corría hacia él arrastrando las zapatillas, con rostro radiante y las manos tendidas en señal de bienvenida.

—¡Muy buenos días, doctor! ¡Qué sorpresa tan agradable! Su hermano se va a poner muy contento. ¡Le conozco a usted perfectamente: el señor fundador habla muy a menudo de su hijo mayor, el médico! Por otra parte, hay un cierto aire de familia... ¡indudable, permítame asegurárselo! —dijo, sonriendo—. Pero, por favor, sírvase entrar en mi despacho. Y perdóneme: soy el señor Faïsme, el director.

Empujaba a Antoine hacia el despacho de la dirección, arrastrando los pies y siguiéndole de cerca, con los brazos levantados y las manos abiertas, como si temiera que Antoine pudiera tropezar y quisiera estar en condiciones de atraparle al vuelo.

Obligó a Antoine a sentarse y ocupó su sitio detrás de la mesa.

—¿El señor fundador se encuentra bien de salud? —inquirió con su voz aflautada—. ¡Es extraordinario, los años no pasan por él! ¡Qué pena que no haya podido acompañarle!

Antoine inspeccionaba los alrededores con una mirada desconfiada y contemplaba sin ninguna complacencia aquella fisonomía de chino rubio y aquellas gafas de oro, detrás de las cuales los ojillos mariposeaban sin cesar con una expresión alegre. Mal preparado para este recibimiento tan voluble, y desorientado sobremanera por encontrar, bajo la apariencia de un joven en pijama, a este director de cárcel que él se había imaginado con los rasgos repelentes de un gendarme vestido de paisano, y que parecía todo lo más el director de un colegio, tuvo necesidad de hacer un esfuerzo para recobrar su aplomo.

—¡Caramba, caramba! —exclamó de repente Faïsme—. Lo malo es que ha llegado usted precisamente cuando se está celebrando la misa mayor. Todos los niños están en la capilla y también su hermano. ¿Qué podríamos hacer? —Consultó su reloj—. Todavía faltan unos veinte minutos, media hora tal vez, si las comuniones son numerosas. Lo cual es muy posible, ya que, según le habrá dicho el señor fundador, tenemos la crema de los capellanes: un sacerdote joven, emprendedor, de una habilidad incomparable. Desde que está aquí, los sentimientos religiosos de la

Fundación han sufrido una verdadera transformación. ¡Es una lástima! ¿Qué podríamos hacer entretanto?

Antoine se levantó sin ninguna cortesía. El objeto de su investigación permanecía bien presente en su pensamiento.

—Puesto que los locales están desocupados de momento —dijo, mirando al hombrín—, ¿sería indiscreto visitar la colonia? Me gustaría ver las cosas de cerca; he oído hablar de ellas tan a menudo desde la infancia...

—¿De verdad? —preguntó el director con cierta sorpresa—. Pues nada hay más fácil —prosiguió. Pero no se movió de su sitio y, sin dejar de sonreír, pareció meditar durante un instante—. El pabellón, ya sabe usted, no tiene nada de interés. No es ni más ni menos que un cuartel en pequeño; una vez dicho esto ya lo conoce usted tanto como yo.

Antoine seguía de pie.

—Pues sí; me interesa. —Y como el director le examinara con sus ojillos arrugados, con una expresión divertida e incrédula, agregó—: Se lo aseguro.

—Entonces, con mucho gusto, doctor. Lo que tarde en vestirme y ponerme los zapatos y soy con usted.

Desapareció. Antoine oyó un timbrazo. Luego sonó cinco veces en el patio una campana. «Vaya, vaya —pensó—; tocan alarma: el enemigo está dentro de la casa.» No podía permanecer sentado. Se acercó al ventanal, pero los cristales eran esmerilados. «Tranquilidad —se dijo—. Lo que yo tengo que hacer es abrir bien los ojos y asegurarme. Y luego actuar.»

Por fin reapareció el señor Faïsme.

Salieron.

—¡Nuestro patio de honor! —presentó pomposamente el director, riendo con indulgencia. Luego corrió hacia el perrazo que comenzaba otra vez a ladrar y le asestó en el lomo un puntapié brutal, que hizo al animal refugiarse en su caseta.

—¿Entiende usted de horticultura? Claro que sí, ¡caramba!; un médico por fuerza tiene que entender de plantas. —Se detenía con complacencia en medio del jardincillo—. Aconséjeme. ¿Cómo le parece que cubra este trozo de pared? ¿Con hiedra? Harían falta años...

Antoine, sin contestar, le llevó hacia el pabellón principal. Recorrieron la planta baja. Antoine iba delante, con el ojo atento, abriendo con autoridad cualquier puerta que veía cerrada; no se le escapaba nada. Las paredes estaban blanqueadas en la parte alta y pintadas con alquitrán hasta dos metros del suelo. Todas las ventanas estaban provistas de cristales esmerilados, como la del director, y reforzadas con barrotes. Antoine quiso abrir una de ellas, pero se necesitaba una llave especial; el director sacó una del bolsillo y abrió la ventana. Antoine observó la destreza de aquellas manos gordezuelas y amarillentas. Lanzó sobre el patio interior su mirada inquisidora; estaba desierto: una gran explanada rectangular, de barro seco y pisoteado, sin un árbol, y rodeada de altas paredes erizadas de cascós.

El señor Faïsme detallaba con minuciosidad el destino de los locales: salas de estudio, talleres de carpintería, de cerrajería, de electricidad, etc. Las salas eran pequeñas y estaban bien cuidadas. En los refectorios, los criados acababan de fregar las mesas de madera blanca; de los fregaderos instalados en los rincones se escapaba un olor agrio.

—Todos los pupilos vienen aquí, a la terminación de la comida, para fregar su plato, su jarro y su cuchara. En ningún caso cuchillo, claro está, y ni siquiera tenedor... —Como Antoine le mirara sin comprender, añadió—. Nada que tenga punta...

En el primer piso se sucedían otras salas de estudio, otros talleres y una instalación de duchas que no parecía ser utilizada muy a menudo, pero de la que el director se mostró especialmente orgulloso. Iba y venía alegremente de una sala a otra, con los brazos separados y las manos hacia adelante, y mientras hablaba, de una manera maquinal arrimaba un banco a la pared, recogía del suelo un clavo, cerraba del todo un grifo, ordenaba todo lo que no estaba en su sitio.

En el segundo piso se encontraban los dormitorios. Los había de dos clases. La mayoría contenían una decena de colchonetas, alineadas bajo las mantas grises, y con sus casilleros para los útiles; hubieran semejado alojamientos militares, a no ser por una especie de caja de hierro, provista de una reja muy fina, que ocupaba el centro.

—¿Es que los encierra usted ahí dentro? —preguntó Antoine.

El señor Faïsme levantó los brazos con un gesto cómico y aterrado a la vez, y luego se echó a reír.

—¡No, señor, no! Ahí es donde duerme el vigilante. Ya ve usted: coloca su catre bien en medio, equidistante de las paredes; lo ve todo, lo oye todo y no corre ningún riesgo. Además dispone del timbre de alarma, cuyos hilos pasan por debajo del entarimado.

Otros dormitorios se componían de cuartitos yuxtapuestos, de ladrillo, cerrados con rejas como las jaulas de una casa de fieras. El señor Faïsme se detuvo en el umbral. Su sonrisa tomaba algunas veces una expresión ausente, meditabunda, que durante un instante prestaba a su rostro rubicundo la melancolía de algunos budas.

—¡Ah, doctor; estos son nuestros *terribles*! —explicó—. Los que nos llegan demasiado tarde para poder ser reformados: no son de lo mejorcito, como es de suponer... Entre ellos hay muchos viciosos y no tenemos más remedio que tenerlos aislados durante la noche.

Antoine aproximó el rostro a una de las rejas. Distinguió en la sombra un grabado estropeado, las paredes cubiertas de dibujos obscenos y de inscripciones. Hizo un movimiento de retroceso.

—No mire usted; es demasiado triste —suspiró el director, llevándole consigo—. Mire, aquí está el paseo central, por el cual va y viene durante toda la noche el vigilante. Aquí el vigilante no se acuesta, ni se apaga la luz. Aunque estén perfectamente encerrados estos sinvergüenzas son capaces de hacer una faena... ¡Sí,

señor! —Sacudió la cabeza y bruscamente empezó a reír guiñando los ojos. Toda expresión de pena había desaparecido por completo—. ¡Los hay de todas clases! —terminó con ingenuidad, encogiéndose de hombros.

Antoine estaba demasiado interesado en lo que veía para pensar en todas las preguntas que había preparado. Sin embargo, dijo:

—¿Y cómo les castiga usted? Me gustaría también ver los calabozos.

El señor Faïsme retrocedió un paso, abrió los ojos desmesuradamente y agitó levemente las manos:

—¡Qué cosas dice usted, los calabozos! Pero, doctor, ¿usted cree que estamos en La Roquette? No; gracias a Dios aquí no hay calabozos. Nuestros estatutos nos lo prohíben y además el señor fundador no nos lo consentiría nunca.

Antoine, desconcertado, sufría la ironía de aquellos ojillos arrugados, cuyas pestañas aleteaban detrás de las gafas. Comenzaba a sentirse verdaderamente molesto por el papel de personaje desconfiado que estaba interpretando. Nada de lo que veía le incitaba a persistir en él. Incluso se preguntó, con cierta confusión, si el director no habría adivinado ya la desconfianza que le había atraído a Crouy; pero era difícil saberlo; hasta tal extremo parecía real el candor del señor Faïsme, a pesar de los destellos de malicia que brillaban algunas veces en sus ojillos.

El director cesó de reír, se acercó a Antoine y le cogió del brazo:

—Sin duda tiene usted ganas de bromas, ¿verdad? Usted sabe tan bien como yo cuál es el resultado de la severidad excesiva: la rebelión o, lo que es todavía peor, la hipocresía... El señor fundador pronunció sobre este tema unas palabras muy acertadas en el Congreso de París, el año de la Exposición...

Había bajado la voz y miraba al joven con una simpatía especial, como si Antoine y él constituyeran una *élite*, la única capaz de discutir estos problemas de pedagogía sin caer en los errores del vulgo. Antoine se sintió alabado y su impresión favorable se acentuó.

—Ni qué decir tiene que en el patio, como en los cuarteles, tenemos un lugar que el arquitecto había bautizado en el proyecto: *locales disciplinarios*...

—... pero solamente metemos en ellos nuestras reservas de carbón y de patatas. ¿Qué necesidad hay de calabozos? —prosiguió—. ¡Se obtienen las cosas mucho mejor por la persuasión!

—¿De verdad? —preguntó Antoine.

El director sonrió irónicamente y volvió a coger del brazo a Antoine.

—Entendámonos —confesó—. Lo que yo llamo la persuasión, prefiero aclarárselo sin dilación, es la privación de ciertos alimentos. Nuestros pequeños son todos muy golosos. Es cosa de la edad, ¿verdad? El pan seco, doctor, tiene virtudes persuasivas absolutamente insospechadas..., pero hay que saberlo emplear: lo esencial es no aislar al niño que se desea convencer. ¡Ya ve usted qué lejos estamos del aislamiento del calabozo! ¡No! Es precisamente en un rincón del refectorio donde hay que hacerle comer su mendrugo de pan seco, a la hora de la mejor comida: la del

mediodía; con el aroma del magnífico estofado que humea, a la vista de los otros que se deleitan con él. ¡Esto sí que es irresistible!, ¿verdad? ¡Se adelgaza tan de prisa a esta edad! Quince días, tres semanas, nunca más de eso: y siempre he conseguido hacerme hasta con los más recalcitrantes. ¡La persuasión! —terminó, con los ojos resplandecientes—. ¡Nunca he tenido que actuar de otra forma; nunca he llegado siquiera a levantar la mano a uno de estos pequeños que me son confiados!

Su rostro resplandecía de orgullo, de ternura. Tenía verdaderamente aspecto de querer a aquellos granujas, incluso a los que le ocasionaban más molestias.

Descendieron de nuevo a la planta baja. El señor Faïsme sacó el reloj.

—Ahora, para terminar, permítame que le ofrezca un espectáculo muy edificante. Podrá usted contárselo al señor fundador y tengo la seguridad de que será una satisfacción para él.

Cruzaron el jardín y penetraron en la capilla. El señor Faïsme le ofreció agua bendita. Antoine vio de espaldas a medio centenar de chiquillos vestidos con blusas de hilo crudo, alineados a cordel, arrodillados sobre las losas, inmóviles; cuatro vigilantes bigotudos, con un uniforme azul ribeteado de rojo, se paseaban por entre los niños sin perderles de vista. En el altar, el sacerdote terminaba la misa ayudado por dos pupilos.

—¿Dónde está Jacques? —susurró Antoine.

El director indicó la tribuna bajo la cual se encontraban y andando de puntillas ganó la puerta.

—Su hermano está siempre en el sitio que tiene reservado aquí arriba —dijo el señor Faïsme cuando estuvieron fuera—. Está solo; es decir con el muchacho que tiene a su servicio. En relación con esto, puede usted comunicar a su señor padre que hemos asignado a Jacques el nuevo criado de que le hablamos. De esto hace ya unos ocho días. El otro, el padre León, era demasiado anciano y estará mejor colocado en la vigilancia de un taller. El nuevo es un joven lorenés; de lo mejor que hay: acaba de salir del regimiento, donde era ordenanza del coronel; tenemos de él las mejores referencias. Así será menos desagradable para su hermano durante los paseos, ¿no le parece? Pero, caramba, estoy hablando y hablando y ya salen de la capilla.

El perro se puso a ladrar furiosamente. El señor Faïsme le hizo callar, se colocó las gafas en su sitio y se plantó en el centro del patio de honor.

La puerta de la capilla se había abierto de par en par y los niños, en columna de tres y flanqueados por los vigilantes, desfilaron a un paso acompasado, como para una parada militar. Llevaban la cabeza descubierta e iban calzados con alpargatas, lo que daba a su marcha el paso elástico de las sociedades gimnásticas. Las blusas estaban limpias y ceñidas a la cintura por un cinturón de cuero cuya chapa brillaba al sol. Los de más edad parecían tener diecisiete o dieciocho años, y los más jóvenes, diez u once. La mayor parte tenían el color pálido, los ojos bajos, una fisonomía apagada, sin juventud. No obstante, Antoine, que los examinaba con toda su atención, no pudo sorprender ni una mirada equívoca, ni una sonrisa sardónica, ni siquiera una

expresión de malevolencia: aquellos niños no tenían en modo alguno aspecto de terribles; Antoine hubo de confesarse por otra parte que tampoco lo tenían de mártires.

Cuando la pequeña columna hubo desaparecido en el edificio de los alojamientos, cuya escalera de madera resonó durante largo tiempo, Antoine se volvió hacia el señor Faïsme, que parecía interrogarle:

—Presentación impecable —afirmó.

El hombrín no respondió; pero se frotaba lentamente sus manos grasientas, como si se las hubiera enjabonado, y desde detrás de sus gafas sus ojos, brillantes de orgullo, daban las gracias.

Entonces, cuando el patio estaba ya desierto, hizo Jacques su aparición en los soleados escalones de la capilla.

¿Era él? Había cambiado tanto, había crecido tanto, que a Antoine le costó trabajo reconocerle. No llevaba uniforme, sino un traje de paño, un sombrero de fieltro y un abrigo echado sobre los hombros; le seguía un muchacho de unos veinte años, rechoncho, rubio, que no llevaba la librea de los vigilantes. Descendieron la escalinata. Ni uno ni otro parecían haberse apercibido del grupo formado por Antoine y el director. Jacques andaba tranquilamente, con la mirada fija en el suelo, y solamente cuando ya se encontraba a algunos metros del señor Faïsme levantó la cabeza, se detuvo, puso cara de asombro y se descubrió inmediatamente. Su gesto fue perfectamente natural y, sin embargo, Antoine tuvo la sospecha de que aquel asombro era fingido. Por otra parte, el rostro de Jacques permanecía tranquilo y aunque sonreía no demostraba verdadera alegría. Antoine se adelantó; también él fingía su alegría.

—Vaya una sorpresa agradable, ¿eh Jacques? —exclamó el director—. Pero voy a tener que regañarte: tienes que ponerte el abrigo y abrochártelo cuando estés en la capilla; la tribuna es muy fría y puedes caer enfermo.

Jacques se había apartado de su hermano tan pronto como había oído al señor Faïsme dirigirse a él y miraba al director a la cara, con una expresión respetuosa, pero sobre todo inquieta, como si tratara de comprender el sentido oculto de sus palabras. Inmediatamente, sin contestar se puso el abrigo.

—¿Sabes que has crecido mucho? —balbuceó Antoine. Examinaba a su hermano con estupefacción, tratando de analizar este cambio completo de aspecto, de modales, de fisonomía, que paralizaba sus impulsos.

—¿Quieren ustedes quedarse afuera durante un rato? —propuso el director—. ¡Hace un tiempo tan agradable! Jacques le llevará a su habitación cuando hayan dado una vuelta por el jardín.

Antoine vacilaba. Preguntó a su hermano con la mirada.

—¿Quieres?

Jacques pareció no entenderle. Antoine supuso que no encontraba ningún aliciente en permanecer allí, bajo las ventanas del reformatorio.

—No —dijo—; estaremos mejor en tu... habitación, ¿verdad?

—Como guste —exclamó el director—. Pero antes quiero mostrarle aún una cosa: tiene usted que ver a todos nuestros pensionistas. Ven con nosotros, Jacques.

Jacques siguió al señor Faïsme que, con los brazos abiertos y riendo como un escolar bromista, empujaba a Antoine hacia un cobertizo adosado a la pared de la entrada. Se trataba de una docena de conejeras. El señor Faïsme adoraba la cunicultura.

—Esta camada ha nacido el lunes —explicó con alborozo—, y ya ven ustedes, ¡ya abren los ojillos! Estos de aquí son mis machos. Mire éste, doctor —dijo, hundiendo el brazo en una jaula y sacando por las orejas un magnífico ejemplar plateado, de Champagne, que se estiraba con brascas sacudidas—; ¡éste sí que es un terrible!

En sus palabras no había nada de malicia y reía con candidez. Antoine pensó en el dormitorio de arriba, con sus conejeras cerradas con barrotes de hierro.

El señor Faïsme se volvió y sonrió como un incomprendido:

—Caramba, caramba; estoy venga a hablar sin darme cuenta de que ustedes sólo me escuchan por cortesía, ¿no es cierto? Les voy a llevar a la habitación de Jacques y les dejo. Jacques, pasa delante y enséñanos el camino.

Jacques echó a andar el primero. Antoine se unió a él y le puso la mano sobre el hombro. Hizo un esfuerzo para representarse al pequeño escuchimizado, nervioso, con calcetines, que había ido a recoger a Marsella el año anterior.

—Ahora eres casi tan alto como yo.

Desde el hombro su mano subió hasta el cogote, semejante al delgado cuello de un pájaro. Todos los miembros parecían estirados hasta la fragilidad: las muñecas alargadas se salían de las mangas; el pantalón dejaba al descubierto los tobillos; su paso tenía una rigidez y una torpeza, aunque también una elasticidad y una juventud completamente nuevas.

El pabellón destinado a los pupilos especiales formaba parte del que albergaba a la dirección; solamente tenía acceso por las oficinas. Cinco habitaciones idénticas daban a un pasillo pintado color ocre. El señor Faïsme explicó que siendo Jacques el único «especial» y estando, por tanto, sin emplear las otras cuatro habitaciones, el criado asignado al servicio de Jacques dormía en una mientras que las otras servían como cuartos trasteros.

—Y aquí tenemos la celda de nuestro prisionero —dijo el director, dando a Jacques un cachete afectuoso con su dedo gordezuelo; el muchacho le miró con aspecto aturdido y luego se apartó para dejarle pasar.

Antoine inspeccionó la habitación ávidamente. Hubiérase dicho que se trataba de la habitación de un hotel modesto, pero bien arreglada. Estaba tapizada con papel de florecillas y tenía bastante luz aunque fuera desde mucha altura, a través de dos tragaluces con cristales esmerilados, provistos de barrotes y con una alambarrera; estas ventanas estaban situadas bajo el techo y como éste era alto, quedaban a más de tres

metros del suelo. El sol no entraba allí, pero la habitación estaba bien caldeada, incluso excesivamente, por el calorífero de la administración. El mobiliario se componía de un armario de pino, dos sillas con asiento de rejilla y una mesa negra sobre la que estaban diseminados libros y diccionarios. La camita, cuadrangular y lisa como una mesa de billar, dejaba ver las sábanas perfectamente limpias. La palangana reposaba sobre un paño limpio y algunas toallas inmaculadas colgaban del toallero.

Esta inspección minuciosa acabó de trastornar los pensamientos de Antoine. Todo lo que llevaba viendo desde hacía una hora era exactamente lo contrario de lo que había supuesto. Jacques vivía muy aislado de los otros pupilos, se le trataba con consideración y respeto, el director era una buena persona: lo menos cómitre que pudiera darse; todas las informaciones del señor Thibault eran exactas. Por muy obstinado que fuera Antoine, no tenía más remedio que abandonar, una por una, todas sus sospechas.

Sorprendió la mirada del director fija en él.

—La verdad es que estás muy bien instalado —dijo inmediatamente, volviéndose hacia Jacques.

Este no contestó. Se quitó el abrigo y el sombrero, que el criado le tomó de las manos y fue a colgar del perchero.

—Tu hermano dice que estás bien instalado —repitió el director.

Jacques se volvió rápidamente. Tenía un aspecto cortés, bien educado, que su hermano no le había visto nunca.

—Si, señor director, muy bien.

—No exageremos —replicó el director sonriendo—. Es todo muy sencillo; lo que vigilamos únicamente es que esté bien limpio. Por otra parte, al que hay que felicitar por ello es a Arthur —añadió, dirigiéndose al criado—. La cama parece estar preparada para una revista... —El rostro de Arthur se iluminó. Antoine, que le miraba, no pudo contener un gesto amistoso. Tenía la cabeza redonda, las facciones flácidas, los ojos pálidos; en su sonrisa y en su mirada se reflejaban la lealtad y la afabilidad. Permanecía junto a la puerta acariciándose el bigote que parecía casi incoloro de puro quemado.

«¡De modo que éste es el carcelero que yo me imaginaba ya en la oscuridad de una cueva, provisto de una linterna sorda y de un manojo de llaves!», se decía Antoine; y, no pudiendo evitar reírse de sí mismo, se acercó a los libros y los examinó alegremente.

—¿Salustio? ¿Parece que haces progresos en latín? —preguntó mientras que en su rostro se dibujaba una sonrisa burlona.

Fue el señor Faïsme quien respondió.

—Tal vez haga mal en decirlo en presencia suya —dijo, fingiendo vacilar y guiñando los ojos en dirección a Jacques—. No obstante, hay que reconocer que su profesor está satisfecho de su aplicación. Trabajamos nuestras ocho horitas diarias —continuó, con más seriedad. Se dirigió hacia el encerado que estaba colgado de la

pared y le enderezó sin dejar de hablar—. Claro que esto no nos impide que todos los días, haga el tiempo que haga, nos demos un buen paseo de dos horas en compañía de Arthur; su señor padre tiene mucho interés en ello. Ambos gozan de buenas piernas y les dejo amplia libertad para variar los itinerarios. Con el viejo León era distinto; creo que no andaban mucho; en cambio recogían hierbas a lo largo de los setos, ¿no es verdad? Hay que decir que el viejo León fue mancebo de botica en su juventud y que conoce un montón de plantas con sus nombres latinos. Era muy instructivo. Pero yo prefiero que se den buenos paseos por el campo: es mejor para la salud.

Antoine se había vuelto algunas veces hacia su hermano mientras el señor Faïsme hablaba. Hubiérase dicho que Jacques escuchaba entre sueños y que en algunos momentos tenía que forzarse para permanecer atento; entonces una vaga expresión de angustia entreabría sus labios y sus pestañas temblaban.

—¡Caramba, estoy venga a hablar sin darme cuenta de que Jacques no ve a su hermano hace mucho tiempo! —exclamó el director retrocediendo hacia la puerta con ademán amistoso—. ¿Tomará usted el tren de las once? —preguntó.

Antoine no había pensado en ello. Pero el tono del señor Faïsme implicaba que aquello no dejaba lugar a dudas y Antoine fue incapaz de resistirse a aquel ofrecimiento de evasión; a pesar de todo, la tristeza del lugar y la indiferencia de Jacques le repugnaban. ¿No estaba ya convencido? Pues ya no tenía nada que hacer allí.

—Sí —contestó—; desgraciadamente tengo que volver temprano, para la segunda visita...

—No lo lamente: es el único tren antes del de la noche. ¡Hasta ahora!

Los dos hermanos se quedaron solos. Hubo un instante de embarazo.

—Coge la silla —dijo Jacques, disponiéndose a sentarse en la cama. Al darse cuenta de que había una segunda silla rectificó y se la ofreció a Antoine, repitiendo con un tono perfectamente natural—, coge la silla —como si hubiera dicho: «Siéntate.» Y él mismo se sentó.

Nada de esto había escapado, a la sagacidad de Antoine, que, sintiendo renacer sus sospechas súbitamente, preguntó:

—¿Es que normalmente sólo tienes una silla?

—Sí. Pero Arthur nos ha prestado la suya, como los días de clase.

Antoine no insistió.

—La verdad es que no estás mal instalado —observó, echando una nueva ojeada a su alrededor. Luego, señalando las sábanas limpias y las toallas preguntó:

—¿Mudan la ropa muy a menudo?

—Los domingos.

Antoine hablaba en ese tono alegre y cortante que era habitual en él, pero que en esta habitación sonora y ante la actitud pasiva de Jacques, parecía hiriente, casi agresivo.

—Figúrate —dijo—, me temía, no sé por qué, que aquí no te trataban bien...

Jacques le miró con sorpresa y sonrió. Antoine no apartaba la vista de su hermano:

—Entonces, entre nosotros: ¿de verdad que no te quejas de nada?

—De nada.

—¿No quieres que aproveche la visita para pedirle algo al director?

—¿El qué?

—No lo sé. Piénsalo tú.

Jacques pareció reflexionar, sonrió de nuevo y negó con la cabeza:

—Pues no. Ya ves que todo está perfectamente.

Su voz no estaba menos transformada que todo lo demás: una voz de hombre, cálida y grave, bien timbrada aunque un poco sorda y bastante inesperada en este cuerpo de adolescente.

Antoine le miraba.

—¡Cómo has cambiado!... Ni siquiera se puede decir que hayas cambiado. Ya no eres el mismo, absolutamente en nada...

No quitaba la vista de Jacques, tratando de volver a encontrar en esta fisonomía totalmente nueva los rasgos de antaño. Era el mismo pelo rojizo, un poco más oscuro y tirando a moreno, pero igualmente recio y espeso; y la misma nariz delgada y mal hecha, los mismos labios agrietados, que ahora sombreaba un impalpable bozo rubio; era la misma mandíbula fuerte y todavía voluntariosa; y eran las mismas orejas despegadas que parecían tirar de la boca y mantenerla alargada. Pero nada de esto se parecía ya al niño de ayer. Se diría que incluso el temperamento había cambiado —pensaba—; él, tan movable, siempre atormentado, y ahora ese rostro inerte, somnoliento... Él, tan nervioso, es ahora un linfático...

—¡Levántate un poco!

Jacques se prestó al examen con una sonrisa complaciente, que no le alegró el semblante. En sus pupilas había como una nube.

Antoine le palpó los brazos, las piernas.

—¡Cuánto has crecido! ¿No te sientes fatigado con este crecimiento tan rápido?

Su hermano negó con la cabeza. Antoine le tenía ante sí, sujeto por las muñecas. Observó la palidez de la piel, en la que destacaban las pecas con su mancha oscura y una ligera sombra que se hundía bajo los párpados inferiores.

—El color no es muy bueno que digamos —prosiguió en un tono más serio; frunció el entrecejo, estuvo a punto de decir algo pero se contuvo.

De repente, la fisonomía sumisa e inexpresiva de Jacques le recordó la sospecha que le había asaltado cuando su hermano había aparecido en el patio.

—¿Te habían advertido que yo te esperaba después de la misa? —lanzó sin preámbulos.

Jacques le miró sin comprender.

—Cuando saliste de la capilla —insistió Antoine—, ¿sabías que yo estaba allí?

—Pues claro que no. ¿Cómo iba a saberlo? —Sonreía con un asombro pleno de

ingenuidad.

Antoine se batió en retirada; murmuró:

—Pues me lo pareció... ¿Se puede fumar? —preguntó, para cambiar de conversación.

Jacques le miró con inquietud y como Antoine le ofreciera su pitillera, respondió:

—No; yo no. —Y su cara se ensombreció.

Antoine no sabía ya qué decir. Como siempre que se quiere prolongar la conversación con un interlocutor que apenas si contesta, se agotaba formulando preguntas:

—Entonces —volvió a empezar—, ¿de verdad, que no necesitas nada? ¿Tienes todo lo que necesitas?

—Desde luego que sí.

—¿Es buena la cama? ¿Tienes bastantes mantas?

—Ya lo creo; incluso tengo demasiado calor.

—¿Y tu profesor? ¿Es amable contigo?

—Mucho.

—¿No te molesta trabajar así, siempre solo?

—No.

—¿Y por las noches?

—Me acuesto después de cenar, a las ocho.

—¿Y te levantas?

—A las seis y media, cuando toca la campana.

—¿Viene a verte el capellán alguna vez?

—Sí.

—¿Es bueno?

Jacques levantó hacia Antoine su mirada incierta. No comprendía la pregunta y no contestó.

—¿Y el director, viene también?

—Sí; muy a menudo.

—Tiene aspecto agradable; ¿se le quiere?

—No lo sé; supongo que sí.

—¿No te reúnes nunca con... los otros?

—Nunca.

A cada pregunta, Jacques, que conservaba la mirada baja, tenía un ligero estremecimiento, como si tuviera que hacer un esfuerzo para saltar así de un tema a otro.

—¿Y la poesía? ¿Sigues haciendo versos? —preguntó Antoine en tono festivo.

—No.

—¿Y por qué?

Jacques levantó la cabeza y en su semblante se dibujó una sonrisa plácida que tardó en borrarse. No hubiera sonreído de manera diferente si Antoine le hubiera

preguntado: «¿Sigues jugando al aro?»

Entonces Antoine, por falta de temas, se decidió a hablar de Daniel. Jacques no se lo esperaba: se ruborizó ligeramente.

—¿Cómo quieres que tenga noticias tuyas? —contestó—. Aquí no se reciben cartas.

—¿Y tú? —preguntó Antoine—. ¿Tú no le escribes?

Antoine le miraba atentamente. Su hermano sonrió de la misma forma que antes, cuando le había hablado de poesía. Se encogió ligeramente de hombros.

—Todo eso son cosas ya pasadas... No me hables de ello.

¿Qué quería decir? Si hubiera contestado: «No, no le he escrito nunca», Antoine le hubiera tratado con dureza, le hubiera puesto en evidencia y con cierto placer, pues la pasividad de su hermano comenzaba a molestarle. Pero Jacques eludió la cuestión con un tono tan triste y resuelto que paralizó a Antoine. En aquel mismo momento le pareció observar que la mirada de Jacques se fijaba de repente detrás de él, en dirección a la puerta; y en el estado de animosidad refleja que se encontraba, todas sus sospechas volvieron a invadirle. Esta puerta era de cristales, sin duda con objeto de poder vigilar desde fuera lo que pasaba en la habitación; y encima de la puerta había un ventanillo enrejado, desprovisto de cristal, que permitía también escuchar todo lo que se hablaba en el interior.

—¿Hay alguien en el pasillo? —preguntó Antoine brutalmente, pero bajando la voz.

Jacques le miró como si se hubiera vuelto loco.

—¿Cómo, en el pasillo? Sí, algunas veces; ahora mismo acabo de ver pasar al viejo León.

En aquel momento llamaron a la puerta; el viejo León venía a conocer al hermano mayor. Se sentó familiarmente en una esquina de la mesa.

—¿Qué; le encuentra usted con buen aspecto? Ha espigado mucho desde el otoño, ¿verdad?

Reía a carcajadas. Tenía una cara de viejo gruñón, con los bigotes lacios, y su risa de buen vividor congestionaba sus pómulos, cubriéndolos de venillas rojizas que se ramificaban hasta el blanco de los ojos, modificando la expresión de su mirada, que, aunque maliciosa, era casi siempre paternal.

—Me han vuelto a llevar a los talleres —explicó, moviendo los hombros—. ¡Yo que estaba ya tan acostumbrado al señorito Jacques! En fin —dijo al tiempo que se iba—, no hay que quejarse... Y muchos saludos al señor Thibault; dígame que de parte del viejo León; me conoce bien.

—¡Qué buen hombre! —dijo Antoine cuando hubo salido.

Quiso reanudar la conversación.

—Si quieres, puedo hacerle llegar una carta tuya —prosiguió. Y como Jacques no le comprendiera, añadió—: ¿No te gustaría escribirle algo a Fontanin?

Se obstinaba en descubrir en sus facciones tranquilas algún indicio de emoción,

algún recuerdo del pasado; en vano. El muchacho negó con la cabeza, esta vez sin sonreír:

—No, gracias; no tengo nada que decirle. Todo eso ya ha pasado a la historia.

Antoine no insistió; estaba agotado. Por otra parte el tiempo pasaba; sacó el reloj:

—Las diez y media; me tengo que marchar dentro de cinco minutos.

Jacques pareció turbarse repentinamente, como deseoso de decir algo. Preguntó a su hermano acerca de su salud, de la hora de salida del tren, de sus exámenes. Y cuando Antoine se levantó se sintió conmovido por el tono en que Jacques suspiró.

—¿Ya? ¡Espérate un poco!

A Antoine se le ocurrió que tal vez el niño estaba decepcionado por su frialdad y que posiblemente aquella visita le había causado más placer del que había dejado entrever.

—¿Estás contento de que haya venido? —murmuró torpemente.

Jacques parecía ausente, preocupado; se sobresaltó y, extrañado, contestó con una sonrisa cortés:

—Claro que sí, muy contento. Te estoy muy agradecido.

—Entonces procuraré volver; hasta la vista —dijo Antoine, vejado. Volvió a mirar a su hermano cara a cara; toda su perspicacia estaba al acecho, su ternura volvió a despertarse—: Pienso en ti muy a menudo, pequeño —aventuró—. Temo siempre que no seas feliz aquí. —Estaban junto a la puerta; Antoine le cogió de la mano—. ¿Me lo dirías, verdad?

Jacques tomó un aire de vergüenza. Se inclinó como si quisiera decirle un secreto. Por fin se decidió y habló muy de prisa:

—Deberías dar algo a Arthur, al criado... Es tan complaciente... —Y como Antoine vacilara, se turbó—. ¿No te importa, verdad?

—¿Y no dará lugar a comentarios?

—No; no lo creas. Cuando te vayas, al despedirte, le pones en la mano una propinilla... ¿Quieres? —Su actitud era casi suplicante.

—Claro que sí. ¿Y tú, de verdad, no deseas nada? Contéstame... ¿No te sientes desgraciado?

—¡De verdad que no! —contestó Jacques con una imperceptible sombra de ironía. Luego, bajando más la voz, preguntó: ¿Cuánto vas a darle?

—No lo sé. ¿Cuánto? ¿Te parece bien diez francos? ¿Quieres que le dé veinte?

—Sí, sí; veinte francos —repuso Jacques con una especie de alegría confusa—. Muchas gracias, Antoine. —Y estrechó con fuerza la mano que su hermano le tendía.

Cuando Antoine salía de la habitación se encontró en el pasillo al criado; éste aceptó la propina sin vacilar y su semblante sincero, un poco infantil, enrojeció de placer. Llevó a Antoine al despacho del director.

—Las once menos cuarto —dijo el señor Faïsme—. Le queda a usted tiempo, pero tiene que marcharse en seguida.

Cruzaron el vestíbulo, en el que reinaba el busto del señor Thibault. Antoine lo

contempló ahora sin ironía. Comprendía el legítimo orgullo de su padre con respecto a esta obra, enteramente creada por él; incluso llegó a sentir cierto orgullo por ser su hijo.

El señor Faïsme le acompañó hasta la puerta, encargándole que presentara sus respetos al señor fundador; no dejaba de reír mientras hablaba arrugando los ojillos detrás de las gafas de oro y con la mano de Antoine cogida familiarmente entre las suyas, dulces y gordezuelas, como manos femeninas. Por fin pudo Antoine soltarse. El hombrecillo permanecía en la carretera, con la cabeza descubierta a pesar del sol, los brazos levantados, siempre sonriente e inclinando la cabeza en señal de amistad.

«Yo mismo me he llenado la cabeza de pájaros, como una modistilla —se decía Antoine mientras andaba—. Este sitio está bien llevado y, en resumidas cuentas, Jacques no se siente desgraciado en él.

»La mayor tontería —pensó de repente— ha sido haber perdido el tiempo en jugar al juez de instrucción en lugar de charlar con Jacques en plan de amigo.» No estaba lejos de creer que su hermano le había visto marcharse sin lamentarlo en absoluto. «En cierto modo es culpa suya —pensó irónicamente—, ¡se ha mostrado tan indiferente!» A pesar de todo lamentaba no haber puesto más calor en los primeros avances.

Antoine no tenía amante y se contentaba con las oportunidades que le brindaba la casualidad, pero su corazón de veinticuatro años le pesaba algunas veces: le hubiera gustado compadecerse de algún ser débil, prestar a alguien el apoyo de su fuerza. Su cariño hacia el pequeño iba en aumento a medida que se alejaba de él. ¿Cuándo volvería a verle? Estuvo en un tris que no se volviera.

Andaba con la frente baja, a causa del sol. Cuando la levantó, vio que se había equivocado de camino. Unos niños le indicaron un atajo a través del campo. Apresuró el paso. «¿Y si pierdo el tren, qué voy a hacer durante todo el día?», pensó medio en broma. Se imaginó su regreso al reformatorio. Pasaría el día junto a Jacques; le contaría sus recelos quiméricos, su viaje a espaldas de su padre; se mostraría comunicativo, en plan de amigo; recordaría al pequeño la escena del coche, a su regreso de Marsella y cómo aquella noche había sentido que podrían llegar a ser verdaderos amigos. El deseo de perder el tren se hizo tan imperioso que acertó el paso sin saber qué decidir. De repente, oyó el silbido de la locomotora; un penacho de humo se elevó a su izquierda, sobre un bosquecillo; sin pensarlo más, echó a correr. Veía la estación. Tenía el billete en el bolsillo y no tenía sino saltar a cualquier vagón, aunque fuera por la entrevía. Con los codos apretados juntos al cuerpo, la cabeza erguida y la barba al viento, aspiraba el aire a pleno pulmón; estaba orgulloso de sus músculos y tenía la seguridad de llegar a tiempo.

Pero no había contado con el talud de la vía. Para alcanzar la estación, el camino daba un pequeño rodeo y pasaba bajo un puentecillo. Tuvo que aumentar la velocidad, corriendo todo lo que podía; cuando cruzó el puente, el tren, que estaba en

la estación, empezaba ya a ponerse en movimiento. Le faltaban unos cien metros.

Su orgullo era tal que no se conformaba con la derrota. Se arrepintió de haberla deseado: «Todavía podría saltar al furgón de cola —se dijo en el espacio de un segundo—, pero entonces ya no podría escoger; me marcharía sin haber vuelto a ver a Jacques.» Se detuvo, satisfecho de sí mismo.

Y repentinamente tomó cuerpo lo que había estado pensando un rato antes: comer en la posada, volver al reformatorio y consagrar el día a su hermano.

III

ERA menos de la una cuando Antoine volvió a encontrarse frente a la Fundación Thibault. El señor Faïsme salía en aquel momento. Se quedó tan sorprendido que durante algunos segundos permaneció petrificado, bailándole los ojillos detrás de las gafas. Antoine contó su contratiempo. Entonces el director recobró su locuacidad y se echó a reír.

Antoine se ofreció a salir de paseo con su hermano durante toda la tarde.

—Caramba, caramba... —dijo el director, perplejo—. Nuestro reglamento...

Pero Antoine insistió tanto que obtuvo el triunfo de su causa.

—Usted explicará lo sucedido al señor fundador... Voy a buscar a Jacques.

—Le acompaño —dijo Antoine.

Se arrepintió de haberlo hecho: llegaban en mal momento. Apenas había llegado al pasillo, cuando Antoine distinguió a su hermano, agachado en uno de los recintos que la administración llamaba los *vatères* y cuya puerta estaba ahora abierta de par en par por Arthur, que fumaba su pipa apoyado en el quicio.

Antoine se apresuró a entrar en la habitación. El director parecía contento y se frotaba las manos:

—¿Se da usted cuenta? Cuando nos confían la vigilancia de un niño, no le perdemos de vista ni siquiera ahí.

Jacques volvió. Antoine esperaba que se mostrara algo corrido; pero se abrochaba tranquilamente, sin que sus rasgos dejaran traslucir nada, ni siquiera la sorpresa de volver a ver a Antoine. El señor Faïsme explicó que autorizaba a Jacques a salir con su hermano hasta las seis. Jacques le miraba a la cara como si tratara de comprender bien; pero no dijo ni una palabra.

—Después de esto, yo les dejo; dispénsenme —prosiguió el señor Faïsme con su voz aflautada—. Reunión de mi consejo municipal. ¡Pues ha de saber usted que soy alcalde! —gritó desde la puerta, tratando de contener la risa, como si aquello fuera el colmo de la comicidad; y, efectivamente, Antoine se sonrió.

Jacques se vestía despacio. Con una amabilidad que Antoine no dejó de observar, Arthur le iba entregando la ropa; quiso incluso limpiarle los zapatos. Jacques se dejaba hacer.

La habitación había perdido el aspecto de limpieza que tan agradablemente sorprendiera a Antoine aquella mañana. Buscó la causa. La bandeja de la comida estaba sobre la mesa: un plato sucio, un vaso sucio, migas de pan. La ropa limpia había desaparecido: un trapo sucio colgaba del toallero; bajo la palangana, un trozo de hule, sucio y gastado; las sábanas blancas habían sido reemplazadas por otras de retor, bastas y ordinarias. Sus sospechas volvieron a despertarse, pero no hizo ninguna pregunta.

Cuando estuvieron en la carretera, Antoine preguntó en tono festivo:

—¿Adónde vamos? ¿Conoces Compiègne? Por la orilla del Oise hay un poco más de tres kilómetros. ¿Te parece bien?

Jacques aceptó. Parecía estar decidido a no contrariar en nada a su hermano.

Antoine le cogió del brazo y acomodó su paso al del pequeño.

—¿Qué me dices del golpe de las toallas? —preguntó sonriendo.

—¿El golpe de las toallas? —repitió el otro sin comprender.

—Sí: esta mañana, mientras me paseaban por todo el establecimiento, han tenido tiempo de poner en tu habitación unas magníficas sábanas limpias y unas estupendas toallas nuevas. Pero la suerte ha querido que yo volviera cuando ya no me esperaban, y...

Jacques se detuvo, sonriendo con cierta contrariedad.

—Cualquiera pensaría que estás haciendo todo lo posible por encontrar algo mal en la Fundación —terminó por decir, con su voz grave que temblaba un poco. Permaneció un momento en silencio y reemprendió el camino; casi en seguida prosiguió con cierto esfuerzo, como si le causara una molestia sin límites tener que entrar en explicaciones acerca de un tema tan fútil.

«Es mucho más sencillo de lo que te supones. Mudan la ropa el primer y el tercer domingo de cada mes. Arthur, que se ocupa de mí desde hace sólo diez días, había cambiado las sábanas y las toallas el domingo último; ha estimado oportuno hacerlo hoy también puesto que era domingo. Pero en el ropero han debido decirle que se había equivocado y le habrán obligado a devolver la ropa limpia. No tengo derecho a ella hasta la semana que viene.» Volvió a quedarse silencioso, contemplando la campiña.

El paseo comenzaba mal. Antoine se dedicó inmediatamente a cambiar el tema de conversación, pero el sentimiento de su torpeza le obsesionaba, no permitiéndole tomar el tono sencillo y alegre que hubiera querido. Jacques contestaba si o no cuando la frase de Antoine era interrogativa, pero sin el menor interés. Por último, de forma imprevista, dijo:

—Te agradecería que no comentaras esta historia de la ropa con el director; solamente serviría para que regañaran a Arthur.

—De acuerdo.

—Y tampoco con papá —añadió Jacques.

—¡No tengas cuidado, no hablaré de ello con nadie! Ya ni siquiera me acordaba de ello. Escucha —prosiguió—, te voy a decir la verdad: figúrate que se me había metido en la cabeza que aquí todo iba mal y que tú no eras feliz...

Jacques se volvió ligeramente hacia su hermano y le examinó con expresión seria.

—Me he pasado toda la mañana husmeando —continuó Antoine—, y por fin he comprendido que estaba equivocado. Entonces he fingido haber perdido el tren. No quería marcharme sin haber tenido tiempo de hablar contigo un buen rato; ¿comprendes?

Jacques no contestó. ¿Le resultaba agradable la perspectiva de aquella charla?

Antoine no estaba muy seguro; temió volver a equivocarse y se calló.

La cuesta del camino que descendía hacia la orilla hacía su camino más fácil. Alcanzaron un brazo del río, que estaba canalizado. Un puentecillo de hierro coronaba una esclusa. Tres grandes lanchones vacíos flotaban con toda la altura de sus quillas oscuras sobre el agua casi inmóvil.

—¿Te gustaría hacer una excursión en lancha? —preguntó Antoine alegremente—. Deslizarse suavemente por los canales, pasando por entre los álamos y parando en las esclusas; y entre la bruma de la mañana y por la tarde, a la puesta del sol, fumarse un pitillo en la proa, sin pensar en nada, con los pies balanceándose sobre el agua... ¿Sigues dibujando?

Esta vez Jacques tuvo un sobresalto muy marcado y Antoine estuvo seguro de haberle visto ruborizarse.

—¿Por qué? —preguntó con voz poco firme.

—Por nada —repuso Antoine, intrigado—. Porque se podría hacer un cuadro agradable con estas tres pinazas, la esclusa y la pasarela...

El camino de sirga se iba ensanchando hasta convertirse en una carretera. Llegaron al ramal principal del Oise, cuyo curso hinchado rodaba hacia ellos.

—Ahí está Compiègne —dijo Antoine.

Se había detenido y para guardarse del sol se puso la mano en la frente. Reconoció en lontananza, por encima de las verdes frondas, las puntas agudas de las torres, el campanario achatado de la iglesia; se disponía a nombrarlo, cuando, al mirar a su hermano que estaba a su lado, con la mano en forma de visera y aparentando mirar a lo lejos, se dio cuenta de que Jacques miraba hacia el suelo que tenía a sus pies; parecía estar esperando a que Antoine reemprendiera el camino, lo que éste hizo sin decir nada.

Todo Compiègne parecía estar en la calle en esta tarde de domingo. Antoine y Jacques se mezclaron con la muchedumbre. Sin duda habían sorteado los conscriptos, pues grupos de mozos endomingados compraban a los vendedores ambulantes cintas tricolores y, cogidos del brazo, obstaculizaban el paso por las aceras, andando en zig-zag por las calles, mientras entonaban canciones cuarteleras. En el Coso, entre las muchachas con vestidos claros y los dragones escapados del cuartel, las familias se cruzaban saludándose.

Jacques, desorientado, ensordecido, contemplaba todo este gentío con un malestar creciente.

—Vamos por otro sitio, Antoine... —suplicó.

En medio del Coso torcieron por una bocacalle que ascendía sombría y silenciosa. La llegada a la plaza de Palacio les deslumbró. Se detuvieron, sentándose bajo los arbolillos que todavía no daban sombra.

—Escucha —dijo Jacques, poniendo la mano sobre las rodillas de Antoine. Las campanas de la iglesia se agitaban para las vísperas; sus vibraciones parecían fundirse con la luz del sol.

Antoine se imaginó que el niño sufría gracias a él la embriaguez de este primer domingo de primavera; tímidamente preguntó:

—¿En qué piensas?

En lugar de contestar, Jacques se levantó. Ambos se dirigieron en silencio hasta el parque.

Jacques no prestaba ninguna atención a la suntuosidad del paisaje. Parecía preocupado principalmente por alejarse de los lugares en que había gente. La calma que reinaba alrededor del castillo, sobre las terrazas con balaustrada, le atraía. Antoine le siguió, hablando de lo que se ofrecía a su vista: de los bosquecillos podados que destacaban sobre el verde del césped, de las palomas que se posaban sobre las estatuas. Pero no obtenía sino contestaciones evasivas.

De repente, Jacques preguntó:

—¿Le has hablado?

—¿A quién?

—A Fontanin.

—Claro que sí; me lo encontré en el barrio latino. ¿Sabes que ahora es externo en el Louis-le-Grand?

—¿Ah, sí? —contestó Jacques. Pero con un ligero temblor en la voz que por primera vez recordaba algo el tono de amenaza que antes empleaba tan a menudo, añadió:

—¿No le habrás dicho dónde estoy?

—No me ha preguntado nada. ¿Por qué? ¿Es que no quieres que lo sepa?

—No.

—¿Por qué?

—Porque no.

—Excelente razón. ¿Tienes alguna otra?

Jacques le miró con aire de estupidez; no se había dado cuenta de que Antoine estaba bromeando. Sin variar de gesto echó a andar. Súbitamente añadió:

—¿Y Gise? ¿Lo sabe ella?

—¿Dónde estás? No; creo que no. Pero con los niños nunca se puede estar seguro de nada... —Y apoderándose de este tema que el mismo Jacques le brindaba, prosiguió—: Algunos días tiene ya aspecto de ser una chica mayor, escucha todo lo que se habla con sus hermosos ojos bien abiertos. Sin embargo, otros días no es sino una niña. ¿Querrás creer que ayer por la tarde, mientras la señorita la buscaba por toda la casa, estaba jugando a las muñecas debajo de la mesa del recibimiento? ¡Con casi once años!

Bajaban hacia el cenador de glicinas, y Jacques se detuvo al pie de la escalera, junto a una esfinge de mármol rosa moteado y acarició la frente pulimentada que relucía al sol. ¿Pensaba en Gise; en la señorita? ¿Veía de repente la vieja mesa del recibimiento con su tapete a franjas y la bandeja de plata en que echaban las cartas? Antoine lo creyó así. Prosiguió hablando en tono festivo:

—¡No sé de dónde demonios saca todas las ideas que tiene! La casa no resulta muy alegre para un niño. La señorita la adora; pero ya sabes tú cómo es: se asusta de todo, se le prohíbe todo, no la deja sola ni un segundo...

Se había echado a reír y miraba a su hermano con una complicidad alegre, sintiendo que estos detalles de la vida familiar eran su tesoro fraternal, que no tenían sentido sino para ellos ni dejarían de constituir para ellos algo único e irremplazable: los recuerdos de la niñez. Pero Jacques se limitó a sonreír como por compromiso.

Sin embargo, Antoine continuó:

—Te aseguro que las comidas tampoco son muy alegres. Papá no dice nada; o por el contrario: rehace para la señorita los discursos de sus Comisiones y cuenta en detalle cómo ha pasado el día. A propósito: has de saber que su candidatura para el Instituto marcha viento en popa.

—¿Ah, sí? —Un poco de ternura dulcificó las facciones de Jacques. Reflexionó un instante y sonrió—. ¡Me alegro!

—Todos los amigos se están moviendo —prosiguió Antoine—. El abate es prodigioso; tiene relaciones en las cuatro Academias... La elección tendrá lugar dentro de tres semanas. —Ya no se reía; murmuró—: Ahí es nada, ser miembro del Instituto ya es algo. Y papá se lo tiene bien ganado, ¿no crees?

—¡Ya lo creo! —Y espontáneamente añadió—: Te advierto que papá en el fondo es bueno... —Se detuvo, enrojeció, quiso añadir algo, pero no se decidía.

—Yo estoy esperando a que papá esté sentado cómodamente en su sillón para dar un golpe de estado —prosiguió Antoine con animación—. Estoy verdaderamente falto de espacio en la habitación del fondo; no sé ya dónde meter los libros. ¿Sabes que han instalado a Gise en tu antigua habitación? Quisiera decidir a papá para que alquilara el cuarto de la planta baja, el del viejo verde; se marcha el día quince. Son tres habitaciones; tendría un auténtico despacho para trabajar en el que podría recibir a mis clientes, e incluso una especie de laboratorio que instalaría en la cocina...

Repentinamente se avergonzó de exponer así al recluso su existencia libre y sus anhelos de comodidad; se dio cuenta de que acababa de hablar de la habitación de Jacques como si nunca hubiese de volver a ella. Se calló. Jacques había recobrado su aire de indiferencia.

—Y ahora —dijo Antoine para variar de tema—, ¿qué te parece si fuéramos a merendar? ¿No tienes hambre?

Había perdido toda esperanza de establecer entre Jacques y él un contacto fraternal.

Volvieron a la población. Las calles repletas de gente zumbaban como colmenas. Las pastelerías estaban tomadas al asalto. Jacques, parado en la acera, se inmovilizaba delante de los cinco pisos de pasteles cubiertos de azúcar y rezumando crema; este espectáculo pareció conmoverle.

—¡Vamos, entra! —dijo Antoine sonriendo.

Las manos de Jacques temblaban al coger el plato que Antoine le ofrecía. Se

instalaron al fondo de la tienda, delante de una pirámide de pasteles escogidos. Por una puerta entreabierta se escapaban bocanadas de olor a vainilla, a crema caliente. Jacques, sin una palabra, rígido sobre la silla, con los ojos congestionados como si fuera a llorar, comía de prisa, deteniéndose después de cada pastel en espera de que Antoine le volviera a servir, poniéndose entonces a comer sin pérdida de tiempo. Antoine hizo que les sirvieran dos vasos de oporto. Jacques tomó el suyo con las manos temblorosas; mojó los labios, se quemó con el alcohol del vino y tosió. Antoine bebía a sorbitos, aparentemente sin prestar atención a su hermano. Jacques cobró valor, tomó un trago, le dejó descender como una bola de fuego, luego otro y luego apuró de una vez el resto del vaso. Cuando Antoine volvió a llenar el vaso, fingió no darse cuenta y, cuando ya no tenía remedio, hizo un gesto como para impedirlo.

Cuando salieron de la tienda, el sol declinaba y la temperatura había descendido. Pero Jacques no sentía frío. Tenía las mejillas ardientes y en todo el cuerpo una sensación de bienestar artificial, casi doloroso.

—Todavía nos tenemos que recorrer nuestros tres kilómetros —dijo Antoine—. Tenemos que volver.

Jacques estuvo a punto de echarse a llorar. Crispó los puños en el fondo de los bolsillos, apretó las mandíbulas y agachó la cabeza. Antoine, observándole a hurtadillas, notó un cambio tal en sus rasgos que se asustó:

—¿Te ha cansado este paseo tan largo? —preguntó.

El tono de esta voz le pareció a Jacques de una ternura desconocida; incapaz de pronunciar una palabra, volvió hacia su hermano el rostro alterado, y esta vez sus ojos se llenaron de lágrimas.

Antoine, estupefacto, le siguió en silencio. Cuando hubieron dejado atrás la población, atravesado el puente y se encontraban de nuevo en el camino de sirga, se acercó a su hermano y le cogió del brazo.

—¿No echas de menos tu paseo de costumbre? —preguntó sonriendo.

Jacques no contestó, pero, de repente, estas atenciones y esta voz afectuosa, este perfume de libertad que respiraba desde hacía unas horas, y el oporto, y esta magnífica tarde tan dulce y tan triste... La emoción pudo más que él y rompió a llorar. Antoine le pasó el brazo por los hombros, sosteniéndole, y le sentó junto a él en el camino. Ya no pensaba en descubrir en la vida de Jacques tenebrosos secretos; más bien sintió una especie de alivio al ver fundirse por fin aquella indiferencia contra la que estaba luchando desde por la mañana.

Estaban solos en la orilla desierta, a solas con el agua fugitiva, bajo un cielo nuboso en el que se apagaba la puesta del sol; ante ellos, una barquita que la corriente acunaba al extremo de su cadena, rozaba los rosales secos.

Tenían mucho camino que andar y no podían eternizarse allí. Antoine quiso obligar a su hermano a levantar la cabeza:

—¿En qué piensas? ¿Qué es lo que te hace llorar?

Jacques se estrechó aún más contra él.

Antoine buscó en su memoria las palabras que habían provocado este acceso de llanto.

—¿Es pensar en tu paseo habitual lo que te hace llorar?

—Sí —confesó el pequeño, por contestar algo.

—¿Por qué? —insistió Antoine—. ¿Por dónde paseas los domingos?

No obtuvo contestación.

—¿No te gusta salir con Arthur?

—No.

—¿Por qué no lo dices? Si echas de menos al viejo León, no será difícil conseguir...

—¡No! —interrumpió Jacques con una violencia imprevista. Se había incorporado y mostraba en su rostro un odio tan expresivo e inesperado, que Antoine se quedó estupefacto.

Jacques, como si fuera incapaz de permanecer inmóvil, se había levantado y obligaba a su hermano a apretar el paso. No decía nada y Antoine, después de algunos minutos de espera y aun arriesgándose a ser inoportuno, deseando ante todo poner al descubierto esta herida, como lo imaginaba, prosiguió con resolución:

—¿Entonces tampoco te gustaba salir con el viejo León?

Jacques seguía andando, con los ojos muy abiertos, los dientes apretados y sin pronunciar una palabra.

—Sin embargo, parece ser muy amable contigo —observó Antoine.

Silencio. Tuvo miedo de que Jacques volviera a replegarse en sí mismo; quiso cogerle otra vez del brazo, pero el muchacho se soltó y apresuró el paso. Antoine le seguía, perplejo, no sabiendo cómo recuperar su confianza, cuando súbitamente Jacques dejó oír un brusco sollozo y, aflojando el paso, se puso a llorar sin volver la cabeza:

—No lo digas, Antoine; no se lo digas nunca a nadie... Con el viejo León apenas si me paseaba...

Se calló. Antoine abría ya la boca para interrogarle cuando su instinto le advirtió que era preferible guardar silencio. En efecto: la voz de Jacques, un poco vacilante y ronca, prosiguió:

—Los primeros días, sí... Incluso fue paseando cuando empezó a... a contarme cosas. Y me prestaba libros. ¡Yo no creía que tales cosas pudieran existir! Y después me propuso llevar las cartas si yo quería... Entonces fue cuando escribí a Daniel. Porque te he mentado: le he escrito... Pero no tenía dinero para los sellos. Entonces..., no puedes figurarte... Él había visto que yo sabía dibujar un poco. Imagínate... Él mismo me decía cómo tenía que hacerlo... En cambio, pagó los sellos para Daniel. Pero por la noche enseñaba los dibujos a los vigilantes y todos querían que les hiciera otros; cada vez más complicados... Entonces, a partir de aquel

momento, el viejo León no volvió a molestarse y dejó de sacarme a paseo. En lugar de ir al campo, me hacía dar la vuelta por detrás de la Fundación para atravesar el pueblo... Los chicos corrían detrás de nosotros... Tomábamos por la calleja para entrar en la posada por el patio trasero. Él se iba a beber, a jugar a las cartas, a hacer no sé el qué; y durante todo el tiempo que permanecía allí, a mí me escondía... en un lavadero..., con una manta vieja...

—¿Que te escondía?

—Sí... En un lavadero vacío..., cerrado bajo llave..., durante dos horas.

—¿Y por qué?

—No lo sé. Como comprenderás los posaderos tenían miedo. Un día había ropa tendida en el lavadero y me dejaron en un pasillo. La mujer dijo... dijo... — Sollozaba.

—¿Qué dijo?

—Dijo: «Nunca se sabe con esta simiente...» —Sollozaba tan fuerte que no pudo continuar.

—¿... «esta simiente»? —repitió Antoine, inclinándose hacia él,—... «esta simiente... de ladrones...» —terminó por fin el pequeño, llorando aún con más fuerza.

Antoine escuchaba; de momento su curiosidad era más fuerte que la compasión.

—¿Y entonces? —dijo—. ¡Vamos; cuéntame!

Jacques se detuvo en seco y vino a colgarse del brazo de su hermano:

—¡Antoine, Antoine! —gritó—. Júrame que no dirás nada. ¡Júramelo! Si papá llegara a sospechar algo... Papá me quiere en el fondo y se sentiría desgraciado. No es culpa suya si no ve las cosas como nosotros... ¡Antoine, tú no me dejes! ¡No me dejes, Antoine!

—Pues claro que no, pequeño; estáte tranquilo, que yo me ocuparé de ti... No diré nada; haré todo lo que tú quieras. Pero dime la verdad. —Y como Jacques no se decidiera a continuar, inquirió—: ¿Te pegaba?

—¿Quién?

—El viejo León.

—¡Oh, no! —Estaba tan sorprendido que no pudo contener una sonrisa a través de sus lágrimas.

—¿No te pegan?

—¡Que no!

—¿De verdad? ¿Nunca; ni nadie?

—Nadie; de verdad.

—¿Entonces?

Silencio.

—¿Y ese nuevo: Arthur? ¿Tampoco está bien?

Jacques negó con la cabeza.

—¿Entonces, qué? ¿También va al café?

—No.

—¿Y con él te paseas?

—Sí.

—¿Entonces, qué es lo que tienes que reprocharle? ¿Es duro contigo?

—No.

—¿Qué pasa entonces? ¿No te gusta?

—No.

—¿Por qué razón?

—Porque no.

Antoine vacilaba:

—¿Y por qué diablos no te quejas? —continuó luego—. ¿Por qué no vas al director y le explicas todo eso?

Jacques apretaba su cuerpo enfebrecido contra el de Antoine y suplicaba:

—No, no... Antoine, me lo has jurado; recuerda que me has jurado que no dirías nada, ¡nada, ni a nadie!

—Sí; te lo he jurado y lo sostengo; haré lo que tú digas. Sólo te pregunto una cosa: ¿por qué no has ido a quejarte al director del viejo León?

Jacques negó con la cabeza, sin abrir la boca.

—¿Supones tal vez que el director sabe todo eso y que lo tolera? —sugirió Antoine.

—¡Oh, no!

—¿Qué piensas del director?

—Nada.

—¿Crees que hace desgraciados a los otros chicos?

—No; ¿por qué?

—Tiene aspecto simpático; pero yo no sé; también el viejo León tenía aspecto de buena persona. ¿Has oído decir algo en contra del director?

—No.

—¿Le tienen miedo los vigilantes? ¿El viejo León, Arthur, le tienen miedo?

—Sí; un poco.

—¿Por qué?

—No lo sé. Porque es el director.

—¿Y tú? ¿Has observado algo?

—¿El qué?

—¿Cómo se porta contigo cuando viene a verte?

—No lo sé.

—¿No te atreves a hablarle con libertad?

—No.

—Pero si le hubieras dicho que el viejo León iba al café en lugar de llevarte de paseo y que te encerraba en el lavadero, ¿qué crees que hubiera hecho?

—¡Hubiera despedido a León! —respondió Jacques, atemorizado.

—Y entonces, ¿qué es lo que te retraía de hablarle?

—¡Pues eso, Antoine!

Antoine se agotaba tratando de desenredar aquella embrollada madeja de complicidades en la que veía preso a su hermano.

—¿Es que no quieres decirme qué era lo que te retraía? ¿O es que ni tú mismo lo sabes? —preguntó.

—Pues... pues los dibujos... que me han obligado a... a firmar —murmuró Jacques, agachando la cabeza. Vaciló, permaneció un momento en silencio y luego dijo—: Pero es que no es solamente eso... No se le puede decir nada al señor Faïsme porque es el director. ¿No lo comprendes?

El tono era machacón, pero sincero. Antoine no insistió; desconfiaba de sí mismo: sabía que tenía cierta tendencia a adivinar demasiado y demasiado de prisa.

—Por lo menos —prosiguió—, ¿trabajas con provecho?

Llegaban ya a la vista de la esclusa, cerca de las pinazas, cuyos ventanillos ya estaban iluminados. Jacques seguía andando, con la mirada fija en el suelo.

Antoine repitió:

—¿Entonces, el trabajo tampoco va como es debido?

Jacques hizo señas de que no, sin levantar la cabeza.

—Sin embargo, el director afirma que tu profesor está contento de ti.

—Porque el profesor se lo dice.

—¿Y por qué había de decirlo si no fuera cierto?

Jacques parecía seguir trabajosamente este cuestionario.

—Hazte cargo —dijo desmayadamente—: el profesor es ya viejo y no tiene ningún interés en que yo trabaje; viene porque le han dicho que venga, eso es todo. Sabe perfectamente que nadie le exigirá cuentas. Por su parte, él también prefiere no tener que corregir mis deberes. Está conmigo durante una hora, hablamos; es muy campechano conmigo, me cuenta cosas de Compiègne, de sus alumnos... Tampoco es muy feliz que digamos... Me habla de su hija, que está enferma del vientre y que discute con su mujer..., porque está casado en segundas nupcias... Y de su hijo, que es ayudante, y que ha sido suspendido de empleo porque contraía deudas a causa de una cajera... Hacemos como que trabajamos, con los cuadernos y las lecciones, pero la realidad es que no hacemos nada...

Volvió a callar. Antoine no encontraba nada que decir. Se sentía casi intimidado ante este pequeñuelo que ya había sufrido semejante experiencia de la vida... Por otra parte, no tuvo necesidad de preguntar nada. Por su propio impulso el muchacho reanudó su monólogo, en voz baja y monótona, sin que en aquel caos se pudiera comprender su asociación de ideas, ni siquiera lo que, después de una reserva tan obstinada, le llevaba de repente a esta efusión:

—... Es como lo que ocurre con la abundancia, ya sabes, el vino aguado... Yo se lo dejo, ¿comprendes? El viejo León me lo pidió al principio y yo no tengo ningún interés; me da igual el agua del jarro... Pero lo que me molesta es que estén rondando

continuamente por el pasillo. Con los calcetines no se les oye. Algunas veces llegan incluso a asustarme. Y no es que tenga miedo; es sobre todo que no puedo hacer un movimiento sin que me vean, sin que me oigan... Siempre solo, y nunca solo de verdad, ¿comprendes? ¡Ni de paseo, ni en ningún sitio! No tiene importancia, lo sé; pero a la larga no tienes ni idea del efecto que produce. Es como si se estuviera a punto de enfermar... Hay veces que de buena gana me metería debajo de la cama para llorar a gusto... No por llorar en sí, sino para llorar sin que me vean, ¿comprendes?... Es como cuando tú has llegado esta mañana: me habían avisado en la capilla. El director había enviado al secretario para que inspeccionara mi aspecto y me llevara el abrigo y el sombrero, porque estaba con la cabeza descubierta... Y no creas que lo han hecho para engañarte, Antoine..., en absoluto: es la costumbre. De la misma forma que los lunes, los primeros lunes de cada mes, cuando papá viene al Consejo, se hacen siempre cosas como éstas, naderías para que papá se ponga contento... Es como la cuestión de la ropa: lo que has visto esta mañana; es ropa limpia que está siempre en mi armario para arreglar la habitación si viene alguien... Y eso no quiere decir que me tengan con la ropa sucia; nada de eso, la cambian bastante a menudo e incluso si pido alguna otra toalla limpia me la dan. Pero es la costumbre, ¿comprendes? Para que las cosas tengan mejor aspecto cuando llega alguien...

»Hago mal en contarte todo esto, Antoine; vas a imaginarte cosas que no existen. Te aseguro que no tengo nada de qué quejarme, que el reglamento es muy llevadero para mí y que no se hace nada para molestarme, sino al contrario. Pero es precisamente esta dulzura, ¿comprendes?... ¡Y luego, el no tener nada que hacer! ¡Todo el día allí pegado sin nada, absolutamente nada que hacer! Al principio las horas me parecían largas, interminables, como no puedes hacerte idea; luego rompí la cuerda del reloj y a partir de aquel día las cosas han ido mejor, hasta que poco a poco me he acostumbrado. Pero no sé cómo explicarte, es como si uno estuviera dormido en el fondo de sí mismo, muy en el fondo... En realidad no se sufre, puesto que es como si se durmiera... De todas maneras es muy penoso, ¿comprendes?»

Calló durante un momento y luego, con voz entrecortada, aún más vacilante, prosiguió:

—Y luego, Antoine, no puedo decírtelo todo... pero ya sabes... En esta soledad se termina por tener un montón de ideas que no se debiera... Sobre todo que... Así, las historias del viejo León, ya sabes..., y los dibujos... Y, al fin y al cabo, en cierto modo es una distracción, ¿comprendes? Lo hago antes... y por la noche sigo pensando en ello... Sé perfectamente que no debiera..., pero completamente solo, ¿comprendes? Siempre completamente solo... Hago mal en contarte todo esto... Sé que me arrepentiré..., pero estoy tan fatigado esta tarde... No puedo contenerme... —Repentinamente empezó a llorar más fuerte.

Sentía un malestar extraño. Le parecía mentir a su pesar y que, cuando más trataba de decir la verdad, menos lo conseguía. Sin embargo, nada de lo que contaba

era inexacto; pero a causa de su tono, de lo exagerado de su turbación, por la índole de sus confesiones comprendía que presentaba de su vida una imagen un tanto falsificada y que no podía evitarlo.

Apenas si avanzaban; aún les quedaba por recorrer la mitad del trayecto. Eran las cinco y media. Todavía había bastante luz; la bruma que subía del río desbordaba el campo y les rodeaba.

Antoine, en tanto que sostenía al pequeño, que tropezaba, reflexionaba con todas sus fuerzas. No acerca de lo que debía hacer, porque eso ya lo había resuelto: ¡arrancar al niño de allí! Pero buscaba la forma de obtener su consentimiento. No era fácil. A las primeras palabras, Jacques se colgó de su brazo sollozando, recordándole que había jurado no decir nada ni hacer nada.

—Claro que no, pequeño. Ya te he dicho que no haré nada contra tu voluntad. Pero escúchame. ¡Esta soledad moral, esta inactividad, esta promiscuidad! ¡Y yo que esta mañana he creído que eras perfectamente dichoso!

—¡Pero sí lo soy! —En un instante todo aquello de que acababa de quejarse se borró: ya no veía sino el lado bueno de su reclusión: la ociosidad, la ausencia de control, el alejamiento de la familia.

—¿Dichoso? ¡Si lo fueras, sería una vergüenza! No, pequeño; no puedo creer que tú estés contento de pudrirte ahí dentro. Te degradas, te embrutesces; ya ha durado demasiado. Te he prometido no hacer nada sin tu asentimiento y mantendré mi palabra, estáte tranquilo; pero piénsalo: miremos las cosas fríamente, cara a cara, tú y yo, como dos amigos... ¿No somos ahora dos amigos?

—Sí.

—¿Tienes confianza en mí?

—Sí.

—Entonces, ¿qué es lo que temes?

—No quiero volver a París.

—Pero vamos a ver, pequeño; después de la descripción que me has hecho de tu existencia aquí, la vida de familia no puede ser peor.

—¡Cien veces peor!

Ante aquella exclamación, Antoine se quedó aterrado.

Su perplejidad iba en aumento. «¡Dios mío!», se repetía, sin poder pensar en nada. El tiempo apremiaba. Le parecía andar entre tinieblas. De repente el velo se desgarró. ¡Ya tenía la solución! En un segundo todo el plan se perfiló en su imaginación. Rompió a reír.

—Jacques, escúchame y no me interrumpas —exclamó—. O mejor aún, contéstame: ¿si de repente nos encontráramos tú y yo solos en el mundo, no querrías venir a mi lado, para vivir conmigo?

El niño no comprendió inmediatamente.

—Pero Antoine —dijo por último—, ¿cómo quieres? Está papá y...

El padre se interponía en su porvenir. A ambos se les ocurrió la misma idea: cómo

se facilitarían las cosas si repentinamente... Antoine se avergonzó de su propio pensamiento tan pronto como lo vio reflejado en la mirada de su hermano; apartó los ojos.

—Desde luego que sí —decía Jacques—; si yo hubiera podido estar contigo, nada más contigo, hubiera sido completamente distinto. Hubiera trabajado... Trabajaré, tal vez llegue a ser poeta..., un verdadero...

Antoine le interrumpió con un gesto:

—Entonces escucha: si yo te diera mi palabra de que nadie más que yo se iba a ocupar de ti, ¿aceptarías salir de aquí?

—Sí. —Daba su consentimiento, necesitado de afecto y para no contrariar a su hermano.

—¿Y te comprometerías a dejarme organizar tu vida, tus estudios, a vigilarte en todo, como si fueras mi hijo?

—Sí.

—Bien —dijo Antoine, y guardó silencio. Reflexionaba. Sus deseos eran siempre tan violentos que jamás dudaba de su ejecución; y, efectivamente, hasta ahora siempre había llevado a cabo todo lo que se había propuesto, con tanta obstinación. Se volvió hacia el pequeño y sonrió:

—No creas que estoy soñando —prosiguió sin cesar de sonreír, pero con voz resuelta—, sé perfectamente a lo que me comprometo y antes de quince días, ¿me oyes?, antes de quince días... ¡Tú ten confianza! Ahora vas a volver a tu encierro, animosamente, sin dejar entrever nada. Y antes de quince días te juro que estarás en libertad.

Jacques, sin comprender bien lo que le decía, se apretaba contra Antoine con un repentino deseo de ternura; hubiera querido acurrucarse cerca de él y quedarse durante mucho tiempo sin moverse, junto a la tibieza fraternal de su cuerpo.

—¡Ten confianza! —repitió Antoine.

Él mismo se sentía satisfecho y como ennoblecido; le complacía sentirse tan fuerte y optimista. Comparaba su vida con la de Jacques: «¡Pobre muchacho; siempre le pasan cosas que no le ocurren a nadie!» En realidad lo que quería decir era: «Cosas que a mí nunca me han sucedido.» Le compadecía; pero sobre todo sentía un vivo placer en ser Antoine, este Antoine equilibrado, tan bien organizado para ser feliz, para convertirse en un gran hombre, en un gran médico. Sintió impulsos de acelerar el paso y silbar alegremente. Pero Jacques iba despacio y parece in cansado. Por otra parte ya llegaban a Crouy.

—¡Ten confianza! —volvió a murmurar, oprimiendo el brazo de su hermano.

El señor Faïsme estaba con el cigarro en la boca delante del portal. Tan pronto como les vio desde lejos, corrió hacia ellos.

—¡Buen paseo, eh! ¡Apuesto a que han ido a Compiègne! —Reía feliz y levantaba los brazos—. ¿Por la orilla del río? ¡Qué camino más bonito! ¡Qué bonita es esta región!, ¿verdad? —Sacó el reloj—. No es que pretenda echarle, doctor, pero

si no quiere volver usted a perder el tren...

—Me voy ahora mismo —dijo Antoine. Se volvió hacia su hermano y con voz conmovida añadió—: ¡Hasta la vista, Jacques!

Caía la noche.

A contraluz distinguió un rostro sumiso, unos párpados abatidos, una mirada huidiza. Repitió:

—Hasta la vista.

Arthur esperaba en el patio. Jacques hubiera querido despedirse del director, pero el señor Faïsme le volvía la espalda: él mismo corría el cerrojo de la puerta como todas las tardes. En medio de los ladridos del perro, Jacques oyó la voz de Arthur:

—¿Vienes de una vez?

Le siguió.

Volvió a encontrar su celda con una impresión de consuelo. La silla de Antoine se encontraba allí, junto a la mesa. Aún le duraba su ternura hacia el hermano mayor. Se puso la ropa de trabajo. El cuerpo estaba cansado, pero la mente ágil; aparte del Jacques de todos los días había en él un nuevo ser, inmaterial, nacido hoy, que contemplaba al primero y le dominaba.

No pudo permanecer sentado y se puso a pasear por la habitación. Un sentimiento nuevo y poderoso le hacía permanecer de pie: la conciencia de la fuerza. Se había acercado a la puerta y permanecía allí, con la frente apoyada en el cristal y la mirada fija en la lámpara del pasillo desierto. La atmósfera sofocante del calorífero aumentaba su fatiga. Estaba casi dormido. De repente, al otro lado del cristal apareció una sombra. La puerta cerrada con llave se abrió: Arthur traía la cena.

—¡Venga, date prisa!

Antes de probar las lentejas, Jacques retiró de la bandeja el trozo de queso y el jarro de vino aguado.

—¿Para mí? —preguntó el criado. Sonrió, tomó el pedazo de queso y fue a comérselo junto al armario, con objeto de que no se le viera desde la puerta. Era la hora en que, antes de su cena, el señor Faïsme venía en zapatillas para darse una vuelta por el pasillo; y lo más corriente es que no se dieran cuenta de su visita hasta después de haber pasado, merced al olor repulsivo de su cigarro, que penetraba por entre la reja del ventanillo.

Jacques terminaba el pan mojando la miga en el agua negra de las lentejas. Cuando hubo terminado, Arthur dijo:

—¡Y ahora, a la piltra!

—¡Pero si todavía no son las ocho!

—Vamos, date prisa. Hoy es domingo y me están esperando los amigos.

Jacques no replicó y empezó a desnudarse.

Arthur, con las manos en los bolsillos, le contemplaba. En aquella fisonomía un tanto animal y en aquel cuerpo de cargador de pianos había, no obstante, cierta

dulzura.

—Tu hermano sí que es un individuo que sabe lo que es la vida —dijo sentenciosamente. Hizo ademán de deslizarse una moneda en el bolsillo, sonrió, cogió la bandeja vacía y salió.

Cuando volvió, Jacques ya estaba en la cama.

—¿Qué, ya está? —Con la punta del pie el criado empujó los zapatos debajo del tocador—. Oye: ¿es que no puedes recoger un poco tus cosas antes de acostarte? —Se acercó a la cama—. ¿Me estás oyendo? —Apoyó las manos sobre los hombros de Jacques, riendo estrambóticamente. Una sonrisa cada vez más angustiada deformaba el rostro del niño—. ¿De verdad que no escondes nada debajo de la almohada? ¿Ni una vela? ¿Ni algún libraje?

Metió la mano bajo las sábanas. Pero con un movimiento que Arthur no pudo prever ni impedir, el pequeño se soltó y se echó hacia atrás con la espalda pegada a la pared. Sus ojos brillaban de odio.

—Vaya, vaya —dijo el criado—; parece que esta noche estamos muy quisquillosos. También yo podía decir algunas cosas... —añadió.

Hablaba en voz baja, sin perder de vista la puerta del pasillo. Luego, sin ocuparse más de Jacques encendió el quinqué que lucía durante toda la noche para facilitar la vigilancia, cerró el conmutador con su llave maestra y salió silbando.

Jacques oyó cómo la llave giraba dos veces en la cerradura y cómo el hombre se alejaba, arrastrando sobre las baldosas sus suelas de esparto. Entonces volvió al centro de la cama, estiró las piernas y permaneció acostado sobre la espalda. Sus dientes entrechocaban. Toda su confianza le abandonó. Al recordar cómo había transcurrido el día y sus confesiones tuvo un acceso de rabia, seguido de un desánimo que le desgarró: entrevió París, Antoine, su casa, las regañinas, el trabajo, el control familiar... ¡Había cometido una falta irreparable, se había entregado a sus enemigos! «¿Pero es que me odian, es que todo el mundo tiene que odiarme?» Corrían sus lágrimas. Se aferró a la idea de que el misterioso proyecto de Antoine era irrealizable, de que el señor Thibault se opondría a él. Su padre se le aparecía como un salvador. Sí; todo aquello fracasaría y terminarían por dejarle tranquilo, por dejarle aquí. Aquí era la soledad, el entumecimiento, la dicha de la paz.

Sobre el techo, encima de su cabeza, se reflejaba una y otra vez el resplandor del quinqué.

Aquí estaba la dicha, aquí estaba la felicidad.

IV

EN la penumbra de la escalera, Antoine se encontró con el secretario de su padre, el señor Chasle, que se deslizaba a lo largo de la pared como una rata y que al verle se detuvo con aire asustado:

—¿Ah, es usted? —Había tomado de su jefe la manía de aquella muletilla—. ¡Malas noticias! —masculló—. El grupo de los universitarios ha presentado la candidatura del decano de la Facultad de Letras: quince votos que se han perdido por lo menos; con los diez de los jurídicos hacen veinticinco. ¡Es lo que se dice una mala suerte! Ya le explicaré su padre. —Carraspeaba incesantemente por timidez y, creyéndose víctima de un catarro crónico, durante todo el día chupaba pastillas de goma—. Me marchó, porque mamá estará preocupada —prosiguió, viendo que Antoine no contestaba. Sacó el reloj, se lo puso junto al oído antes de mirar la hora, se levantó el cuello y desapareció.

Desde hacía siete años, este hombrecillo con gafas era el colaborador cotidiano del señor Thibault y Antoine apenas si le conocía más que el primer día. Hablaba poco, en voz baja y no expresando sino tópicos, acumulando sinónimos. Era puntual y meticuloso. Vivía con su madre, con la cual parecía tener atenciones conmovedoras. Sus zapatos chirriaban siempre. Su nombre era Jules; pero el señor Thibault, por consideración a sí mismo, llamaba a su secretario: «señor Chasle». Antoine y Jacques le habían apodado «Pastilla de goma» o «El Empalagoso».

Antoine entró directamente en el despacho de su padre, que ponía en orden sus papeles antes de acostarse.

—¿Ah, eres tú? ¡Malas noticias!

—Sí —interrumpió Antoine—; ya me ha contado el señor Chasle.

El señor Thibault apartó con brusquedad la barbilla del cuello: no le gustaba que se supiera lo que se disponía a decir; Antoine en aquel momento no se preocupó en lo más mínimo; pensaba en lo que acababa de hacer y sentía que le invadía la parálisis. Percatándose a tiempo se lanzó al ataque:

—También yo te traigo noticias muy malas: Jacques no puede continuar en Crouy. —Cogió aliento y continuó de un tirón—: Vengo de allí. Le he visto y he conseguido que se me abriera. He descubierto cosas lamentables. Vengo a hablar contigo de ellas. Es urgente sacarle de allí cuanto antes.

El señor Thibault permaneció inmóvil durante algunos segundos. Su estupefacción solamente se reflejó en su voz:

—¿Tú? ¿Que has ido a Crouy? ¿Cuándo? ¿Para qué? ¿Y sin consultarme? ¿Estás loco? Explícate.

Aunque algo más tranquilo por haber franqueado el obstáculo en el primer salto, Antoine se encontraba incómodo e incapaz de hablar. Hubo un silencio opresivo. El señor Thibault había abierto los ojos; se fueron cerrando lentamente, como en contra

de su voluntad. Entonces se sentó y puso las manos sobre la mesa.

—Explícate, hijo mío —prosiguió. Marcaba solemnemente cada sílaba—: dices que has estado en Crouy; ¿cuándo?

—Hoy.

—¿Cómo? ¿Con quién?

—Solo.

—¿Y... te han recibido?

—Naturalmente.

—¿Te han dejado ver a tu hermano?

—He pasado todo el día con él. Los dos solos.

Antoine tenía una manera provocativa de acentuar el final de sus frases que despertó la cólera del señor Thibault, pero éste comprendió que debía permanecer circunspecto.

—No eres más que un niño —proclamó, como si hubiera recordado la edad de Antoine por el timbre de su voz—. Tienes que comprender lo irrespetuoso de tu conducta a espaldas mías. ¿Tenías alguna razón especial para ir a Crouy sin decírmelo? ¿Te había escrito tu hermano; te había llamado?

—No; me he sentido intranquilo repentinamente.

—¿Intranquilo? ¿Acerca de qué?

—Pues acerca de todo..., del régimen... De los efectos del régimen al que Jacques se encuentra sujeto desde hace nueve meses.

—La verdad, hijo mío, es que me... me sorprendes. —Dudaba, escogiendo términos moderados, que desmentían sus manazas crispadas y sus bruscos movimientos de cabeza—. Esta... desconfianza con respecto a tu padre...

—Todo el mundo puede engañarse. Y aquí está la prueba.

—¿Qué prueba?

—Escúchame, padre; es inútil enfadarse. Estoy convencido de que tanto tú como yo deseamos lo mismo: el bien de Jacques. Cuando sepas el estado de degradación en que le he encontrado, serás el primero en decidir que Jacques tiene que abandonar el reformatorio cuanto antes.

—¡Eso no!

Antoine aparentó no haber oído la observación de su padre.

—Sí, papá.

—Te digo que no.

—Mira, papá; cuando sepas...

—¿Me tomas acaso por un imbécil? ¿Supones que he esperado a tus informes para saber lo que se hace en Crouy, donde, desde hace diez años, hago todos los meses una inspección general, seguida de un informe? ¿Donde no se decide nada sin haber sido discutido previamente en un Consejo que yo presido? ¡Vamos!

—Papá, lo que yo he visto allí...

—Ya hemos hablado bastante. Tu hermano puede haberte dicho todas las mentiras

que se le hayan antojado; contigo le ha sido fácil. Conmigo será otra cosa.

—Jacques no se queja de nada.

El señor Thibault pareció desconcertado:

—¿Y entonces?

—Pues eso es precisamente lo más grave: dice que está tranquilo; dice incluso que es feliz, que le gusta estar allí. —Y como el señor Thibault dejara oír una risita de satisfacción, Antoine agregó con tono hiriente—: El pobre chico tiene tales recuerdos de la vida en familia que prefiere el encierro.

La ofensa no alcanzó el objeto deseado.

—Pues entonces es perfecto: quiere decirse que estamos todos de acuerdo; ¿qué otra cosa pretendes?

Antoine no estaba lo bastante seguro de obtener la libertad de Jacques para revelar al señor Thibault todo lo que había sabido por las confesiones del muchacho; prefirió atenerse a consideraciones generales y callar lo demás.

—Te voy a decir la verdad, padre —comenzó, fijando sobre el señor Thibault una mirada atenta—. Yo me había sospechado la existencia de privaciones, de malos tratos, de calabozos. Sí, ya lo sé. Afortunadamente, todo esto carece de fundamento. Pero he comprobado en la existencia de Jacques una miseria moral cien veces peor. Al decirte que el aislamiento le beneficia te engañan. El remedio es peor que la enfermedad. Se pasa los días en una ociosidad pernicioso. De su profesor es preferible no hablar: la verdad es que Jacques no hace nada y es evidente que su inteligencia es ya incapaz del menor esfuerzo. Créeme que prolongar el experimento es comprometer para siempre su porvenir. Ha caído en tal estado de indiferencia y es tanta su debilidad que si siguiera algunos meses en ese sopor sería demasiado tarde para que llegara a recobrar la salud.

Antoine no apartaba la mirada de su padre; parecía poner en ella toda su energía para hacer brillar en aquel rostro inerte un destello de aprobación. El señor Thibault, replegado en sí mismo, conservaba una inmovilidad masiva; hacía pensar en esos paquidermos cuya fuerza se disimula mientras permanecen quietos; por otra parte, también tenía del elefante las grandes orejas aplastadas, así como en ciertos momentos la mirada desconfiada. La argumentación de Antoine le tranquilizaba. Ya había habido algunos conatos de escándalo en la Fundación; había sido necesario despedir algunos vigilantes sin revelar los motivos del despido y, por un momento, el señor Thibault temió que las revelaciones de Antoine fueran de aquella naturaleza: respiró tranquilo.

—¿Y crees enseñarme algo? —dijo con aire bonachón—. Todo eso que me dices hace honor a tu generosidad natural, hijo mío; pero permíteme que te diga que estas cuestiones de reforma son muy complejas y que en estos asuntos no se improvisan los conocimientos de la noche a la mañana. Cree en mi experiencia y en la de los especialistas. Hablas de debilidad, de amodorramiento. ¡A Dios gracias! Sabes cómo era tu hermano; ¿crees que se puede doblegar semejante propensión al mal sin antes

domar su voluntad? Al debilitar razonablemente a un niño vicioso, lo que se debilita son sus malos instintos y entonces se puede uno entender con él: eso es lo que enseña la práctica. Ya lo has visto: ¿no está transformado tu hermano? Ya no tiene nunca arrebatos; es disciplinado y cortés con todos los que le tratan. Tú mismo dices que ya ha llegado a gustarle el orden y la regularidad de su nueva existencia. ¿No hay motivos para sentirse orgulloso de tal resultado en menos de un año?

Retorcía con sus dedos gordezuelos la punta de la perilla, y cuando hubo terminado lanzó a su hijo una mirada oblicua. Su voz sonora, su apostura majestuosa, prestaban una apariencia de fuerza a sus menores palabras, y Antoine estaba tan acostumbrado a dejar que su padre se le impusiera que en su fuero interno se sintió ceder. Pero el señor Thibault, llevado de su orgullo, dio un paso en falso:

—Por otra parte, me pregunto por qué me tomo la molestia de defender la oportunidad de un castigo que no ha sido ni será nunca puesto en tela de juicio. Yo obro de acuerdo con lo que me dicta mi conciencia y no tengo que dar cuentas a nadie, sea quien sea. Y que esto te baste, hijo mío.

Antoine se revolvió:

—Esa no es la manera de hacerme callar, padre. Te repito que Jacques no puede seguir en Crouy.

El señor Thibault dejó oír de nuevo una risita irónica.

Antoine tuvo que hacer un esfuerzo para no perder los estribos.

—No, padre; sería un crimen dejar allí a Jacques. ¡Ah! Hay en él unas cualidades que no se deben echar a perder. Déjame que te diga, padre, que tú te has equivocado muy a menudo acerca de su carácter; te irrita y no ves sus...

—¿Qué es lo que no veo? ¿No vivimos tranquilos aquí desde que falta de casa? ¿Es verdad o no? Pues entonces, cuando se haya corregido, haremos que vuelva. De aquí a entonces... —Levantó el puño como si fuera a dejarlo caer sobre la mesa con toda su fuerza, pero abrió la mano y posó suavemente la palma. Su cólera iba madurando. La de Antoine estalló:

—Jacques no seguirá en Crouy, padre; respondo de ello.

—¿Ah, sí...? —dijo el señor Thibault en tono burlón—. ¿No se te olvida tal vez que no eres tú el que manda?

—No, no lo olvido. Por eso te pregunto: ¿qué es lo que piensas hacer?

—¿Yo? —murmuró el señor Thibault con lentitud; sonrió fríamente y entreabrió los párpados durante un segundo—: Eso ni se pregunta; reprender severamente al señor Faïsme por haberte recibido sin mi autorización y prohibirte para siempre el acceso a la colonia.

Antoine se cruzó de brazos:

—¡Entonces todos tus folletos, todas tus conferencias no son sino palabras huecas! En los Congresos, sí. ¡Pero ante una inteligencia que se pierde, aunque sea la de un hijo, no hay que preocuparse: eludir las complicaciones, vivir tranquilo y que suceda lo que quiera!

—¡Impostor! —gritó el señor Thibault. Se puso de pie—. ¡Si esto tenía que ocurrir! Te estoy viendo venir desde hace mucho tiempo. Algunas palabras que se te escapan en la mesa, «tus» libros, «tus» periódicos..., tu tibieza en cumplir con tus deberes... Todo se sucede: el abandono de los principios religiosos, en seguida la anarquía moral, y para terminar, la rebeldía.

Antoine se encogió de hombros:

—No mezclemos las cosas. Se trata del pequeño y es cosa urgente. Papá, prométeme que Jacques...

—¡Te prohíbo que de ahora en adelante me vuelvas a hablar de él! ¿Está bien claro esta vez?

Se miraron de arriba abajo.

—¿Es ésta tu última palabra?

—¡Márchate!

—Tú no me conoces, padre —murmuró Antoine con una risa plena de desafío—. Te juro que Jacques saldrá de esa cárcel. ¡Y que nada, absolutamente nada me detendrá!

El señor Thibault, con una violencia repentina, avanzaba hacia su hijo con los dientes apretados:

—¡Márchate!

Antoine había abierto la puerta. En el mismo umbral se volvió y con voz ronca lanzó:

—¡Absolutamente nada! ¡Aunque tenga que dirigir yo mismo una nueva campaña en «mis» periódicos!

V

AL día siguiente, muy temprano, Antoine, que no había podido pegar el ojo, esperaba en una sacristía del Arzobispado a que el abate Vécard hubiera terminado su misa. Era necesario que el sacerdote fuera puesto al corriente de todo y pudiera intervenir. Para Jacques no había otra esperanza.

La entrevista fue larga. El abate hizo sentar al joven a su lado, como para una confesión; le escuchó con recogimiento, el busto echado hacia atrás y la cabeza inclinada sobre el hombro izquierdo, según tenía por costumbre. No le interrumpió ni una sola vez. Su rostro incoloro, de larga nariz, era muy poco expresivo; no obstante, algunas veces fijaba sobre Antoine una mirada dulce e insistente que parecía tratar de comprender más que de lo que se le decía. Aunque hubiera tratado a Antoine menos que a los demás miembros de la familia, siempre había manifestado hacia él una estimación particular; lo más chocante es que en esto sufría la influencia del señor Thibault, cuya vanidad era muy sensible a los éxitos de Antoine y que se complacía en elogiar a su hijo.

Antoine no trató de convencer al abate con una argumentación tendenciosa; se limitó a contarle detalladamente el día que había pasado en Crouy y que había terminado con la violenta escena que había tenido con su padre; el abate le reprochó esto último sin pronunciar una sola palabra, con un gesto significativo de las manos, que casi siempre mantenía alzadas a la altura del pecho; unas manos de prelado, que las muñecas gordezuelas dejaban caer suavemente y que, sin cambiar de lugar, se animaban algunas veces, como si la naturaleza les hubiera reservado esta facultad de expresión que había negado al rostro.

—Ahora, señor abate, el destino de Jacques está en las manos de usted —terminó Antoine—. Usted es el único que puede hacer entrar en razón a mi padre.

El abate no contestó. Volvió hacia Antoine una mirada tan triste y distraída que el joven no supo qué pensar. Entonces sintió su impotencia y las dificultades insuperables de lo que se había propuesto.

—¿Y después? —dijo lentamente el abate.

—¿Después?

—Supongamos que su padre llama a Jacques a París; ¿qué sucedería después?

Antoine se quedó perplejo. Tenía su proyecto perfectamente definido, pero no sabía cómo exponerlo; tan difícil le parecía que fuera admitido en principio por el abate: abandonar el hogar familiar; instalarse Jacques y él en la planta baja de la casa; sustraer casi por completo al pequeño de la autoridad paterna; encargarse personalmente de dirigir la educación, controlar el trabajo y vigilar la conducta de su hermano menor. Esta vez el sacerdote no pudo contener una sonrisa; pero fue una sonrisa por completo desprovista de ironía.

—Asumiría usted con ello una carga bien pesada, amigo mío.

—¡Estoy tan convencido de que ese pequeño necesita una amplia libertad! ¡Que nunca logrará desarrollarse en la sujeción! Ríase usted de mí, señor abate, pero sigo convencido de que si yo pudiera ocuparme de él completamente solo... No obtuvo del abate sino un nuevo movimiento de cabeza, seguido de una de sus miradas fijas y penetrantes que parecían venir desde muy lejos y calar muy adentro. Se marchó desesperado; después de la violenta negativa de su padre, la acogida indiferente del abate apenas si le dejaba esperanzas. Se hubiera quedado verdaderamente sorprendido de saber que el abate había resuelto ir a ver al señor Thibault aquel mismo día.

No tuvo que molestarse.

Cuando volvió, como hacía todas las mañanas después de la misa para tomarse su taza de leche fría, al piso que ocupaba con su hermana a dos pasos del Arzobispado, vio al señor Thibault que le esperaba en el comedor. El hombrachón, desplomado sobre una silla y con las manos sobre los muslos, rumiaba todavía su cólera. La llegada del abate le hizo ponerse en pie.

—¿Ya está usted aquí? —murmuró entre dientes—. ¿Le sorprende mi visita?

—No tanto como usted supone —replicó el abate. En algunos instantes una sonrisa furtiva o una lucecilla maliciosa de la mirada iluminaban su rostro tranquilo—. Mi servicio de información es muy bueno: estoy al corriente de todo. ¿Me permite? —añadió, acercándose al tazón que le esperaba encima de la mesa.

—¿Al corriente? ¿Ha visto usted ya...?

El abate tomaba su leche a sorbitos:

—Desde ayer por la mañana, gracias a la duquesa, sé el estado de Astier. Pero hasta anoche no me enteré de la renuncia de su adversario.

—¿El estado de Astier? Es eso lo que... No lo entiendo. Yo no sé absolutamente nada.

—¿Pero es posible? —dijo el abate—. ¿Entonces puedo tener la satisfacción de darle yo mismo la buena noticia? —Hizo una pausa—. Pues bien: el viejo Astier acaba de tener un cuarto ataque: esta vez el pobre hombre está perdido. Entonces el decano, que no es tonto, se retira y le deja a usted como único candidato de Ciencias Morales.

—¿Que se retira el decano? —balbuceó el señor Thibault—. ¿Y por qué?

—Porque ha pensado que un decano de la Facultad de Letras estará más en su sitio en las Inscripciones, y prefiere esperar algunas semanas un sillón que no le será discutido, mejor que arriesgar contra usted su oportunidad.

—¿Y está usted bien seguro?

—Es oficial. Ayer tarde me encontré con el secretario perpetuo en una reunión del Instituto Católico. El decano acababa de entregar personalmente su carta de renuncia; ¡una candidatura que habrá durado menos de veinticuatro horas!

—¡Y entonces...! —murmuró el señor Thibault. La sorpresa y la alegría le

ahogaban. Dio algunos pasos desconcertados, con los brazos detrás de la espalda, y luego se aproximó de nuevo al abate, faltando poco para que le abrazara. Se limitó a cogerle las manos—. ¡Mi querido abate, nunca lo olvidaré! Gracias; muchas gracias.

Tanta era la dicha que le invadía que todo lo demás había perdido importancia; su irritación navegaba a la deriva. Hasta el extremo de que tuvo que hacer un esfuerzo de memoria para contestar cuando el abate, que sin que se diera cuenta le había llevado a su despacho, le preguntó en el tono más natural:

—¿Y qué es, entonces, lo que le trae tan temprano, mi querido amigo?

Entonces recordó a Antoine y automáticamente recobró su furor. Venía a pedir consejo acerca de la conducta a observar con respecto a su hijo mayor, que había cambiado mucho en estos últimos tiempos y al que notaba animado por un cierto espíritu de duda y rebeldía. ¿Continuaba cumpliendo sus obligaciones religiosas? ¿Asistía siquiera a la misa dominical? Cada vez mostraba mayor despego a la mesa familiar, con el pretexto de los enfermos, y cuando acudía a las comidas su actitud era muy distinta de la de antes; contradecía a su padre, se permitía unas libertades de opinión inconcebibles; con motivo de las recientes elecciones municipales, la discusión había llegado a tomar un sesgo tan áspero que había sido necesario imponerle silencio como si se tratara de un niño. En una palabra: si se deseaba mantener a Antoine en el buen camino era urgente tomar nuevas medidas con respecto a él, medidas para las que el apoyo y tal vez la intervención del abate Vécard parecían indispensables. Luego, a modo de ejemplo, el señor Thibault relató el acto de indisciplina de que se había hecho culpable Antoine con su visita a Crouy, las estúpidas conjeturas que se había forjado y la escena incalificable a que habían dado lugar. No obstante, la consideración que Antoine le merecía, aumentada incluso a su pesar por esta actitud de independencia que le reprochaba, no dejaba de traslucirse en sus palabras; y el abate no dejó de observarlo.

Sentado indolentemente detrás de su mesa hacia de vez en cuando pequeñas señas de aprobación con las manos colocadas a ambos lados del alzacuello. Pero cuando se empezó a tratar de Jacques levantó la cabeza y pareció redoblar su atención. Con una serie de hábiles preguntas, cuya hilación no se podía adivinar, se hizo confirmar por el padre todos los informes que acababa de facilitarle el hijo.

—Sí, sí; pero... —dijo, como hablándose a sí mismo. Reflexionó durante algunos momentos; el señor Thibault aguardaba sorprendido. Por fin el abate tomó la palabra con gesto decidido—: Lo que me dice acerca de la actitud de Antoine no me preocupa tanto como a usted, mi querido amigo. Era una cosa que había que esperársela. El primer efecto de los estudios científicos sobre una inteligencia curiosa y apasionada es exaltar el orgullo y hacer vacilar la fe; un poco de ciencia aleja de Dios; mucha, lleva a Él. No se asuste: Antoine está en la edad en que uno se precipita de un extremo a otro. Ha hecho usted bien en prevenirme; me las arreglaré para verle más a menudo y charlar con él. Pero todo esto no es grave, tenga paciencia, ya volverá a nosotros.

»Sin embargo, lo que usted me dice de la forma de vida de Jacques me inquieta mucho más. ¡Estaba muy lejos de suponer que su aislamiento fuera tan sumamente riguroso! ¡Si lo que hace allí es una auténtica vida de preso! No puedo creer que no sea peligroso. Mi querido amigo, he de confesarle que estoy verdaderamente desconcertado. ¿Usted ha reflexionado bien acerca de ello?»

El señor Thibault sonrió.

—Mi querido abate, desde el fondo de mi conciencia le contesto a usted lo mismo que contesté ayer a Antoine: ¿supone usted que no tenemos, y mejor que nadie, experiencia acerca de esas cosas?

—No lo niego —repuso el sacerdote sin la menor ironía—. Pero de los niños que usted tiene costumbre de tratar, no todos necesitan los cuidados que precisa el temperamento especial de su hijo. Y su régimen es diferente, si he comprendido bien, puesto que viven en comunidad, tienen horas de recreo y se adiestran en trabajos manuales. Usted recordará que yo era partidario de infligir a Jacques un castigo severo, y este simulacro de reclusión me parecía muy oportuno para obligarle a reflexionar y enmendarse. Pero, ¡qué caramba!, nunca se me había ocurrido que debiera ser una verdadera encarcelación ni, sobre todo, que pudiera serle impuesta durante tanto tiempo. ¡Piénselo! ¿Durante nueve meses, un niño de apenas quince años, solo en una celda, bajo la vigilancia de un guardián sin cultura y de cuya honorabilidad no tiene usted sino informes oficiales? Le dan algunas clases, de acuerdo; ¿pero cuál es la eficiencia de ese profesor de Compiègne que le consagra tres o cuatro horas a lo largo de toda una semana? Usted lo desconoce por completo. Por otra parte, usted me alega su experiencia. Permítame recordarle que he vivido doce años con escolares y que no ignoro por completo lo que es un muchacho de quince años. El estado de degeneración física, y sobre todo moral, en que ha podido caer ese pobre niño sin que usted se haya dado cuenta, es algo que me hace temblar.

—¿También usted? —replicó el señor Thibault—. Le suponía de espíritu más sólido —añadió con una risita seca—. Por otra parte, ahora no se trata de Jacques...

—Para mí no se puede tratar de otra cosa —interrumpió el abate sin levantar la voz—. Después de lo que acabo de saber, estimo que la salud física y moral de ese niño corre allí un peligro inmenso. —Fingió reflexionar, y luego, sin prisas, articuló—: Y que no debe seguir ni un día más allí en donde está.

—¿Eh? —exclamó su interlocutor.

Se produjo un silencio. Era la segunda vez en doce horas que se tocaba al señor Thibault en su fibra más sensible. La ira le invadió, pero se contuvo.

—Ya volveremos a hablar de esto —concedió, incorporándose.

—Discúlpeme, por favor —dijo el sacerdote, con una vivacidad inesperada—. Lo menos que se puede decir, es que ha obrado usted con una imprudencia... muy culpable. —Tenía una manera firme y dulce de arrastrar la voz sobre algunas palabras, sin que su rostro se animara, y de levantar al mismo tiempo su índice delante de los labios, como para decir: ¡atención! Lo que hizo, repitiendo—: Muy

culpable... —Luego, después de hacer una pausa, añadió—: Se trata de reparar el mal cuanto antes.

—¿Cómo? ¿Qué es lo que usted pretende? —gritó el señor Thibault, que esta vez no pudo contenerse. Se volvió hacia el sacerdote con gesto agresivo—: ¿Voy a interrumpir sin ninguna razón un tratamiento que ya ha producido unos efectos excelentes? ¿Traer a mi casa a ese bribón? ¿Para estar otra vez a merced de sus tropelías? ¡Muchas gracias! —Crispaba los puños hasta hacer crujir las articulaciones, y su mandíbula apretada daba a su voz un tono ronco—. ¡Con todo conocimiento digo que no, no y no!

Con un gesto tranquilo de sus manos, el abate pareció decir: «Como guste.»

El señor Thibault se había levantado impulsivamente. El destino de Jacques se decidía por segunda vez.

—Mi querido abate —prosiguió—, ya veo que no se puede hablar con usted seriamente esta mañana y me marcho. Pero permítame decirle que me saca usted de quicio ni más ni menos que Antoine. ¿Es que tengo aspecto de ser un padre desnaturalizado? ¿Es que no he hecho todo lo posible por traer a este hijo al bien por el afecto, la indulgencia, el buen ejemplo, la influencia de la vida familiar? ¿Es que no le he soportado durante años enteros todo lo que un padre puede soportar a un hijo? ¿Y va usted a negarme que todas mis bondades no han surtido efecto? Afortunadamente, comprendí a tiempo que mi deber era otro y, por muy penoso que me haya parecido, no he vacilado en cumplirlo. Usted lo aprobó entonces. Por otra parte, Dios me había dado alguna experiencia y siempre he creído que al inspirarme la idea de fundar en Crouy ese pabellón especial, la Providencia me había permitido preparar de antemano el remedio para un mal personal. ¿No he sabido aceptar valerosamente esta prueba? ¿Hubieran obrado como yo muchos padres? ¿Tengo algo que reprocharme? Gracias a Dios, tengo la conciencia tranquila —afirmó, en tanto que una oscura protesta ensordecía ligeramente su voz—. ¡Deseo a todos los padres que tengan la conciencia tan tranquila como yo! Y una vez dicho esto me voy.

Abrió la puerta; en su rostro se dibujó una sonrisa de suficiencia; su acento tomó una entonación sarcástica, no exenta de sabor y que olía al terruño normando:

—Afortunadamente, tengo la cabeza más sólida que todos ustedes —dijo.

Había atravesado el recibimiento, seguido en silencio por el abate.

—Bien; pues hasta muy pronto —lanzó con naturalidad cuando estuvo en el rellano de la escalera.

Se volvía para estrechar la mano del abate cuando de repente, sin ningún otro preámbulo, éste comenzó a hablar con voz reflexiva:

—«Dos hombres subieron al templo para orar. Uno era fariseo y el otro publicano. El fariseo, permaneciendo de pie, exclamaba: “Dios mío, os doy las gracias por no ser como el resto de los hombres. Ayuno dos veces por semana y doy a los pobres el diezmo de mis bienes.” El publicano, por su parte, manteniéndose apartado, no se atrevía a levantar los ojos al cielo, pero se golpeaba el pecho,

diciendo: “Dios mío, tened piedad de mí, porque sólo soy un pecador.”»

El señor Thibault entreabrió los párpados: vio a su confesor, de pie en la sombra del recibimiento, que se llevaba el índice a los labios:

—«Y en verdad os digo que éste fue perdonado y no así el otro: porque el que se ensalza será humillado y el que se humilla será ensalzado.»

El señor Thibault recibió el choque sin pestañear; permanecía inmóvil, con los ojos cerrados. Como el silencio se prolongara aventuró una segunda mirada: el abate, sin hacer ruido había cerrado la puerta; el señor Thibault se encontró al otro lado. Se encogió de hombros, giró en redondo y se marchó. Pero a mitad de la escalera se detuvo. Su mano se aferraba a la barandilla; jadeaba y movía la cabeza como un caballo al que le molesta el freno.

—No —murmuró.

Y sin dudarle más volvió a su casa.

Durante todo el día se esforzó por olvidar lo que había sucedido. Pero por la tarde, como el señor Chasle tardara en entregarle un expediente que necesitaba, tuvo un acceso de ira que le costó trabajo reprimir. Antoine estaba de guardia en el hospital. La cena fue silenciosa. Sin esperar a que Gisèle hubiera terminado el postre, el señor Thibault dobló la servilleta y volvió a su despacho.

Dieron las ocho.

«Todavía tendría tiempo de ir por allí esta tarde» —pensó al sentarse, resuelto a no hacer nada—. Me volvería a hablar de Jacques. He dicho que no, y es que no. ¿Qué será lo que haya querido decir con su parábola del fariseo? —se preguntó por centésima vez. Repentinamente el labio inferior le empezó a temblar. El señor Thibault siempre había sentido miedo a la muerte. Se levantó y por encima de los bronceos que adornaban la chimenea buscó su imagen en el espejo. Sus facciones habían perdido aquella seguridad satisfecha que había modelado poco a poco su rostro y que no le abandonaba nunca, ni aun a solas, ni aun entregado a la oración. Sintió un estremecimiento. Con los hombros caídos se desplomó en su sillón. Se veía en su lecho de muerte y se preguntó espantado si no se presentaría con las manos vacías. Se aferraba desesperadamente a la opinión que los demás tenían de él—. ¿Y sin embargo, soy un hombre de bien? —se repetía; pero su tono seguía siendo interrogativo. No podía contentarse ya con palabras, se encontraba en uno de esos raros minutos en que la introspección desciende hasta profundidades que nunca ha llegado a iluminar todavía. Con las manos crispadas sobre los brazos de su sillón se asomaba a su existencia y no descubría en ella ni un solo acto que fuera verdaderamente puro. Del olvido surgían recuerdos lancinantes. Uno de ellos, más penoso que todos los demás juntos, le asaltó con una precisión tan brutal que hundió la frente entre las manos. Tal vez por primera vez en su vida el señor Thibault se sentía avergonzado. Por fin conocía ese supremo descontento de uno mismo, tan intolerable que ningún sacrificio parece demasiado caro con tal que suponga una

rehabilitación, que compre el perdón divino, que devuelva al alma desolada la paz, la esperanza de la salvación eterna. Volver a encontrar a Dios... Pero recobrar primero la estimación del sacerdote, mandatario de Dios...

Sí... No vivir ni hora más en este aislamiento maldito, bajo esta reprobación...

El aire libre le calmó. Tomó un coche para llegar antes. El abate Vécard vino a abrirle; su rostro, iluminado por la lámpara que levantó para reconocer al visitante, estaba impasible.

—Soy yo —dijo el señor Thibault; tendió la mano maquinalmente y se dirigió en silencio hacia el despacho del sacerdote—. No vengo para volver a hablar de Jacques —declaró de sopetón, tan pronto como se hubo sentado. Y como las manos del abate insinuaran un gesto conciliador, agregó—: Créame; no volvamos sobre ello. Está usted equivocado. Por otra parte, si el corazón se lo pide, vaya usted a Crouy para cerciorarse; verá usted que tengo razón. —Luego, con una mezcla de brusquedad e ingenuidad, agregó—. Discúlpeme mi mal humor de esta mañana. Usted me conoce, soy demasiado vivo, no... Pero en el fondo... También usted ha sido duro para este fariseo. Demasiado duro. Tengo derecho de protestar, ¡qué diablos! Hace treinta años que dedico a las obras católicas todo mi tiempo, todas mis fuerzas; más aún, la mayor parte de mis ingresos. Y eso para oír que un sacerdote, que un amigo, diga que yo..., que yo no... ¡No, confiese que esto no es justo!

El abate miró a su penitente; parecía decir:

«El orgullo resplandece, a pesar suyo, en todas sus palabras.»

Hubo una pausa bastante larga.

—Mi querido abate —prosiguió el señor Thibault, en un tono poco firme—: admito que no soy completamente... Sí, de acuerdo; muy a menudo me... Pero es mi manera de ser, como si dijéramos. Ya sabe usted como yo soy. —Mendigaba un poco de indulgencia—. ¡Es tan difícil el camino de la salvación! Usted es el único que pueda ayudarme a levantarme, el único que puede dirigirme... Me voy haciendo viejo y tengo miedo... —balbuceó de repente.

El abate se sintió conmovido por aquel cambio de tono; comprendió que no debía prolongar su silencio y acercó su silla.

—Ahora soy yo el que duda —dijo—. Y por otra parte, mi querido amigo, ¿qué más podría yo decir, cuando la palabra santa ha llegado tan adentro? —Reflexionó un instante—. Sé perfectamente que Dios le ha dado a usted una carga muy pesada: al trabajar para Él usted adquiere autoridad sobre los hombres, y honores; y es necesario que así sea. ¿Pero cómo no confundir un poco la gloria de Él con la de usted? ¿Y cómo no ceder a la tentación de poner poco a poco la de usted antes que la suya? Lo comprendo perfectamente...

El señor Thibault había abierto los ojos y no volvía a cerrarlos; su mirada pálida tenía una expresión asustada y al mismo tiempo pueril e inocente.

—¡Sin embargo! —prosiguió el abate—. *Ad majorem Dei gloriam*. Esto es lo

único que importa y todo lo demás carece de importancia. Usted, mi querido amigo, es de la raza de los fuertes, es decir, de los orgullosos. Sé perfectamente cuán difícil es tener dominada con el sentido común esta fuerza del orgullo.

»¡Qué difícil es no vivir para uno mismo, no olvidar a Dios, incluso cuando se está dedicado por entero a las obras pías! No encontrarse entre aquellos de quienes nuestro Señor dijera un día con tanta tristeza: “¡Esta muchedumbre me honra con los labios, pero su corazón está alejado de mí!”»

—¡Ah! —dijo el señor Thibault con exaltación, sin bajar la cabeza—, eso es terrible... ¡Tal vez sea yo el único que sabe cuán terrible resulta!

Experimentaba un consuelo delicioso en la humillación; sentía de una manera confusa que aquel podía ser un camino para reconquistar al sacerdote y sin tener que ceder nada en la cuestión del reformatorio. Un propósito le animaba aún más a sorprender al abate con la profundidad de su fe, con la exhibición de una generosidad inesperada: forzar su respeto a cualquier precio.

—¡Señor abate! —dijo repentinamente, y su mirada tomó durante un instante aquella misma expresión fatalista tan frecuente en Antoine—. Si hasta ahora he sido solamente un pobre orgulloso, ¿no me ofrece Dios hoy mismo una oportunidad de... de repararlo? —Vaciló y pareció luchar contra sí mismo. Y efectivamente luchaba. El abate le vio hacer rápidamente sobre el chaleco y con la yema del pulgar la señal de la cruz a la altura del corazón—. Me refiero a esa candidatura, ¿comprende? Aquí existiría un verdadero sacrificio, y un verdadero sacrificio de orgullo, puesto que usted me ha dicho esta mañana que la elección era segura. Pues bien, me... Pero fíjese, incluso en esto hay vanidad: ¿No debería callarme y hacerlo sin decírselo a nadie, ni siquiera a usted? Da igual. Pues bien, señor abate: hago juramento de retirar mañana, y de forma irrevocable, mi candidatura al Instituto.

El abate hizo un gesto con las manos que el señor Thibault no vio, puesto que estaba vuelto hacia el crucifijo colgado de la pared.

—Dios mío —murmuró—, tened piedad de mí porque soy un simple pecador.

En esta actitud puso un resto de suficiencia que ni siquiera sospechaba él mismo; el orgullo tiene tales raíces, que en el momento del arrepentimiento más ferviente había un prodigioso sentimiento de orgullo en la delectación con que saboreaba su humildad. El abate le envolvió con una mirada penetrante: ¿hasta qué punto podía ser sincero aquel hombre? Sin embargo, en aquel momento, el rostro del señor Thibault resplandecía de renunciación y misticismo, hasta el extremo de que ya no se distinguían en él las arrugas ni el abotagamiento, hasta el extremo de que aquella fisonomía de anciano tenía el candor de una carita infantil. El sacerdote se sintió conmovido. Se avergonzó de la satisfacción que había experimentado aquella mañana confundiendo al publicano. Los papeles se cambiaban. Pensó en su propia vida. ¿Había sido efectivamente pensando sólo en la gloria de Dios por lo que había abandonado con tanta rapidez a sus discípulos, para lo que había intrigado hasta obtener en el Arzobispado este lugar junto al sol? ¿Y no obtenía todos los días un

culpable placer personal en ejercitar aquellos ardidés de diplomático que había puesto al servicio de la Iglesia?

—¿Y usted cree de verdad que Dios me perdonará?

Aquella voz ansiosa recordó al abate Vécárd sus funciones de director espiritual. Juntó las manos bajo la barbilla, inclinó la cabeza y sonrió trabajosamente.

—Le he dejado llegar hasta el fin —dijo—. Le he dejado apurar el cáliz. Y estoy completamente seguro de que la misericordia divina le tendrá en cuenta estos momentos. Ahora bien —añadió, levantando el índice—, con la intención basta; y su auténtico deber no es consumir el sacrificio. No proteste. Soy yo, su confesor, quien le desliga de su juramento. Lo cierto es que su renuncia sería menos útil para la gloria de Dios de lo que pudiera serlo su elección. Su posición social, sus bienes de fortuna, tienen unas exigencias que usted no puede menospreciar. Ese título de miembro del Instituto le conferirá entre los grandes republicanos de la extrema derecha, que son la salvaguardia de nuestro país, una autoridad nueva y que consideramos necesaria para la buena causa. Usted ha sabido, durante toda su existencia, poner su vida bajo la tutela de la Iglesia. Permítala una vez más que por mi mediación le indique el camino a seguir. Dios rechaza su sacrificio, mi querido amigo; por duro que ello le resulte, ha de obedecer. *Gloria in excelsis!* «¡Gloria a Dios en las alturas y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad!»

Mientras hablaba, el abate iba viendo cómo las facciones del señor Thibault se distendían y recobraban poco a poco su equilibrio acostumbrado. Cuando hubo terminado había cerrado de nuevo los párpados y ya no era posible leer lo que pasaba en su interior. El sacerdote, al devolverle aquel sillón que ambicionaba desde hacía veinte años, le había devuelto la vida. Pero aún permanecía deshecho por el formidable esfuerzo que se había visto obligado a hacer sobre su naturaleza, e invadido por una gratitud sobrehumana. Ambos tuvieron la misma idea: el sacerdote, inclinando la frente, comenzó a recitar a media voz una plegaria en acción de gracias. Cuando levantó la cabeza, el señor Thibault se había dejado caer de rodillas; su cara de ciego, elevada hacia el cielo, estaba iluminada de alegría; un ligero balbuceo agitaba sus labios húmedos, y sobre la mesa, sus manos velludas, tan hinchadas que parecían haber sido picadas por las avispas, entrelazaban sus dedos con un fervor conmovedor. ¿Por qué este espectáculo tan edificante se hizo insoportable repentinamente a los ojos del abate? ¿Hasta el extremo de que no se pudo contener de adelantar el brazo, hasta casi derribar a su penitente? Corrigió inmediatamente su gesto y puso la mano afectuosamente sobre el hombro del señor Thibault, que se levantó de una manera torpe.

—Pero todavía no hemos hablado de todo —dijo entonces el abate con aquella dulzura inflexible que le era peculiar—. Tiene usted que tomar una decisión con respecto a Jacques.

El señor Thibault sintió un estremecimiento que le recorría todo el cuerpo.

El abate se sentó.

—No sea usted de esos que se creen disculpados porque han hecho frente a un deber difícil y descuidan cumplir el inmediato, aquel que está más a su alcance. Incluso si la prueba a que ha sometido usted a ese niño no es tan perjudicial como yo me temo, no la prolongue. Piense en el servidor que entierra el talento que su Maestro le ha confiado. Vamos, amigo mío, no se marche usted de aquí sin tener pleno conocimiento de toda su responsabilidad.

El señor Thibault permanecía de pie y negaba con la cabeza, pero su fisonomía no tenía ya la misma obstinación. El abate se levantó.

—Lo difícil —murmuró— es que no parezca que cede a Antoine. —Vio que había acertado de pleno, dio algunos pasos y de repente, en un tono casi indiferente, dijo—: ¿Sabe usted lo que yo haría en su lugar? Le diría: «¿Quieres que tu hermano salga del reformatorio? ¿Sí? ¿Sigues empeñado en ello? Pues bien, te cojo la palabra: vé a buscarle, pero guárdatele. ¡Tú has querido que vuelva; ocúpate de él!»

El señor Thibault no se inmutó. El abate prosiguió:

—Incluso iría todavía más lejos. Le diría: «No quiero que Jacques esté en casa. Arréglatelas como quieras. Parece que siempre has pensado que no sabíamos cómo tratarle. ¡Pues ahora ensáyalo tú!» Y le pondría a su hermano en los brazos. Instalaría a los dos en cualquier sitio, cerca de casa, naturalmente, para que pudieran compartir con usted las comidas, pero abandonaría a Antoine la dirección completa de su hermano. No se exalte, amigo mío —añadió, aunque el señor Thibault no hubiera hecho el más leve gesto—, espere, déjeme terminar; mi idea no es tan quimérica como parece...

Volvió a su sitio y se sentó, apoyando los codos sobre la mesa:

—Ahora, sígame bien —dijo.

—*Primo*: Hay que apostar que Jacques soportará mejor la autoridad de su hermano mayor que la de usted, y no estoy lejos de creer que al gozar de una mayor libertad dejará de tener ese espíritu de resistencia e indisciplina que siempre le hemos conocido.

»*Secundo*: Por lo que respecta a Antoine, su seriedad ofrece todas las garantías apetecibles. Cogiéndole la palabra, estoy convencido de que no rechazará este procedimiento de libertar a su hermano. En cuanto a esas desagradables tendencias que deplorábamos esta mañana, una causa pequeña puede conseguir grandes efectos: considero que al imponerle así un cargo de conciencia usted le proporcionará el mejor de los contrapesos y le atraerá infaliblemente a una concepción menos... anarquista de la sociedad, de la moral y de la religión.

»*Tertio*: Su autoridad paterna, puesta de esta forma al abrigo del contacto diario que la desgasta y disminuye, conservaría todo su prestigio para ejercer desde arriba sobre los dos hijos esa dirección general que es su atributo y, ¿cómo decirlo?, su principal utilidad.

»Por último —y el tono se hizo confidencial—, le confieso que en el momento de la elección me parece preferible que Jacques haya abandonado Crouy, y que no pueda

salir a relucir este asunto. La notoriedad atrae toda clase de entrevistas e informaciones; estaría usted expuesto a las indiscreciones de la prensa... consideración completamente secundaria, ya lo sé; pero en fin...»

El señor Thibault dejó escapar una mirada que traicionaba su inquietud. Sin que se lo confesara a sí mismo, esta exposición de hechos liberaba su conciencia, y la fórmula del abate no tenía sino ventajas, puesto que dejaba a cubierto su amor propio respecto a Antoine y devolvía a Jacques una situación normal, sin que el señor Thibault tuviera que ocuparse de su hijo.

—Si yo estuviera seguro —terminó por decir— de que una vez en libertad ese bribón no nos atraerá nuevos escándalos...

Esta vez la partida estaba ganada.

El abate se comprometió a ejercer un control discreto sobre la existencia de los dos muchachos, al menos durante los primeros meses. Luego aceptó ir a cenar al día siguiente a la calle de la Universidad, para tomar parte en la conversación que el padre quería tener con su hijo mayor.

El señor Thibault se levantó para marcharse. Se iba con el alma ligera, completamente nuevo. Sin embargo, cuando estrechó con efusión las manos de su confesor, una duda le asaltó de nuevo.

—Que Dios me perdone ser como soy —dijo piadosamente.

El abate le envolvió en una mirada complacida:

—«¿Cuál de entre vosotros —murmuró—, teniendo cien ovejas, si se le pierde una no abandona a las otras noventa y nueve en el desierto y va a buscar a aquella que se ha descarriado hasta que la encuentra?» —Levantó el dedo con una sonrisa furtiva y añadió—: «En verdad os digo que habrá más alegría en el cielo por un pecador que hace penitencia...»

VI

CIERTA mañana, cuando apenas si habían dado las nueve, la portera de la avenida del Observatorio preguntó por la señora de Fontanin. Abajo había «una persona» que deseaba verla, pero que no quería ni subir al piso ni decir su nombre.

—¿Una persona? ¿Una mujer?

—Una joven.

La señora de Fontanin retrocedió instintivamente. Indudablemente una aventura de Jérôme. ¿Tal vez un chantaje?

—¡Y tan joven! —añadió la portera—: Una niña.

—Voy a ver.

En efecto; era una niña que se escondía en la sombra de la portería y que por fin levantó la cabeza...

—¡Nicole! —exclamó la señora de Fontanin, al reconocer a la hija de Noemí Petit-Dutreuil. Nicole estuvo a punto de arrojarle a los brazos de su tía, pero se contuvo. Estaba pálida y con la cara alterada. No lloraba; mantenía los ojos muy abiertos y las cejas arqueadas; parecía sobreexcitada, resuelta y muy dueña de sí misma.

—Tía, querría hablar contigo.

—Ven.

—Arriba, no.

—¿Por qué?

—No; arriba, no.

—¿Pero por qué? Estoy completamente sola. —Adivinó que Nicole vacilaba—: Daniel está en el liceo y Jenny en la clase de piano; te aseguro que estoy sola hasta la hora de comer. Anda, ven.

Nicole la siguió en silencio. La señora de Fontanin la hizo entrar en su habitación.

—¿Qué sucede? —No podía disimular su desconfianza—. ¿Quién te ha enviado? ¿De dónde vienes?

Nicole la miraba sin bajar la vista; sus ojos pestañearon.

—Me he escapado.

—¡Ah! —dijo la señora de Fontanin con expresión de sufrimiento. Sin embargo se sintió aliviada—. ¿Y has venido aquí?

Nicole se encogió de hombros con un gesto que parecía decir: «¿Y adónde podía ir? No tengo a nadie.»

—Siéntate, hija mía. Vamos a ver... Tienes aspecto de estar muy cansada; ¿no tienes hambre?

—Un poco. —Sonrió como para disculparse.

—¿Y por qué no lo decías? —exclamó la señora de Fontanin, llevando a Nicole al comedor. Cuando vio cómo la pequeña devoraba el pan con mantequilla, sacó del

aparador carne fiambre y algunas golosinas. Nicole comía sin decir nada, avergonzada de su apetito, pero incapaz de disimularlo. La sangre volvía a sus mejillas. Se bebió, una tras otra, dos tazas de té.

—¿Desde cuándo no habías comido nada? —preguntó la señora de Fontanin, cuyo rostro estaba aún más trastornado que el de la pequeña—. ¿Tienes frío?

—No.

—Pues estás temblando.

Nicole hizo un gesto de impaciencia: se sentía enojada por no poder ocultar su debilidad.

—He viajado durante toda la noche y eso hace que me haya destemplado...

—¿Viajado? ¿De dónde vienes entonces?

—De Bruselas.

—¡Dios mío, de Bruselas! ¿Y sola?

—Sí —repuso la joven. Su acento bastaba para probar la firmeza de su determinación. La señora de Fontanin la cogió por la mano.

—Estás helada. Ven a mi habitación. ¿Quieres acostarte, dormir un poco? Ya me explicarás después.

—No, no, ahora mismo. Mientras estamos solas. Por otra parte, no tengo sueño. De verdad; déjame.

Era a principios de abril. La señora de Fontanin encendió el fuego, arrojó a la fugitiva con un chal y la obligó a sentarse junto a la chimenea.

La muchacha resistió y luego cedió irritada, con dos ojos brillantes y fijos que no se querían enternecer. Miraba a su alrededor; tenía prisa por hablar y, ahora que estaba instalada, no se decidía a hacerlo. Su tía, para no aumentar su azoramiento, evitaba mirarla. Transcurrieron algunos minutos; Nicole no se decidía.

—Sea lo que fuere lo que hayas hecho, pequeña —dijo entonces la señora de Fontanin—, aquí nadie te preguntará nada. Si lo prefieres, guarda tu secreto. Te estoy agradecida de que se te haya ocurrido venir. Aquí eres una hija más.

Nicole se irguió. ¿Es que se la consideraba sospechosa de haber cometido alguna falta difícil de confesar? A causa de su movimiento el chal se escurrió de sus hombros y descubrió un busto pleno de salud, que contrastaba con su rostro demacrado y la extremada juventud de sus facciones.

—Bien al contrario —dijo, con una mirada llameante—, quiero decirlo todo. —E inmediatamente empezó a hablar con una especie de sequedad provocativa—: Tía... El día que viniste a casa, a la calle de Monceau...

—¡Ah! —exclamó la señora de Fontanin y nuevamente su rostro tomó expresión de sufrimiento.

—... lo oí todo —terminó Nicole muy de prisa, agitando los párpados.

Hubo una pausa.

—Ya lo sabía, pequeña.

La niña ahogó un sollozo y hundió el rostro entre las manos, como si rompiera a

llorar. Pero levantó la cabeza casi en seguida; sus ojos estaban secos y los labios apretados, lo que alteraba su expresión habitual y hasta el tono de su voz:

—¡No la juzgues mal, tía Thérèse! Es muy desgraciada, ¿sabes?... ¿No me crees?

—Sí —repuso la señora de Fontanin. Una pregunta le quemaba los labios; miró a la joven con una calma que no podía engañar a nadie—: ¿Está allí, también..., tu tío Jérôme?

—Sí. —Después de una pausa, desarrugó el ceño y añadió—: Incluso ha sido él quien me ha dado la idea de escaparme...; de venir aquí...

—¿Él?

—No; es decir... Durante estos últimos ocho días ha venido todas las mañanas. Me daba algo de dinero para que yo pudiera subsistir, porque me había quedado allí completamente sola.

Y anteayer me dijo: «Si algún alma caritativa se ocupara de ti, estarías mejor que aquí.» Dijo «algún alma caritativa», pero yo pensé en ti inmediatamente, tía Thérèse. Y estoy segura de que él pensaba lo mismo; ¿no crees?

—Tal vez... —murmuró la señora de Fontanin. Experimentaba una tal sensación de dicha que le faltó poco para sonreír. Se apresuró a hablar:

—¿Y cómo es que estabas sola? ¿Dónde estabas, entonces?

—En casa.

—¿En Bruselas?

—Sí.

—No sabía que tu madre se hubiera instalado en Bruselas.

—No tuvo más remedio, a fines de noviembre. Todo estaba embargado en la calle de Monceau. Mamá no tuvo suerte; siempre inconvenientes, notarios que reclaman dinero. Pero ahora ya han pagado todas las deudas y podrá volver.

La señora de Fontanin levantó los ojos. Quiso preguntar: «¿Quién “han”?» Su mirada hacía la pregunta con tanta claridad, que pudo leer la respuesta en los labios de la niña. Nuevamente fue incapaz de contenerse:

—¿Y... tu tío se ha ido con vosotras, en noviembre?

Nicole no contestó. ¡Se reflejaba tanto dolor en la voz de tía Thérèse!

—Tía —dijo por fin trabajosamente—, no te enfades conmigo, porque no quiero ocultarte nada; pero es que es muy difícil explicar todo esto de una sola vez. ¿Conoces al señor Arvelde?

—No. ¿Quién es?

—Un gran violinista de París que me daba clases. Un artista magnífico: da conciertos.

—¿Y bien?

—Vivía en París, pero es belga. Por tanto, cuando hubo que marcharse nos llevó a Bélgica. Tiene una casa de su propiedad en Bruselas, en la que nos instalamos.

—¿Con él?

—Sí. —Había comprendido la pregunta y no la eludía; incluso parecía

experimentar un placer salvaje en superar toda reticencia; pero no se atrevió a decir más y permaneció callada.

Después de una pausa bastante prolongada, la señora de Fontanin prosiguió:

—Pero ¿dónde estabas estos últimos días, cuando te encontrabas sola y el tío Jérôme iba a verte?

—Allí.

—¿En casa de ese señor?

—Sí.

—¿Y... tu tío iba allí?

—Claro que sí.

—¿Y cómo es que estabas sola? —continuó la señora de Fontanin sin abandonar su tono cariñoso.

—Porque Raoul está ahora dando una serie de conciertos en Lucerna y en Ginebra.

—¿Y quién es ese Raoul?

—El señor Arvelde.

—¿Y tu madre te ha dejado sola en Bruselas, para irse con él a Suiza? —La pequeña hizo un gesto tan desesperado que la señora de Fontanin se ruborizó—: Hija mía, perdóname —balbuceó—. No hablemos más de todo esto. Has venido, pues bien está; quédate con nosotros.

Pero Nicole negó violentamente con la cabeza:

—No, no; ya casi he terminado. —Hizo una fuerte aspiración y prosiguió de un tirón—: Escúchame, tía; el señor Arvelde sí está en Suiza. Pero sin mamá. Porque había obtenido para mamá un contrato en un teatro de Bruselas, para cantar un papel en una opereta, a causa de su voz que la hizo educar. Incluso tuvo mucho éxito en los periódicos; en el bolsillo tengo algunos recortes, ya los verás. —Se detuvo, no sabiendo ya dónde estaba—: Entonces —prosiguió con una mirada extraña—, fue precisamente porque Raoul se marchaba a Suiza por lo que vino el tío Jérôme. Pero lo hizo demasiado tarde. Cuando llegó, mamá ya no estaba allí. Una noche, mamá me abrazó... No —dijo bajando la voz y frunciendo el ceño duramente—; casi me pegó porque no sabía qué hacer ya conmigo. —Levantó la cabeza y se esforzó por sonreír—: ¡Oh, no es que no me quisiera, todo lo contrario! —La sonrisa se le ahogó en la garganta—. Es tan desgraciada, tía Thérèse; no puedes hacerte idea: no tenía más remedio que marcharse, porque alguien la esperaba. Y sabía que el tío Jérôme iba a venir porque ya había estado a vernos algunas veces; incluso hacía música con Raoul; pero la última había dicho que no volvería en tanto que el señor Arvelde estuviera allí. Entonces, antes de marcharse, mamá me encargó que le dijera al tío Jérôme que se marchaba por mucho tiempo, que me dejaba sola y que se ocupara de mí. Estoy segura de que lo hubiera hecho, pero cuando le vi llegar no me atreví a decírselo. Estaba muy irritado y tuve miedo de que saliera en su persecución; entonces le mentí a propósito: le dije que mamá iba a volver al día siguiente, y todos los días le decía

que la estaba esperando. Él la buscaba por todas partes, creyendo que estaba todavía en Bruselas. Pero para mí ya era demasiado, no quería seguir allí; en primer lugar, a causa del criado de Raoul; ¡le aborrezco! —Se estremeció—. Es un hombre, tía Thérèse, ¡que tiene unos ojos!... ¡Le aborrezco! Entonces, el día que el tío Jérôme me habló del alma caritativa, me decidí de repente.

Y ayer mañana, en cuanto que me dio algo de dinero, salí para que el criado no me lo quitara, me escondí en las iglesias hasta la tarde y he tomado el ómnibus de por la noche.

Había hablado rápidamente, con la frente baja. Cuando levantó la cabeza, el rostro tan dulce de la señora de Fontanin expresaba una repugnancia y una severidad tales, que Nicole juntó las manos:

—Tía Thérèse, no juzgues mal a mamá; te aseguro que nada de esto ha sido culpa suya. Tampoco yo soy siempre agradable, y le resultaba tan molesta; ¡hay que comprenderlo! Pero ahora ya soy mayor y no puedo seguir viviendo de esa forma. No, no puedo —prosiguió, apretando los labios—. Quiero trabajar, ganarme la vida y no ser una carga para nadie. Para eso he venido, tía Thérèse. No tengo a nadie más que a ti; ¿qué quieres que haga? Ayúdame sólo unos días, tía Thérèse. Eres la única que puede hacerlo.

La señora de Fontanin estaba demasiado emocionada para poder contestar. ¿Hubiera creído nunca que esta criatura llegaría algún día a serle tan querida? La contemplaba con una ternura cuya dulzura saboreaba ella misma y que calmaba sus propios sufrimientos. Menos bonita que antes tal vez; la boca afeada por una erupción de calentura; ¡pero, y sus ojos!, ¡unos ojos de un gris azulado muy profundo, y que eran casi demasiado grandes, demasiado hermosos...! ¡Qué lealtad y qué valor había en su serenidad!

Por fin pudo sonreír.

—Hija mía —dijo inclinándose—, te he comprendido; respeto tu decisión y prometo ayudarte. Pero de momento vas a instalarte aquí con nosotros: lo que necesitas ahora es reposo. —Dijo «reposo», aunque su mirada decía «cariño». Nicole no se engañó, pero seguía reacia a ablandarse.

—Quiero trabajar; no quiero seguir siendo una carga para nadie.

—¿Y si tu madre viene a buscarte?

La mirada transparente se turbó y tomó repentinamente una dureza increíble.

—¡Eso nunca! —dijo con voz ronca.

La señora de Fontanin fingió no haberla oído. Se limitó a decir:

—Por mi parte tendría mucho gusto en que te quedaras con nosotros... para siempre.

La chiquilla se levantó, pareció vacilar y, de repente, dejándose caer, vino a poner la cabeza sobre las rodillas de su tía. La señora de Fontanin acariciaba la mejilla de la pequeña y reflexionaba acerca de algunas cuestiones que no tenía más remedio que abordar aún:

—Hija mía, tú has visto muchas cosas que no hubieras debido ver a tu edad... — comenzó.

Nicole quiso levantarse, pero se lo impidió. No quería que la niña la viera sonrojarse. Mantuvo la frente de la joven sobre sus rodillas y enrollaba distraída en su dedo un rizo de pelo rubio, en tanto que buscaba las palabras:

—Has adivinado muchas cosas... Cosas que han de seguir... secretas... ¿Me comprendes? —Ahora fijaba sus ojos en los de Nicole, que dejaron entrever un rápido destello.

—¡Oh, tía Thérèse! Puedes estar segura...; nadie... ¡Absolutamente nadie! No lo comprenderían y acusarían a mamá.

Deseaba ocultar la conducta de su madre casi tanto como la señora de Fontanin deseaba ocultar a sus hijos la de Jérôme. Complicidad inesperada, que se afirmó repentinamente cuando Nicole, después de haber reflexionado, se incorporó con el rostro radiante:

—Escúchame, tía Thérèse; mira lo que vamos a decir: que mamá tiene necesidad de ganarse la vida y que ha encontrado una colocación en el extranjero. En Inglaterra, por ejemplo... Una colocación que la impide tenerme consigo... Una colocación de institutriz, ¿te parece? —Con una sonrisa infantil, añadió—: Y puesto que mamá se ha marchado, no habrá nada de extraño en que yo esté triste, ¿verdad?

VII

EL viejo verde de la planta baja se mudó el quince de abril. El dieciséis por la mañana la señorita Waize, precedida de las dos criadas, de la señora Fruhling, la portera, y de un mozo de cuerda, vino a tomar posesión de las habitaciones. El viejo no gozaba de muy buena reputación en la casa, y la señorita, cruzándose sobre el pecho la toquilla de lana negra, esperó para franquear la entrada a que todas las ventanas hubieran sido abiertas. Entonces entró en el recibimiento, recorrió de prisa las habitaciones y luego, algo más tranquilizada ya por la inocente desnudez de las paredes, organizó la limpieza como si se tratara de un exorcismo.

Con gran sorpresa por parte de Antoine, la vieja señorita había aceptado casi sin objeción la idea de instalar a los dos hermanos fuera del hogar paterno, aunque semejante proyecto hubiera debido turbar sus tradiciones domésticas y trastornar su concepto acerca de la familia y la educación. Antoine se explicó la actitud de la señorita por la alegría producida por el regreso de Jacques y el respeto que sentía hacia las decisiones del señor Thibault, sobre todo cuando estaban sancionadas por el abate Vécard. Pero la verdad era que la solicitud de la señorita tenía otra causa: el consuelo que experimentaba al ver a Antoine abandonar la casa. Desde que había recogido a Gisèle, la pobre mujer vivía dominada por el temor a los contagios. Cierta primavera había tenido encerrada a Gisèle en su habitación durante seis semanas, no atreviéndose a que tomara el aire sino en el balcón y retrasando la partida de toda la familia para Maisons-Laffitte, porque la pequeña Isabelita Fruhling, una sobrina de la portera, había cogido la tosferina y había que pasar por delante de la portería para salir de la casa. Ni que decir tiene que Antoine, con su olor a hospital, su instrumental y sus libros le parecía un peligro permanente. Le había suplicado que no sentara nunca a Gisèle en las rodillas. Si al volver a casa dejaba el abrigo en el vestíbulo inadvertidamente, en lugar de meterlo en su habitación, o si llegaba con retraso y se sentaba a la mesa sin irse a lavar las manos, la señorita ya no comía, angustiada por sus temores, y en cuanto terminaba el postre, la llevaba a su habitación para infligirla un lavado antiséptico de nariz y garganta, aunque supiera perfectamente que Antoine no atendía a los enfermos con el abrigo puesto y que no salía del hospital sin pasar por el lavabo. Instalar al joven doctor en la planta baja era crear entre Gisèle y él una barrera defensiva de dos pisos y reducir lo más posible los riesgos de contagio cotidiano. Por consiguiente, puso un entusiasmo especial en la organización del lazareto del pestífero. En tres días todo el cuarto fue lijado, lavado, tapizado y provisto de muebles y cortinas.

Jacques ya podía venir.

Cuando pensaba en el niño su actividad se redoblaba o, por el contrario, interrumpía su trabajo durante un segundo, clavando sus ojos lánguidos en el rostro querido que ella misma evocaba. Su ternura por Gisèle no disminuía en nada la que

sentía por Jacques. Le quería desde que naciera, e incluso antes, puesto que antes que a él había querido y criado a aquella madre que él no había conocido y a la que había reemplazado desde la cuna. Entre sus brazos abiertos había dado Jacques sus primeros pasos vacilantes sobre la alfombra del pasillo, y durante catorce años había temblado por él como temblaba ahora por Gisèle. Tanto amor y una incompreensión total. Este niño, que apenas si se alejaba de sus ojos le resultaba un verdadero enigma. Algunos días se desesperaba por haber criado a un monstruo y lloraba recordando a la señora de Thibault, que era dulce como un ángel. No se preguntaba a qué podía obedecer la violencia de Jacques y solamente culpaba de ella al diablo. Otras veces, en cambio, uno de esos gestos inesperados, súbitos, excesivos, en que se abría repentinamente el corazón del niño, la conmovía y la hacía llorar aún más, pero de alegría. No había conseguido acostumbrarse a su ausencia. No había comprendido nada de su partida, pero deseaba que su regreso fuera una fiesta y que esta nueva habitación contuviera todo aquello que él amaba. Antoine había tenido que oponerse a que atestara por anticipado los armarios con todos los juguetes de antaño. Había hecho bajar de su propia habitación aquel sillón que tanto le gustaba y en el que venía a sentarse siempre cuando se enfurruñaba; por consejo de Antoine, había sustituido la antigua cama de Jacques por un mueble cama completamente nuevo, que recogido durante el día daba a la alcoba la gravedad de una habitación de trabajo.

Gisèle, abandonada durante dos días, encerrada en su alcoba con sus deberes, no podía fijar la atención en los cuadernos. Se moría de ganas de ver lo que sucedía abajo. Sabía que su Jacquot iba a volver y que todo aquel movimiento era por su causa, y para calmar sus nervios daba vueltas por su encierro.

A la tercera mañana el suplicio se hizo intolerable y la tentación tan fuerte, que al mediodía, viendo que su tía no subía, sin pensarlo más salió de estampía y bajó la escalera de cuatro en cuatro. En aquel preciso momento volvía Antoine. La pequeña volvió a reír. El joven tenía el don de provocar en ella, cuando la miraba con su gesto feroz e imperturbable, unas carcajadas irresistibles que se prolongaban mientras Antoine conservaba su seriedad y que daban lugar a que la señorita regañara a ambos. Pero aquí estaban a solas y se aprovecharon.

—¿Por qué te ríes? —dijo Antoine, cogiéndola por las muñecas. La pequeña se debatía y seguía riendo cada vez con más fuerza. Luego calló de golpe.

—Tengo que quitarme esta fea costumbre de reírme sin motivo, porque, fíjate, si no, no me podré casar nunca.

—¿Entonces es que quieres casarte?

—Sí —afirmó muy seria, levantando hacia él sus ojillos de perro faldero. Él contemplaba su cuerpecillo rollizo y pensaba por primera vez en que esta mocosa de doce años se convertiría en mujer y se casaría. Soltó sus muñecas.

—¿A dónde ibas sin sombrero, sola y sin siquiera un chal? Ya es la hora de comer.

—Estoy buscando a la tía. Tengo un problema que no acabo de comprender... — dijo, juguetona. Se había ruborizado y señalaba con el dedo, en la sombra de la escalera, la puerta misteriosa por la que se filtraba un rayo de luz. Sus ojos resplandecían.

—¿Te gustaría entrar ahí?

La chiquilla dijo «sí» con sus labios sonrosados, pero sin proferir el más leve sonido.

—¡Te van a regañar!

Vaciló y le miró con picardía, para ver si bromeaba. Por fin declaró:

—No sé por qué. Al fin y al cabo no es ningún pecado.

Antoine sonrió; así era como la señorita distinguía el bien y el mal. Se preguntó qué supondría para la niña la influencia de la vieja señorita; una mirada a Gisèle le tranquilizó: era una planta sana que se desarrollaría en cualquier lugar y escaparía a toda tutela.

Gisèle no dejaba de mirar la puerta entornada.

—Entonces, pasa —dijo Antoine.

La chiquilla ahogó un grito de alegría y se deslizó en el interior como un ratón.

La señorita estaba sola. Encaramada sobre el sofá cama y puesta de puntillas acababa de colgar de la pared el crucifijo que había regalado a Jacques para su primera comunión, y que debía seguir protegiendo el sueño de su niño. Se sentía alegre, dichosa, joven, y canturreaba mientras trabajaba. Conoció la forma de andar de Antoine en el recibimiento y pensó que se había olvidado de la hora. En aquel intervalo, Gisèle había recorrido las restantes habitaciones, e incapaz de contener su alegría se había puesto a bailar batiendo palmas.

—¡Dios mío! —murmuró la señorita saltando al suelo. En un espejo distinguió a su sobrina, que, con el pelo flotando al viento de las ventanas abiertas, saltaba como un cervatillo, chillando a pleno pulmón.

—¡Vivan las corrientes de aire! ¡Vivan las corrientes de aire!

No comprendió ni trató de comprender. La idea de que la chiquilla hubiera podido llegar allí, desobedeciéndola, ni siquiera se le ocurrió; desde hacía sesenta y seis años se había acostumbrado a doblegarse ante los caprichos de la fatalidad. Pero en un abrir y cerrar de ojos se despojó de la toquilla, se precipitó sobre la pequeña, la envolvió mal que bien y, sin una palabra de reproche, la hizo volver a subir los dos pisos más de prisa aún de lo que los había bajado. No recobró el aliento hasta después de haber acostado a Gisèle, arropándola bien con una manta y haciéndola beber una tisana bien caliente.

Hay que decir que sus temores no estaban por completo desprovistos de fundamento. La madre de Gisèle, una malgache con la que el comandante Waize se había casado en Matatava, donde estaba de guarnición, había muerto de tuberculosis pulmonar antes de que transcurriera el año del nacimiento de la niña, y dos años más

tarde el comandante mismo había sucumbido víctima de una enfermedad lenta, mal determinada, que se pensó pudiera haberle sido transmitida por su esposa. Siendo la señorita la única pariente de la huérfana, la hizo venir de Madagascar, tomándola a su cargo. Desde entonces la amenaza de esta herencia no dejaba de asustarla, aunque la niña no hubiera tenido nunca ni el menor catarro inquietante y su sólida constitución fuera reconocida y confirmada periódicamente por todos los médicos y especialistas que la examinaban todos los años.

La votación en el Instituto había de tener lugar en aquella quincena y el señor Thibault parecía tener prisa de ver volver a Jacques. Se acordó que el señor Faïsme se encargaría de traerle a París el domingo siguiente.

La víspera, el sábado por la tarde, Antoine abandonó el hospital a las siete, se hizo servir la cena en un restaurante vecino para no tener que cenar en familia, y, a las ocho de la noche, solo y feliz, entraba en su nuevo hogar. Aquella noche dormiría allí por primera vez. Se dio el gusto de meter la llave en la cerradura y cerrar de un portazo; encendió todas las luces y, muy despacito, inició el recorrido de sus dominios. Se había reservado la parte que daba a la calle: dos habitaciones grandes y un gabinete. La primera tenía pocos muebles: algunos sillones desparejados en torno de un velador; ésta había de ser la sala de espera cuando tuviera que recibir a algún cliente. En la segunda, que era la mayor, había hecho poner los muebles que tenía en casa de su padre: la espaciosa mesa de trabajo, la biblioteca, los dos sillones de cuero y todos los objetos testigos de su vida laboriosa. En el gabinete, que tenía un lavabo y una percha, había hecho instalar la cama.

Los libros estaban amontonados en el suelo, en el recibimiento, junto a las maletas cerradas. El calorífero de la casa caldeaba las habitaciones y las bombillas nuevas lo iluminaban todo con su luz cruda. Antoine tenía ante sí toda una larga velada para tomar posesión. Era necesario que en algunas horas todo estuviera desembalado, colocado en su sitio y dispuesto a enmarcar su vida en lo sucesivo. Arriba estarían terminando de cenar, indudablemente. Gisèle se dormía sobre el plato; el señor Thibault peroraba. ¡Qué tranquilo se sentía Antoine y como saboreaba su soledad! El espejo de la chimenea le reflejaba de medio cuerpo para arriba. Se acercó aún más, no sin cierta complacencia. Tenía una forma especial de mirarse en los espejos, sacando el pecho, apretando las mandíbulas y siempre de cara, con una mirada dura que hundía en sus pupilas. Deseaba ignorar su tronco demasiado largo, sus piernas cortas, sus brazos delgados y la desproporción de una cabeza demasiado grande, cuyo volumen aumentaba más la barba, en relación con un cuerpo casi de alfeñique. Deseaba sentirse, y lo conseguía, un mocetón vigoroso, de cuello robusto. Le gustaba la expresión contraída de su cara: pues a fuerza de arrugar el entrecejo como si tuviera que concentrar su atención sobre cada una de las imágenes de su vida, se había ido formando una arruga entre las cejas, y su mirada, hundida en su sombra, había tomado un aspecto de tesón, que le complacía como un signo externo

de su energía.

«Comencemos por los libros», se dijo, despojándose de la americana y abriendo con energía las dos hojas de la biblioteca vacía. «Vamos a ver... Los cuadernos de clase aquí abajo... Los diccionarios bien a mano... Terapéutica...; bien... Sea como sea he conseguido lo que me proponía. La planta baja, Jacques... ¿Quién podría haberlo creído hace sólo tres semanas?... “Ese individuo tiene una voluntad indomable”», prosiguió con voz aflautada, como si imitara la forma de hablar de otra persona. «¡Perseverante e indomable!» Miró con gesto jocoso hacia el espejo e hizo una pirueta que puso en grave riesgo la pila de libros que tenía bajo la barbilla. «¡Espacio, espacio! Bien; ya parece que las estanterías van recobrando vida... Ahora, a los papelotes. Por esta noche dejaremos las fichas en el fichero, según estaban... Pero muy pronto tendré que dedicarme a hacer una revisión de las notas y las indicaciones... Empiezo a tener una cantidad respetable... Adoptar una clasificación clara y racional con un índice siempre al día..., como el de Philip... Un índice también en fichas... Por otra parte, todos los médicos importantes...»

Con un paso ligero, casi bailando, hacía el recorrido desde el recibimiento a la librería; de repente soltó una risotada pueril verdaderamente inesperada: «El doctor Antoine Thibault», anunció, deteniéndose durante un segundo e irguiendo la cabeza. «El doctor Thibault... Thibault, ya sabe usted, el especialista en niños...» Se hizo a un lado, insinuó una leve reverencia y prosiguió gravemente sus idas y venidas. «Vamos ahora con la maleta de mimbre... En dos años consigo la medalla de oro; jefe de clínica... y la oposición para la Beneficencia... Por consiguiente, me instalo aquí para tres o cuatro años, pero no más. Entonces necesitaré un piso adecuado, como el del patrón.» Volvió otra vez a la voz aflautada: «Thibault, uno de nuestros médicos más jóvenes de la Beneficencia...: la mano derecha de Philip...» He tenido vista con especializarme tan pronto en enfermedades infantiles... Cuando me acuerdo de Luiset, de Tournon... ¡Qué imbéciles!...

«¡Qué imbéciles!...», repitió con aire ausente. Tenía los brazos cargados con los objetos más diversos, a los que buscaba con mirada perpleja un lugar apropiado. «Si Jacques quisiera ser médico, yo le ayudaría, le orientaría... Dos Thibault médicos... ¿Y por qué no? ¡Es una carrera muy adecuada para un Thibault! Es dura, pero qué satisfacción cuando se tiene un poco el gusto por la lucha y un poco de orgullo. ¡Cuántos esfuerzos de atención, de memoria, de voluntad! ¡Y nunca es bastante! Y luego cuando se llega. Un gran médico... Un Philip, por ejemplo... Poder adoptar ese aire dulce, seguro..., muy cortés, pero distante... El señor profesor... ¡Ah, ser alguien, que le llamen a uno en consulta los colegas que más le envidian!

»Y yo he escogido la especialidad más difícil, los niños: no saben hablar y cuando lo hacen te equivocan. Ahí es verdaderamente donde se encuentra uno solo, cara a cara con la enfermedad a descubrir... Y menos mal que los rayos... Hoy en día un médico completo debería ser radiólogo y manejar él mismo los aparatos. En cuanto haga el doctorado, cursillos de radiólogo.

»Y luego, al lado de mi despacho, una instalación de rayos... con una enfermera... o, mejor, una ayudante con bata blanca... Los días de consulta, en cuanto se presente un caso un poco serio, ¡zas!, radiografía...

»Lo que me gusta de Thibault es que siempre empieza con un examen radiológico...»

Se sonrió al escucharse y guiñó el ojo hacia el espejo. «Sí, ya lo sé, el orgullo», pensó con una risa cínica. «El abate Vécard lo llama “el orgullo de los Thibault”. Mi padre..., tal vez; pero yo... Y bien, sí, el orgullo; ¿por qué no? El orgullo es mi acicate, el acicate de todos mis esfuerzos. Me sirvo de él y tengo derecho a hacerlo. ¿No se trata fundamentalmente de utilizar todos los recursos? ¿Y cuáles son los míos?» Una sonrisa dejó al descubierto los dientes: «Los conozco perfectamente. En primer lugar una comprensión rápida y retentiva; las cosas se me quedan. Luego, capacidad de trabajo. “Thibault trabaja como una mula.” Mejor: ¡que hablen! Muchos quisieran poder hacerlo igual. ¿Y qué más? Energía; sí, eso es, “una energía extraordinaria”», murmuró lentamente, buscando de nuevo su imagen reflejada en el espejo. «Es como un potencial... ¡Un acumulador bien cargado, siempre dispuesto y que me permite cualquier clase de esfuerzo! ¿Pero de qué servirían todos mis recursos sin un acicate que los pusiera en acción, señor abate?» Tenía en la mano un estuche achatado de níquel, que brillaba bajo el reflejo de la luz del techo y que no sabía muy bien dónde poner; terminó por deslizarlo bajo la biblioteca. «¡Y mejor que mejor!», gritó a plena voz, con aquel acento burlón, normando, que algunas veces adoptaba su padre. «¡Y viva el orgullo, señor abate!»

La maleta estaba casi vacía. Antoine sacó del fondo dos marcos de terciopelo que contempló distraído. Eran las fotografías de su abuelo materno y de su madre: un anciano arrogante, de pie, vestido de frac y con la mano posada sobre un veladorcito cargado de libros; una mujer joven, de facciones delicadas y una mirada insignificante, más bien dulce, con escote cuadrado y dos bucles suaves cayéndole sobre el hombro. Tenía tal costumbre de ver este retrato de su madre que así era como pensaba siempre en ella, aunque la fotografía databa de la época del noviazgo de la señora Thibault y él no hubiera visto nunca a su madre con aquel peinado. A su muerte, cuando nació Jacques, tenía Antoine nueve años. Se acordaba mejor de su abuelo Couturier, el economista, el amigo de Mac-Mahon, que había estado a punto de ser prefecto del Sena a la caída de Thiers, que había sido durante algunos años el decano del Instituto y de quien Antoine no había olvidado nunca la cara agradable, las corbatas de muselina blanca ni el semanario de navajas de afeitar, con las cachas de nácar, en su estuche de piel de cerdo.

Puso los dos retratos sobre la chimenea, entre las muestras de minerales y de fósiles. Todavía le quedaba por ordenar la mesa de escritorio, atestada de objetos diversos y de papeles. Se puso a ello alegremente. La habitación se iba transformando a ojos vistas. Cuando hubo terminado, paseó a su alrededor una mirada de satisfacción. «Por lo que respecta a la ropa y a los trajes, eso ya es cosa de mamá

Fruhling», pensó perezoso. (Con objeto de escapar por completo a la tutela de la señorita había conseguido que la portera se ocupara por sí sola de atender el cuarto de la planta baja.) Cogió un pitillo y se tumbó en uno de los sillones de cuero. Era muy raro que dispusiese de una velada así, completamente para él, sin una tarea determinada; casi se sentía molesto. Aún era temprano; ¿qué podía hacer? ¿Se quedaría allí, fumando y soñando despierto? Tenía muchas cartas que escribir, pero le faltaban las ganas.

«Ahora que recuerdo», pensó de repente, incorporándose, «tengo que mirar en el *Hémon* a ver qué es lo que dice acerca de la diabetes infantil...» Cogió un grueso tomo encuadernado y lo ojeó sobre las rodillas. «Sí... Esto hubiera tenido yo que saberlo, es evidente», dijo, arrugando el ceño. «Me he equivocado de cabo a rabo... Sin Philip, ese pobre chiquillo estaba perdido, y por mi culpa... Es decir, por mi culpa no, pero de todas formas.» Cerró el libro y le arrojó encima de la mesa. «¡Qué intransigente es el patrón en estos casos! ¡Es tan vanidoso, tan engreído por su situación!: “El régimen prescrito por usted, mi buen Thibault, solamente hubiera podido conducir a agravar su estado.” ¡Decirme eso delante de las enfermeras y de los externos es una canallada!»

Se metió las manos en los bolsillos y dio algunos pasos.

«Hubiera debido contestarle. Hubiera debido decirle: “En primer lugar, si usted cumpliera con su obligación...”, exactamente. Él me contesta: “Señor Thibault, considero que en ese aspecto, nadie...” Y yo remacho: “¡Dispéñeme! ¡Si usted viniera por las mañanas a su hora y esperase hasta el final de la consulta, en lugar de marcharse a las once y media para atender a su clientela de pago, no tendría yo necesidad de hacer su trabajo y no correría el riesgo de equivocarme!” ¡Así! ¡Delante de todo el mundo! ¡Me pondrá mala cara durante quince días, pero me tiene sin cuidado!»

Su rostro había adquirido súbitamente una expresión de malevolencia. Se encogió de hombros y, sin darse cuenta de lo que hacía, se puso a dar cuerda al reloj; sintió un escalofrío, volvió a ponerse la chaqueta y vino a sentarse de nuevo en el lugar que acababa de abandonar. Su alegría de hacía un momento se había desvanecido; le quedaba en el corazón una impresión de frío. «El imbécil», murmuró, con una sonrisa rencorosa. Se cruzó de piernas nerviosamente y encendió un nuevo pitillo. Pero mientras decía, «el imbécil», pensaba en el ojo clínico, en la experiencia, en el instinto sorprendente del doctor Philip; y en aquel momento, el genio del patrón le pareció formar un conjunto aplastante.

«¿Y yo, y yo?», se preguntó con una sensación de ahogo. «¿Seré capaz alguna vez de ver con tanta claridad como él? ¿Tendré esa perspicacia casi infalible que es la única que hace a los grandes clínicos...? Sí; memoria, aplicación, perseverancia... ¿Pero tengo algo más que esas cualidades de subordinado? No es la primera vez que me equivoco al hacer un diagnóstico... fácil; sí, era un diagnóstico muy fácil; en resumidas cuentas, un caso clásico, completamente característico... ¡Ah!», dijo,

tendiendo bruscamente el brazo. «Eso no vendrá solo: trabajar, ¡aprender y aprender!» Palideció. «¡Y mañana, Jacques!», pensó. «Mañana por la tarde estará aquí Jacques, en esa habitación, y yo... y yo...»

Se había incorporado de un salto. De repente, el proyecto que se había hecho de vivir con su hermano se le apareció bajo su verdadera luz: ¡la más irreparable de las locuras! Ya no pensaba en la responsabilidad que había aceptado; ya sólo pensaba en el entorpecimiento que en adelante, e hiciera lo que hiciera, paralizaría su marcha. No comprendía por qué especie de aberración había podido tomar sobre sí aquel salvamento. ¿Tenía tiempo para malgastarlo? ¿Podía distraer de su propósito ni una hora a la semana? ¡Imbécil! ¡Él mismo se había atado la cuerda al cuello! ¡Y no había forma de retroceder!

Cruzó maquinalmente el recibimiento, abrió la puerta de la habitación preparada para Jacques y permaneció en el umbral como petrificado, tratando de hundir la mirada en la oscuridad de la pieza. El desánimo se apoderaba de él. «¿A dónde huir para estar tranquilo, Dios mío? ¡Para trabajar, para no tener que pensar sino en uno mismo! ¡Siempre concesiones: la familia, los amigos, Jacques! ¡Todos conspiran para impedirme que trabaje, para hacerme fracasar!» Estaba congestionado y tenía la garganta seca. Fue a la cocina, se bebió dos vasos de agua helada y volvió a su despacho.

Estaba abatido y comenzó a desnudarse.

Desorientado en esta habitación a la que todavía no se había acostumbrado, en la que los objetos más usuales tenían un aspecto insólito, todo se le aparecía hostil repentinamente.

Tardó una hora en acostarse y aún más en dormirse. No estaba acostumbrado a tener tan cerca el ruido de la calle; el paso de un transeúnte por la acera le sobresaltaba. Pensaba en naderías: en mandar a arreglar el despertador, en la dificultad que había tenido algunas noches antes, al volver de una velada en casa de Philip, para encontrar un coche... En algunos momentos la idea del regreso de Jacques le volvía a la imaginación con una penetración lancinante y se revolvía desesperado en la cama estrecha.

«Después de todo», pensó rabioso, «¡yo tengo que hacer mi vida! ¡Que se las arreglen como quieran! Le instalaré aquí, puesto que se ha decidido así. Organizaré su trabajo, de acuerdo; ¡y luego, haz lo que quieras! He consentido en ocuparme de él, sí; pero nada más. ¡Que no sea un obstáculo para que yo llegue! ¡Tengo que hacer mi vida! Y todo lo demás...» De su cariño por el niño ya no quedaban vestigios esta noche. Recordó la visita a Crouy. Volvió a ver a su hermano, enflaquecido, gastado por la soledad; tuberculoso tal vez. Si era así, convencería a su padre para que enviara a Jacques a un buen sanatorio: a Auvernia o a los Pirineos, mejor que a Suiza, y él, Antoine, se quedaría solo, con todo su tiempo libre, libre de trabajar a su antojo... Incluso se sorprendió pensando: «Cogeré su habitación y la utilizaré como alcoba.»

VIII

AL día siguiente, cuando se despertó, Antoine se encontró en un estado de ánimo diametralmente opuesto, y durante la mañana, que pasó en el Hospital, consultó varias veces su reloj con alegre impaciencia; estaba deseando ir a recibir a su hermano de manos del señor Faïsme. Llegó a la estación mucho antes de la hora, y mientras paseaba impaciente se relamía pensando en lo que había decidido decir al señor Faïsme acerca de la Fundación. Pero tan pronto como el tren entró en el andén y distinguió entre la muchedumbre de viajeros la silueta de Jacques y las gafas del director, olvidó las palabras que había preparado tan cuidadosamente y corrió al encuentro de los que llegaban.

El señor Faïsme tenía el rostro radiante y parecía encontrar en Antoine a su amigo más íntimo; estaba vestido con elegancia, calzaba guantes blancos y había apurado de tal manera su afeitado que se había visto obligado a darse polvos para apagar el fuego producido por la navaja. Parecía dispuesto a acompañar a los dos hermanos hasta su casa y los invitaba calurosamente a tomar cualquier cosa en la terraza de un café. Antoine precipitó la despedida mandando parar un taxi. El señor Faïsme en persona puso sobre el asiento los bártulos de Jacques, y cuando el coche se puso en movimiento, aun a riesgo de pillarse las punteras de sus brillantes zapatos, volvió a inclinarse sobre la portezuela para estrechar con efusión las manos de ambos muchachos y encargar a Antoine que presentara sus humildes respetos al señor fundador.

Jacques lloraba.

Todavía no había dicho ni una sola palabra ni hecho el menor gesto para responder a la cordial acogida de su hermano. Pero esta postración aumentaba la compasión de Antoine y los nuevos sentimientos que le henchían el corazón. Si alguien hubiera podido recordarle su animosidad de la víspera la hubiera negado, afirmando de la mejor buena fe que nunca había dejado de sentir que el regreso del niño daba por fin un objetivo a su existencia, hasta entonces desesperadamente vacía y estéril.

Cuando hizo entrar a su hermano en su casa y cerró la puerta a su espalda, experimentaba la misma sensación de alegría de un amante que hace a su primera querida los honores de un nido preparado especialmente para ella. Se le ocurrió esta idea y se rió de sí mismo, pero le importaba poco hacer el ridículo: se sentía feliz y bondadoso. Y aunque acechaba sin éxito alguna lucecilla de satisfacción en el rostro de su hermano, no dudaba ni por un momento de llevar a buen término la tarea emprendida.

La habitación de Jacques había sido visitada a última hora por la señorita: había encendido el fuego para que el cuarto estuviese más acogedor y había puesto bien a la vista un plato de pasteles con almendras, espolvoreados con azúcar y vainilla, una

especialidad del barrio por la cual Jacques había mostrado siempre una predilección especial. En la mesilla, en un vaso, había un ramito de violetas del cual pendía una banderola de papel recortado, en la cual Gisèle había escrito con letras de colores:

Para Jacquot.

Pero Jacquot no se dio cuenta de ninguno de estos preparativos. Apenas hubo entrado y mientras Antoine se despojaba del abrigo, se sentó junto a la puerta con el sombrero en la mano.

—¡Vamos, echa un vistazo a tus dominios! —gritó Antoine.

El niño se reunió con él sin apresuramiento, echó una mirada indiferente a las otras habitaciones y volvió a sentarse. Parecía esperar algo y temerlo.

—¿Quieres que subamos a verles? —propuso Antoine. En el estremecimiento de Jacques comprendió que éste no pensaba en otra cosa desde su llegada. Su fisonomía se puso lívida. Había cerrado los ojos, pero se levantó inmediatamente como si al mismo tiempo estuviera aterrado por la proximidad del momento fatal, e impaciente por salir de él.

—Entonces, vamos. No haremos sino entrar y salir —añadió Antoine para animarle.

El señor Thibault les esperaba en su despacho. Se sentía de buen humor; el cielo era bello, se acercaba la primavera, y por la mañana, cuando asistió a misa mayor en la parroquia, se había complacido en repetirse que con toda seguridad el domingo siguiente estaría sentado en aquel mismo lugar un nuevo miembro del Instituto. Se adelantó hacia sus hijos y abrazó al pequeño. Jacques sollozaba. El señor Thibault vio en estas lágrimas una prueba de su remordimiento y de sus buenas intenciones; se conmovió más de lo que quería dar a entender. Obligó al niño a que se sentara en uno de los sillones de alto respaldo que había a ambos lados de la chimenea, y de pie, con las manos en la espalda y andando de un lado para otro, según su costumbre, pronunció una breve amonestación, firme y paternal al mismo tiempo, recordando las condiciones bajo las cuales Jacques tenía la dicha de reintegrarse al hogar paterno, y recomendándole que tuviera para Antoine la misma sumisión y respeto que si se tratara de él mismo.

Un visitante inesperado acortó la perorata; era un futuro colega y el señor Thibault, no queriendo dejarle consumirse de impaciencia en el salón, despidió a sus hijos. No obstante, les acompañó hasta la puerta de su despacho, y mientras que con una mano levantaba la cortina posó la otra sobre la cabeza del pupilo arrepentido. Jacques sintió que los dedos paternos le acariciaban el pelo y golpeaban afectuosamente su nuca con una familiaridad tan nueva para él que no pudo contener la emoción y, volviéndose, cogió aquella manaza fofa para llevársela a los labios. El señor Thibault, sorprendido, hizo un gesto de desagrado y retiró la mano con una

sensación de malestar.

—Vamos, vamos... —masculló, repitiendo varias veces el gesto de estirar el cuello. Esta sensiblería no le presagiaba nada bueno.

Encontraron a la señorita, que vestía a Gisèle para las vísperas. Al ver entrar, en lugar de aquel diablillo turbulento que esperaba, a este muchachote pálido, de ojos encarnados, la señorita juntó las manos y la cinta que estaba atando en el pelo de la chiquilla se le escapó de entre los dedos. Era tanta su sorpresa que apenas si se atrevía a abrazarle.

—¡Dios mío, Dios mío! ¿Pero eres tú? —dijo por último, arrojándose sobre él. Le estrechaba contra su toquilla, luego retrocedía para mirarle, y sus ojos brillantes devoraban el rostro de Jacques sin lograr encontrar en él las facciones que le eran tan queridas.

Gise, aún más decepcionada y bastante tímida, miraba a la alfombra, mordiéndose los labios para no romper a reír. Ella fue, sin embargo, quien obtuvo la primera sonrisa de Jacques.

—¿Ya no me conoces? —preguntó el muchacho yendo hacia ella. El hielo estaba roto. La chiquilla se echó en sus brazos y luego empezó a brincar como un cabritillo, sin soltarle la mano. Pero aquel día no se atrevió a hablarle, ni siquiera para preguntarle si había visto sus flores.

Descendieron a la planta baja todos juntos. Gisèle seguía sin soltar la mano de su Jacquot y se adhería a él silenciosamente, con la sensualidad de un animal joven. Se separaron al pie de la escalera. Ahora bien, bajo la bóveda, Gisèle se volvió y, a través de la puerta de cristales, le envió con ambas manos un largo beso: que Jacques ni vio.

Cuando se encontraron solos y en su casa, Antoine comprendió a la primera ojeada que Jacques experimentaba un vivo consuelo como consecuencia de haber vuelto a ver a los suyos y que su estado había mejorado ya.

—¿Crees que vamos a estar aquí bien tú y yo? ¡Contesta!

—Sí.

—Pues entonces siéntate y ponte a gusto; coge ese sillón: ya verás qué bien se está. Voy a hacer té. ¿Tienes hambre? Vé por los pasteles.

—No; gracias.

—¡Es que yo sí tengo! —Nada podía alterar el buen humor de Antoine. Este trabajador solitario descubría por fin la dulzura de amar, de proteger, de compartir. Reía sin motivo. Era una embriaguez de felicidad que le hacía tan expansivo como nunca lo había sido.

—¿Un pitillo? ¿No? ¿No? Te has quedado mirándome... ¿Es que no fumas? ¡Me estás mirando todo el tiempo como si... como si te estuviera preparando alguna encerrona! ¡Vamos, hombre, un poco de abandono, qué demonio; un poco de confianza! ¡Ya no estás en el reformatorio! ¿Es que sigues desconfiando de mí, eh?

—No.

—¿Entonces, qué te pasa? ¿Tienes miedo de que te haya engañado, de que te haya hecho volver para que no tengas tanta libertad como esperabas?

—No...

—¿Entonces? ¿Qué es lo que hay dentro de esa cabeza tan dura? ¿Eh?

Se acercó al niño y estuvo a punto de inclinarse sobre él y besarle, pero no lo hizo. Jacques levantó hacia su hermano los ojos taciturnos; comprendió que estaba esperando una contestación:

—¿Por qué me preguntas todo eso? —dijo. Y con un ligero estremecimiento, en voz muy baja, añadió—: ¿Y qué puede importar?

Hubo un momento de silencio. Antoine envolvía a su hermano en una mirada tan compasiva que Jacques sintió nuevamente deseos de llorar.

—Tú eres ahora como un enfermo —afirmó Antoine con tono apesadumbrado—. Pero eso pasará, no te preocupes. Tú deja que te cuiden..., que te quieran —añadió con timidez, sin mirar al niño—. Todavía no nos conocemos bien. Date cuenta: nueve años de diferencia era un abismo entre nosotros mientras tú eras un niño. Sólo tenías once años cuando yo ya tenía veinte; no podía haber nada de común entre nosotros. Pero ahora ya no es lo mismo de ninguna manera. No sé incluso si antes te quería; ni siquiera pensaba en ello. Ya ves que soy sincero. Pero creo que ahora también esto ha cambiado. Estoy muy contento, hasta muy emocionado de verte aquí, a mi lado. La vida va a ser más fácil para los dos y mucho mejor, ¿no crees? Mira, cuando vuelva del hospital, estoy seguro que me daré más prisa para llegar antes a nuestra casa. Y te encontraré aquí, sentado ante tu mesa, después de haber trabajado con ahínco, ¿verdad? Por la noche bajaremos temprano. Cada uno se instalará en su sitio, bajo la lámpara, y dejaremos las puertas abiertas para vernos, para sentirnos acompañados... Otras noches, sin embargo, nos pondremos a hablar y hablar, como dos amigos, sin que no parezca nunca que ha llegado el momento de acostarnos... ¿Qué te pasa; estás llorando?

Se acercó a Jacques, se sentó en el brazo del sillón y, tras un breve momento de vacilación le cogió la mano. Jacques apartaba la cara llena de lágrimas, pero conservaba entre las suyas la mano de Antoine y durante un buen rato la estrechó febrilmente, hasta hacerle daño.

—¡Antoine! ¡Antoine! —exclamó por último con voz ahogada—. ¡Si supieras todo lo que ha pasado en mí desde hace un año!...

Sollozaba tan fuerte que Antoine se cuidó mucho de interrogarle. Había pasado el brazo sobre los hombros de Jacques y le tenía estrechado contra sí cariñosamente. Ya otra vez, cuando su primera expansión en la oscuridad del coche, había conocido esta embriaguez de compasión, esta repentina superabundancia de fuerza y de voluntad para los dos. Y a partir de entonces se le había ocurrido muchas veces una idea que, esta noche, tomaba de repente un extraño relieve. Se puso en pie y comenzó a pasear por la habitación.

—Mira —comenzó con una exaltación especial—: no sé por qué te hablo de esto hoy mismo. Por otra parte, ya tendremos ocasión de volver sobre ello. Fíjate; pienso en esto: que somos dos hermanos. Parece que no es nada, y sin embargo, para mí, es una cosa completamente nueva y muy importante. ¡Hermanos! No solamente la misma sangre, sino las mismas raíces desde el comienzo de los siglos; exactamente el mismo chorro de savia, el mismo impulso. No somos dos individuos solamente: Antoine y Jacques; somos dos Thibault, somos los Thibault. ¿Comprendes lo que quiero decir? Y lo que es terrible es precisamente tener dentro de sí este impulso, este mismo impulso, el impulso de los Thibault, ¿comprendes? Nosotros, los Thibault, no somos como los demás. Creo incluso que tenemos algo más que los otros, precisamente a causa de eso: de que somos Thibault. Yo, por todos los sitios que he pasado: por el colegio, por la Facultad, por el hospital; en todas partes me he sentido un Thibault, un ser..., no me atrevo a decir superior, y sin embargo..., sí, ¿por qué no?; sí, superior, armado de una fuerza que los demás no tienen. Y tú, piénsalo. ¿En el colegio, a pesar de ser un mal estudiante no sentías ese impulso interior que te hacía sobresalir de los demás *en fuerza*?

—Sí —contestó Jacques, que ya no lloraba. Contemplaba a su hermano con un interés apasionado y su fisonomía había adquirido de improviso una expresión de inteligencia y madurez que le hacía parecer diez años mayor de lo que era.

—Hace mucho tiempo que lo he comprobado —prosiguió Antoine—. En nosotros debe haber una combinación excepcional de orgullo, de violencia, de obstinación; no sé cómo decirlo. Fíjate, por ejemplo, en papá... Pero tú no le conoces bien. Por otra parte, papá es otra cosa también. Pues bien —continuó después de una pausa, viniendo a sentarse frente a Jacques, con el busto inclinado y las manos apoyadas en las rodillas, como hacía el señor Thibault—: lo que quería decirte hoy es que esa fuerza secreta aparece incesantemente en mi vida, no sé cómo explicarlo, como una especie de ola, como una de esas olas enormes que cuando estamos andando nos levantan y nos llevan con ellas, haciéndonos franquear de un salto un espacio enorme. ¡Ya lo verás! Es maravilloso. Pero hay que saber sacarle partido. Nada resulta imposible y ni siquiera difícil cuando se tiene esa fuerza. Y tú y yo la tenemos. ¿Comprendes? Yo, por ejemplo... Pero no lo digo por mí. Hablemos de ti. Ahora es el momento de medir esa fuerza en ti, de conocerla, de servirte de ella. Puedes ganar de un golpe todo el tiempo que has perdido, si quieres hacerlo. ¡Querer! No todo el mundo puede querer. (Por otra parte no hace mucho tiempo que lo he comprendido así.) Yo puedo querer. Y tú también puedes querer. Los Thibault pueden querer. Y por eso los Thibault pueden emprenderlo todo. ¡Adelantar a los demás! ¡Imponerse! No hay más remedio. Es necesario que esta fuerza, oculta en una raza, aflore por fin, y somos nosotros los que hemos de hacer florecer el árbol Thibault: ¡el florecimiento de una estirpe! ¿Lo comprendes? —Jacques seguía con sus ojos fijos en los de Antoine, con una atención dolorosa—. ¿Lo comprendes, Jacques?

—¡Claro que lo comprendo! —exclamó casi gritando. Sus ojos claros brillaban;

en su voz vibraba una especie de irritación. En la comisura de sus labios había una mueca extraña: hubiérase dicho que reprochaba a su hermano haberle trastornado el espíritu con esta confianza inesperada. Sintió un estremecimiento rápido; a continuación sus facciones se relajaron y tomó una expresión de extrema fatiga.

—¡Déjame! —dijo de repente, dejando caer la frente entre las manos.

Antoine se había callado. Contemplaba a su hermano. ¡Cuán to había adelgazado y palidecido todavía desde hacía quince días! Su pelo rojizo, cortado al rape, ponía de manifiesto el volumen anormal de la cabeza y hacía más visible la separación de las orejas, la fragilidad de la nuca. Antoine observó la piel transparente de las sienes, su color marchito, sus ojeras.

—¿Te has corregido? —preguntó de improviso.

—¿De qué? —murmuró Jacques. La limpidez de su mirada se turbó. Enrojeció, pero conservó una expresión de extrañeza que era fingida.

Antoine no contestó.

Se iba haciendo tarde. Consultó el reloj y se levantó; tenía que hacer la segunda visita hacia las cinco. Sentía tener que decir a su hermano que iba a dejarle solo hasta la cena; ahora bien, en contra de sus suposiciones, Jacques pareció casi contento de ver que se marchaba.

Efectivamente, una vez solo, se sintió como aliviado. Se le ocurrió la idea de recorrer el piso. Pero en el recibimiento, delante de las puertas cerradas se sintió oprimido por una angustia inexplicable; volvió a su cuarto y se encerró. Apenas si había mirado su habitación. Por fin vio el ramito de violetas, la banderola. Todos los detalles del día se confundían en su memoria: la acogida del padre, la conversación con Antoine. Se tumbó en el sofá y comenzó de nuevo a llorar; lloraba sin pena; lloraba sobre todo de agotamiento, así como a causa de la habitación, de las violetas, de aquella mano que el padre había posado sobre su cabeza, de las atenciones de Antoine, de esta vida nueva y desconocida; lloraba porque le parecía encontrarse rodeado de afecto; porque ahora iban a ocuparse de él, a hablarle, a sonreírle; porque tendría que contestar a todo, porque se le había terminado la tranquilidad.

IX

ANTOINE, para suavizar la transición, había aplazado hasta el mes de octubre la entrada de Jacques en un liceo. Con la ayuda de antiguos compañeros, estudiantes de la Universidad, había preparado un programa de estudios recapitulativos que tenían por objeto reeducar progresivamente la inteligencia del niño. Tres profesores diferentes compartían la tarea. Todos eran jóvenes, amigos. El alumno benévolo trabajaba sus horas y de acuerdo con su capacidad de atención. Antoine tuvo pronto el placer de comprobar que la soledad del reformatorio no había causado a las facultades mentales de su hermano los perjuicios que se hubieran temido; en cierto aspecto incluso su inteligencia había madurado considerablemente en la soledad; hasta el extremo de que, después de un principio bastante lento los progresos se hicieron mucho más rápidos de lo que Antoine se hubiera atrevido a esperar. Jacques hacía uso de la independencia que le había sido concedida, sin abusar de ella. Por otra parte, sin decírselo a su padre, pero con el asentimiento tácito del abate Vécard, Antoine apenas si temía los inconvenientes de la libertad. Comprendía que la naturaleza de Jacques era pródiga y que había muchas ventajas en dejarla desarrollarse a su manera y en su propio sentido.

Durante los primeros días, el niño había sentido una viva repugnancia en salir de casa. La calle le aturdió. Antoine tuvo que ingeniárselas para encontrar recados que hacer para obligarle a tomar el aire. De esta forma reanudó Jacques sus relaciones con el barrio. Muy pronto, incluso, empezaron a gustarle estos paseos. El tiempo era bueno; le gustaba seguir por los muelles hasta Nôtre Dame, o bien vagabundear por las Tullerías. Cierta día llegó hasta a entrar en el museo del Louvre, pero encontró el aire tan sofocante, tan lleno de polvo y tan monótona la disposición de los cuadros que salió en seguida y no volvió por allí.

En las comidas permanecía silencioso; escuchaba a su padre. Por otra parte, aquel hombre corpulento era tan autoritario y de un trato tan áspero que todos los seres obligados a vivir en su hogar se refugiaban silenciosamente detrás de una máscara. Incluso la señorita, a pesar de su admiración beatífica ocultaba incesantemente su verdadera personalidad. El señor Thibault se aprovechaba de este silencio respetuoso que dejaba libre curso a su necesidad de imponer sus propias opiniones y que ingenuamente confundía con una aprobación general. Con respecto a Jacques mantenía una gran reserva, y, fiel a sus compromisos, nunca le preguntaba acerca de cómo empleaba el tiempo.

Había un extremo, sin embargo, en el que el señor Thibault se había mostrado inflexible: había prohibido formalmente toda clase de relaciones con los Fontanin y, para mayor garantía, había decidido que aquel año Jacques no apareciera por Maisons-Laffitte, adonde el señor Thibault iba a instalarse todas las primaveras con la señorita, y donde los Fontanin poseían igualmente una pequeña propiedad en los

linderos del bosque. Se acordó que aquel verano Jacques se quedaría en París, como Antoine.

La prohibición de volver a ver a los Fontanin fue objeto de una seria conversación entre Antoine y su hermano. La primera reacción de Jacques fue de rebeldía: tenía la sensación de que la injusticia pasada no sería borrada nunca en tanto perdurara aquella prevención contra su amigo. Reacción violenta que no desagradó a Antoine; veía en ella una prueba de que Jacques, el Jacques auténtico, renacía. Ahora bien, cuando este primer movimiento de ira se hubo pasado, se dedicó a razonar con el pequeño. Por otra parte, no le costó mucho trabajo obtener de él la promesa de que no trataría de ver a Daniel. En realidad, Jacques no tenía tanto interés en ello como hubiera podido pensarse. Aún estaba demasiado salvaje para desear otras relaciones, y la intimidación con su hermano le era suficiente; con mayor motivo puesto que Antoine se esforzaba en vivir con él en un plano de absoluta camaradería, sin que nada pudiera marcar la diferencia de edad y menos aún la autoridad de que había sido investido.

En los primeros días de junio, volviendo Jacques a su casa vio un corrillo de gente en el portal: la madre Fruhling acababa de sufrir un ataque y yacía atravesada delante de la portería. Recobró el sentido aquella misma tarde, pero el brazo y la pierna del lado derecho no respondían.

Algunos días después, cuando Antoine iba a salir, llamaron a la puerta. Una *gretchen* con una blusa de color rosa y un delantal negro apareció en el quicio de la puerta. Sonrojada, sonrió con desenvoltura:

—Vengo a arreglar la casa. ¿Ya no se acuerda de mí el señorito Antoine? Soy Lisbeth Fruhling...

Tenía el acento de Alsacia, aún más ceceante en sus labios infantiles. Antoine recordaba perfectamente a «la huérfana de la madre Fruhling», que de pequeña saltaba a la pata coja en el patio. Explicó que había venido de Estrasburgo para cuidar a su tía y sustituirla en sus obligaciones; acto seguido comenzó las faenas.

De la misma forma volvió todos los días. Traía la bandeja y asistía el desayuno de los dos hermanos. Antoine le gastaba bromas acerca de sus rubores repentinos y la preguntaba cosas de la vida en Alemania. Tenía diecinueve años; en los seis años transcurridos desde que dejara la casa había vivido con un tío suyo que tenía un hotel en Estrasburgo, en el barrio de la estación. Mientras Antoine estaba presente, Jacques intervenía algo en la conversación, pero cuando se quedaba en la casa a solas con Lisbeth procuraba evitarla.

No obstante, los días que Antoine estaba de guardia, la muchacha llevaba el desayuno a la habitación de Jacques. Entonces la preguntaba por su tía y Lisbeth no le perdonaba ningún detalle: mamá Fruhling se iba recuperando, pero muy despacito; el apetito era mejor de día en día. Lisbeth sentía un verdadero respeto por la alimentación. Era menudita, rolliza, y la elasticidad de su cuerpo denotaba su pasión

por el baile, los juegos y las canciones. Cuando se reía miraba a Jacques sin el menor embarazo. Una carita despierta, la naricilla corta, los labios frescos y ligeramente abultados, ojos de porcelana y la frente aureolada por un halo de cabellos, más que rubios, pajizos.

A medida que transcurrían los días, Lisbeth iba prolongando su charla. La timidez de Jacques desaparecía. Escuchaba con atención; tenía una forma de escuchar que siempre le había hecho propicio a las confidencias: secretos de las criadas, de discípulos e incluso, algunas veces, de profesores. Lisbeth le hablaba con mayor libertad que a Antoine, pese a mostrarse más infantil con el hermano mayor.

Una mañana observó que Jacques hojeaba un diccionario alemán y perdió lo poco que la quedaba de cortedad. Quiso ver qué era lo que traducía, y se enterneció ante un *lied* de Goethe que se sabía de memoria y que incluso cantaba:

*Fliesse, Fliesse, lieber Fluss
Nimmer werd' ich froh...*

La poesía alemana tenía el don de trastornarle la cabeza. Canturreó algunas estrofas, explicando los primeros versos. Lo que le parecía más bello era siempre triste y pueril.

*Si yo fuera una golondrina,
cómo volaría hacia ti...*

Sin embargo, sentía verdadera predilección por Schiller. Se recogió durante un instante y recitó de un tirón un fragmento, por el que sentía una atracción singular: ese pasaje de *María Estuardo* en el que la joven reina consigue poder dar algunos pasos por los jardines de su prisión y se lanza sobre la hierba, deslumbrada por el sol, embriagada de juventud. Jacques no comprendía todas las palabras. I-a muchacha iba traduciendo al mismo tiempo y, para expresar este impulso hacia la libertad, encontró unos acentos tan puros que Jacques, pensando en Crouy, sintió que su corazón se enternecía. A retazos, después de muchas reticencias, empezó a contar sus desgracias. Vivía todavía tan solo y hablaba en tan raras ocasiones que el sonido de su propia voz le hacía sentirse en seguida como si estuviera embriagado. Se animó y falseó la verdad a su gusto, deslizando en su relato toda clase de reminiscencias literarias, ya que desde hacía dos meses la mayor parte de su trabajo consistía en devorar las novelas que Antoine tenía en su biblioteca. Notaba perfectamente que estas transposiciones románticas tenían sobre la sensibilidad de Lisbeth una acción mucho más intensa de la que hubiera obtenido la pobre realidad. Y cuando vio a la linda muchacha enjugarse los ojos, en la actitud de Mignon llorando a su patria, sintió una

voluptuosidad de artista que le era todavía desconocida e implicaba tanta gratitud, que, temblando de esperanza, se preguntó si aquello sería amor.

Al día siguiente la esperó con impaciencia. La muchacha tal vez lo sospechara; le traía un álbum lleno de postales, de autógrafos, de flores secas: su vida de adolescente durante tres años, toda su vida. Jacques la acosaba a preguntas; le gustaba asombrarse y se asombraba por todo aquello que no conocía. Las historias de Lisbeth estaban jalonadas por detalles indudables que no permitían sospechar de su buena fe; sin embargo, cuando sus mejillas se coloreaban y su voz se hacía más lenta tenía ese aspecto de inventar, de mentir, que se observa en las personas que tratan de contar un sueño. Se estremecía de placer hablando de las veladas invernales en la *Tanzchule*, donde se reunían los muchachos y las muchachas del barrio. El profesor de baile, armado de un violín, perseguía a las parejas marcando el compás, en tanto que la señora ponía en la pianola los últimos vales vieneses. A media noche se comía. Luego, en grupos bullidores, se perdían en la noche y se acompañaban de casa en casa, sin poderse separar; tan grata resultaba la nieve que crujía bajo los pies, el cielo puro y el aire limpio que azotaba las mejillas. En ocasiones se mezclaban algunos suboficiales a los bailarines habituales. Uno de ellos se llamaba Fredi, otro, Will; Lisbeth dudó un buen rato antes de señalar en la fotografía de un grupo de uniforme al muñecote de madera que llevaba este nombre de Will.

—*Ach* —dijo la muchacha, frotando el retrato con la manga—. ¡Es tan noble, tan romántico! —Había tenido que ir a su casa, porque había un asunto de una cítara, unas frambuesas y leche cuajada, en medio del cual se interrumpió con una risotada inesperada y que no terminó. Tan pronto llamaba a Will su novio, como hablaba de él dando a entender que le había perdido para siempre. Jacques acabó por comprender que había sido enviado a una guarnición de Prusia, después de un episodio tenebroso y ridículo cuyo recuerdo la hacía estremecerse de terror para estallar en carcajadas acto seguido: se trataba de la habitación de un hotel, en el fondo de un pasillo, cuyo entarimado rechinaba; pero a partir de ahí todo se hacía incomprensible; la habitación debía de estar situada en el mismo hotel de Fruhling, porque si no, el viejo tío no hubiera podido perseguir al suboficial por el patio, en plena noche, y echarle a la calla en camisa y descalzo. Lisbeth añadía, a modo de explicación, que su tío quería casarse con ella para que atendiera la casa; decía también que su tío tenía un labio leporino en el que ardía durante todo el día un cigarro que olía a brea; y, dejando de sonreír, sin transición, se puso a llorar.

Jacques estaba delante de su mesa. El álbum estaba abierto ante él. Lisbeth se había colocado sobre el brazo del sillón; cuando se inclinaba, el muchacho respiraba su aliento y sus rizos le hacían cosquillas en la oreja. No experimentaba ninguna turbación de los sentidos. Había conocido la perversión; pero ahora le solicitaba un mundo distinto del que creía descubrir en su interior, que exhumaba de una novela inglesa leída recientemente: el amor casto, un sentimiento de plenitud dichosa y de

pureza.

Durante toda la jornada su imaginación no dejó de preparar hasta en los menores detalles la entrevista del día siguiente: estaban solos en el piso y nadie había de molestarles durante la mañana; había sentado a Lisbeth en el sofá, en la parte de la derecha; la muchacha inclinaba la cabeza hacia adelante y él, de pie, distinguía su cogote bajo los ricillos juguetones, en el escote de la blusa; la joven no se atrevía a levantar los ojos; Jacques se inclinaba:

—No quiero que te vuelvas a marchar...

Entonces ella levantaba la cabeza con una mirada interrogante, y él contestaba con un beso en la frente: el beso de novios.

—Dentro de cinco años habré cumplido los veinte. Le diré a papá: «Ya no soy un niño.» Si me dicen: «Es la sobrina de la portera», entonces... —Hizo un gesto de amenaza—. ¡Mi novia! ¡Mi novia...! ¡Eres mi novia! —Su habitación le parecía demasiado pequeña para tanta alegría. Salió. El aire era cálido. Se movía con voluptuosidad en la luz—. ¡Mi novia! ¡Mi novia! ¡Es mi novia!

Al día siguiente dormía tan profundamente que ni siquiera oyó llamar, y saltó de la cama al oír su risa en la habitación de Antoine. Cuando se unió a ellos, Antoine ya había desayunado y, preparado para salir, tenía a Lisbeth cogida por los hombros con las dos manos:

—¿Me oyes? —amenazaba—. Si vuelves a dejarla que tome café tendrás que entendértelas conmigo.

Lisbeth reía incrédula. Se negaba a creer que un buen café con leche, a la alemana, con bien de azúcar y tomado muy caliente, pudiera nunca perjudicar en lo más mínimo a mamá Fruhling.

Se quedaron solos. La muchacha había puesto en la bandeja las tortas de anís que había hecho la víspera para él y le miraba con afecto mientras comía. Jacques se odiaba a sí mismo por tener hambre. Nada de esto estaba previsto; no sabía cómo ajustar la realidad a la escena preparada con tanta meticulosidad. Para colmo de desgracias, llamaron a la puerta. Era una sorpresa: la madre Fruhling entró renqueando; todavía no podía valerse, pero estaba mejor, mucho mejor y venía a saludar al señorito Jacques. Lisbeth tuvo luego que ayudarla a volver a la portería e instalarla en su sillón. Pasaba el tiempo y Lisbeth no volvía. Jacques no había podido nunca soportar la adversidad de las circunstancias. Iba y venía abocado a una contrariedad que tenía muchos puntos de semejanza con sus accesos de cólera de antaño. Apretaba las mandíbulas y hundía los puños en los bolsillos. Empezó a sentir rencor contra ella.

Cuando por fin reapareció, Jacques tenía la boca seca y la mirada irritada; estaba tan nervioso por la espera que las manos le temblaban. Fingió tener trabajo. La muchacha apresuró las faenas y se despidió. Inclinado sobre sus libros, con la muerte en el alma, la dejó marchar. Pero tan pronto como estuvo solo se echó hacia atrás y en

sus labios se dibujó una sonrisa tan perfectamente amarga que se acercó al espejo para poder deleitarse con ella objetivamente. Por vigésima vez, su imaginación le representaba la escena convenida: Lisbeth sentada, él de pie, el cogote... Se sintió tan descorazonado que se cubrió los ojos con las manos y se arrojó sobre el sofá para llorar. Pero las lágrimas no venían. Solamente sentía nerviosismo y rencor.

Al día siguiente, cuando entró, tenía un aspecto tan acongojado que Jacques lo tomó como un reproche y su resentimiento desapareció inmediatamente. En realidad, la muchacha acababa de recibir de Estrasburgo una mala noticia: su tío la reclamaba; el hotel estaba lleno; Fruhling consentía en aguardar todavía una semana, pero nada más. Había pensado enseñar la carta a Jacques; pero se acercó a ella con una mirada tan tímida y conmovedora que no quiso decirle nada que fuera triste. Distráida, se sentó en el sofá, precisamente en el lugar en que él había decidido que estaría, y el muchacho permanecía de pie, en el mismo sitio en que se había visto a sí mismo. La muchacha bajó la cabeza y Jacques distinguió bajo los rizos el cogote que se perdía en el escote de la blusa. Se inclinaba ya como un autómatas cuando ella levantó la cabeza, un poco antes de lo previsto. Le miró con sorpresa, sonrió, le hizo sentarse en el sofá, atrayéndole hacia sí y, sin la menor vacilación, unió su rostro al de Jacques, juntando sus sienes y rozando con su mejilla cálida la del muchacho.

—Cariño... *Liebling*...

Creyó morir de gozo y cerró los ojos. Notó cómo los dedos de Lisbeth, cuyas yemas estaban picadas por la aguja, le acariciaban la mejilla libre, se insinuaban en su cuello; el botón cedió. Sintió un estremecimiento delicioso. La manita magnética, deslizándose por entre la camisa y la carne vino a acurrucarse en su pecho. Entonces, también él aventuró dos dedos que apartaron un broche. La misma Lisbeth se desabrochó la blusa para ayudarle. El muchacho contenía la respiración. Su mano acarició una carne desconocida. La muchacha hizo un movimiento brusco, como si la hubiera hecho cosquillas, y de repente Jacques sintió la masa cálida de un seno que se deslizaba en la palma de su mano. Se ruborizó y la besó torpemente. Ella le devolvió el beso ardientemente, en plena boca: el muchacho se quedó desconcertado, incluso un poco contrariado por la frescura de esta saliva extraña después del ardor del beso. Lisbeth había vuelto a unir su rostro al de Jacques y no se movía; Jacques sentía las pestañas que se agitaban junto a su sien.

Desde entonces este fue el rito cotidiano. Lisbeth se quitaba el broche en el recibimiento y, según entraba, lo prendía en la cortina. Ambos se instalaban en el sofá, las mejillas juntas, las manos en su tibio refugio y permanecían silenciosos. O bien la muchacha comenzaba alguna balada alemana que hacía que se les saltaran las lágrimas, y durante largos ratos balanceaban sus cuerpos al mismo compás, mezclando sus alientos, sin desear otros goces. Si los dedos de Jacques se agitaban un poco bajo la ropa, si movía un poco la cabeza para rozar con sus labios la mejilla de

Lisbeth, le miraba con unos ojos que siempre parecían pedirle que fuera amable con ella y suspiraba:

—Sea bueno...

Por otra parte, una vez en su sitio, las manos permanecían quietas. Por un acuerdo tácito, Lisbeth y Jacques evitaban las caricias inéditas. Su abrazo estaba por completo en esta presión paciente y continuaba de sus rostros, así como en esta caricia que procuraba a los dedos la tibia palpitación de sus pechos cada vez que respiraban. Por lo que respecta a Lisbeth, que muy a menudo parecía cansada, descartaba sin ningún trabajo todo apetito de los sentidos: al lado de Jacques se embriagaba de pureza y poesía. En cuanto a él, ni siquiera tenía que rechazar una tentación más precisa: estas caricias castas encontraban su fin en sí mismas; ni siquiera se le ocurría la idea de que pudieran ser el preludio de otros ardores. Si algunas veces la tibieza de este cuelgo femenino le ocasionaba una turbación física, era casi sin que se diera cuenta: se habría muerto de horror y vergüenza solamente con pensar en que Lisbeth pudiera notarlo. Junto a ella nunca le había asaltado un deseo impuro. Era completa la disociación entre su alma y su carne. El alma pertenecía a la amada; la carne llevaba una vida solitaria en un mundo distinto, en un mundo nocturno en que Lisbeth no entraba. Algunas noches le sucedía que, no pudiendo conciliar el sueño, se lanzaba fuera de las sábanas, se arrancaba la camisa delante del espejo, se besaba los brazos y se acariciaba el cuerpo con un ardor frenético, pero era siempre solo, lejos de ella; la imagen de Lisbeth no venía nunca a unirse al cortejo habitual de sus evocaciones.

Sin embargo, para Lisbeth se acercaba la fecha de la marcha; tenía que abandonar París el domingo siguiente, en el tren de la noche, y no había tenido valor para advertir a Jacques.

Aquel domingo, a la hora de la cena, Antoine volvió a casa sabiendo que su hermano estaba arriba. Lisbeth esperaba. Llorando se reclinó sobre su hombro.

—¿Entonces? —preguntó Antoine con una sonrisa extraña.

La muchacha hizo señas de que no.

—¿Y te marchas ya?

—Sí.

Antoine hizo un gesto de impaciencia.

—¡También es culpa suya! —dijo Lisbeth—: Ni siquiera piensa en ello.

—Me habías prometido que pensarías tú por él.

Se le quedó mirando. Hasta cierto punto le despreciaba. No podía comprender que para ella, Jacques «no era lo mismo». Pero Antoine era guapo; le gustaba su aspecto formal y le perdonaba que fuera como los demás.

Había prendido el broche en la cortina y se desnudaba con aspecto distraído, pensando ya en el viaje. Cuando Antoine la cogió entre sus brazos, la muchacha dejó escapar una risa entrecortada que se perdió en su garganta:

—*Liebling*... Sé bueno en esta nuestra última noche...

Antoine estuvo ausente durante toda la velada. Hacia las once Jacques le oyó volver y entrar en su habitación sin hacer ruido. Iba a acostarse y no le llamó.

Al meterse en la cama, su rodilla tropezó con algo duro: un paquete; una sorpresa. Envueltas en papel de estaño había algunas tortitas de anís rezumando caramelo, y doblado en un pañuelo de seda con las iniciales de Jacques, una cartita en papel malva:

¡A mi bien amado!

Hasta ahora nunca le había escrito. Era como si esta noche hubiera venido para reclinarsse a la cabecera de su cama. Mientras abría el sobre reía gozoso:

«Señorito Jacques:

»Cuando usted encuentre esta carta querida, yo ya estaré muy lejos...»

Los renglones se emborronaban; su frente se cubrió de sudor.

«... estaré muy lejos, porque esta noche me voy en el tren que sale a las veintidós doce de la estación del Este, hacia Estrasburgo...»

—¡Antoine! —Fue un grito tan desgarrador que Antoine vino corriendo, creyendo a su hermano herido.

Jacques estaba sentado sobre la cama, con los brazos abiertos, la boca semicerrada y los ojos suplicantes: hubiérase dicho que se moría y que Antoine era el único que podía salvarle. La carta yacía sobre las sábanas. Antoine la leyó sin sorpresa: acababa de acompañar a Lisbeth al tren. Se inclinó sobre su hermano, pero éste le detuvo:

—Cállate, cállate... Tú no puedes saber, Antoine; no puedes comprenderlo...

Empleaba las mismas palabras que Lisbeth. Su rostro había adquirido una expresión torpe y su mirada una fijeza, una pesadez que recordaban al niño de antes. Repentinamente su pecho se infló, sus labios empezaron a temblar, y, como si tratara de defenderse contra alguien, se volvió y se dejó caer sollozando sobre la almohada. Uno de sus brazos permanecía colgando; Antoine acarició aquella mano que inmediatamente se crispó sobre la suya y la estrechó afectuosamente. No sabía qué decir; contemplaba la espalda encorvada de su hermano, sacudida por los sollozos. Una vez más sentía la revelación de este fuego oculto bajo la ceniza, siempre dispuesto a revivir, y comprendía la vanidad de sus pretensiones educadoras.

Transcurrió media hora; la mano de Jacques se soltó; ya no lloraba: jadeaba. Poco a poco la respiración se hizo más regular; se estaba durmiendo. Antoine no se movía, no atreviéndose a marcharse. Pensaba con angustia en el porvenir de este pequeño. Esperó otra media hora; luego se marchó, andando de puntillas y dejando las puertas entornadas.

Al día siguiente, Jacques dormía todavía o fingía dormir cuando Antoine salió de

casa.

Se encontraron arriba, en la mesa familiar. Jacques tenía las facciones cansadas. Un gesto desdeñoso en la comisura de los labios y ese aspecto de los niños que se enorgullecen de sentirse incomprendidos. Durante toda la comida, su mirada evitó la de Antoine; ni siquiera quería ser compadecido. Antoine comprendió. Al fin y al cabo, tampoco tenía mucho interés en hablar de Lisbeth.

Su vida recobró su curso como si no hubiera sucedido nada.

X

UNA tarde, antes de cenar, Antoine tuvo la sorpresa de encontrar entre su correo un sobre a su nombre que contenía una carta cerrada dirigida a su hermano. No conoció la letra y, estando Jacques delante, no quiso que pareciera que vacilaba.

—Toma; es para ti —dijo.

Jacques se acercó rápidamente y su rostro se puso como la grana. Antoine, que hojeaba un catálogo de libros, le entregó el sobre sin mirarle. Cuando levantó la cabeza vio que Jacques había deslizado la carta en su bolsillo. Sus miradas se encontraron; la de Jacques era agresiva.

—¿Por qué me miras de esa forma? —dijo—. ¿No tengo derecho a recibir una carta?

Antoine miró a su hermano sin contestarle y, volviéndole la espalda, salió de la habitación.

Durante la cena habló con el señor Thibault sin dirigirse a Jacques. Bajaron juntos como todas las noches, pero sin cambiar una sola palabra. Antoine se dirigió a su habitación; apenas se había sentado frente a su mesa cuando entró Jacques sin haber llamado, se adelantó con gesto provocativo y arrojó sobre la mesa la carta desplegada:

—¡Puesto que vigilas mi correspondencia!

Antoine volvió a doblar la hoja sin leerla y la tendió a su hermano. Como éste no la cogía, abrió la mano y la carta cayó sobre la alfombra. Jacques la recogió, guardándosela en el bolsillo.

—Entonces, no veo la razón de que me pongas mala cara —bromeó.

Antoine se encogió de hombros.

—¡Y has de saber, además, que ya estoy harto! —prosiguió Jacques, alzando la voz repentinamente—. Ya no soy un niño, y quiero... Creo que tengo perfecto derecho... —La mirada atenta y tranquila de Antoine le irritaba—. ¡Te digo que estoy harto! —gritó.

—¿Harto de qué?

—De todo. —Su rostro había perdido todo matiz: la mirada fija e iracunda, las orejas separadas, la boca entreabierta, le daban un aspecto estúpido; cada vez estaba más sonrojado—. ¡Por otra parte, si esa carta ha llegado a ti ha sido por equivocación! Había mandado que me escribieran a la lista de Correos. Allí, por lo menos, podré recibir las cartas que quiera sin tener que dar cuenta a nadie, quien quiera que sea.

Antoine le seguía mirando sin contestar. Este silencio le daba buen resultado y disimulaba su confusión: era la primera vez que su hermano le hablaba en aquel tono.

—En primer lugar, quiero ver otra vez a Fontanin; ¿lo oyes? ¡Y nadie podrá impedírmelo!

Esto fue un rayo de luz: ¡la letra del cuaderno gris! Jacques se escribía con Fontanin a pesar de su promesa. ¿Estaría enterada la señora de Fontanin? ¿Autorizaba esta correspondencia clandestina?

Antoine se veía obligado por primera vez a adoptar el papel de padre; no hacía tanto tiempo hubiera podido estar en la misma actitud que Jacques tenía en este momento frente a él. El aspecto de las cosas había cambiado.

—¿Entonces, has escrito a Daniel? —preguntó arrugando el ceño.

Jacques le desafió con un gesto afirmativo.

—¿Sin decírmelo?

—¿Y qué? —dijo el pequeño.

Antoine sintió tentaciones de levantarse para abofetear al impertinente. Apretó los puños. El debate tomaba un sesgo que amenazaba comprometer lo que más estimaba.

—Márchate —pronunció en un tono que disfracaba su desánimo—. Esta noche no sabes lo que dices.

—Te digo... ¡Te digo que ya estoy harto! —gritó Jacques, pateando impaciente—. Ya no soy un niño y quiero tratar con quien me parezca bien. Ya estoy harto de vivir así; quiero ver a Fontanin, porque Fontanin es amigo mío. Para eso le he escrito. Sé lo que me hago. Me he citado con él; puedes decírselo a... a quien quieras. ¡Ya estoy harto, harto, harto! —Pataleaba y nada subsistía en él sino odio y rebeldía.

Lo que no decía, y lo que Antoine apenas podía adivinar, era que, después de la marcha de Lisbeth, el pobre niño se encontraba con el corazón tan vacío y pesado a la par, que había cedido a la necesidad de confiar a un ser joven el secreto de su juventud; mejor aún: de compartir con Daniel este peso que le ahogaba. Y en su exaltación solitaria había vivido por anticipado las horas de amistad total en las que suplicaba a su amigo que amara una mitad de Lisbeth y a Lisbeth que dejara a Daniel tomar a su cargo esta mitad de amor.

—Te he dicho que te vayas —prosiguió Antoine, que fingía permanecer impassible y saboreaba su superioridad—. Ya volveremos a hablar de todo esto cuando estés en condiciones de hacerlo.

—¡Cobarde! —aulló Jacques, exasperado por aquella flema—. ¡Espía! —Salió dando un portazo.

Antoine se levantó para echar la llave y se dejó caer en un sillón. Estaba pálido de rabia.

—¡Espía! El imbécil ese... ¡Espía! Me las pagará. Si se cree que puede hacer lo que quiera está muy equivocado. He perdido la noche; ahora soy incapaz de hacer nada. Me las pagará. ¡Con la tranquilidad que yo tenía antes! Valiente tontería he hecho.

Y todo por ese imbécil. ¡Espía! Cuanto más se hace por ellos... El imbécil soy yo: estoy echando a perder por su culpa una parte de mi tiempo y de mi trabajo. Pero se ha acabado. Yo tengo mi vida, mis exámenes..., y por ese imbécil no voy a... —No podía seguir sentado y se puso a pasear por la habitación. Repentinamente se vio en

presencia de la señora de Fontanin y sus facciones adquirieron una expresión firme y desengañada: «He hecho todo lo que he podido, señora. He probado la dulzura, el cariño. Le he dejado la libertad más absoluta. Y mire. Créame, señora, que hay naturalezas contra las cuales nada se puede hacer. La sociedad solamente tiene un medio de protegerse contra ellas, y es impidiéndolas que molesten. Por tanto, no les falta motivo a los reformatorios para titularse obras de protección social...»

Un ruidillo semejante al roer de un ratón le hizo volver la cabeza. Por debajo de la puerta cerrada acababa de deslizarse una nota:

«Te pido perdón por lo de espía. Ya no estoy enfadado. Déjame entrar.»

Antoine no pudo contener una sonrisa. Sintió un repentino acceso de cariño, y sin pensarlo más se dirigió a la puerta y la abrió. Jacques esperaba, con los brazos colgando. Estaba todavía tan nervioso que agachó la cabeza y apretó los labios para no echarse a reír. Antoine había tomado un aspecto irritado, indiferente; volvió a sentarse.

—Tengo que trabajar —dijo con sequedad—. Ya me has hecho perder bastante tiempo por esta noche. ¿Qué quieres ahora?

Jacques levantó los ojos, que aún daban muestras de regocijo, y miró a Antoine cara a cara.

—Quiero ver a Daniel otra vez.

Hubo un corto silencio.

—Ya sabes que papá se opone a ello —comenzó Antoine—. Ya me tomé el trabajo de explicarte la razón. ¿Lo recuerdas? Aquel día quedó acordado entre nosotros que aceptarías este estado de cosas y no harías ninguna tentativa para reanudar las relaciones con los Fontanin. He confiado en tu palabra y ya estás viendo el resultado. Me has engañado; en la primera ocasión has faltado a lo convenido. Ahora ya se ha acabado; no podré volver a tener confianza en ti.

Jacques sollozaba.

—No digas eso, Antoine. No es justo. No puedes comprenderlo. Es cierto que he obrado mal; no hubiera debido escribirle sin decírtelo. Pero ha sido porque había otra cosa que hubiera tenido que contarte y no podía hacer. —Murmuró—: Lisbeth...

—Ahora no se trata de eso —interrumpió Antoine inmediatamente, con objeto de eludir una confesión que le hubiera resultado aún más penosa que a su hermano. Y para obligar a Jacques a cambiar de tema, añadió—: Accedo a intentar una nueva y última experiencia: me vas a prometer...

—No, Antoine; no puedo prometerte no volver a ver a Daniel. Eres tú el que me va a prometer que me dejarás verle. Escúchame, Antoine, y no te enfades. Te juro ante Dios que no volveré a ocultarte nada, pero quiero ver otra vez a Daniel y no quiero hacerlo sin que tú lo sepas. Por otra parte, él tampoco quiere. Le había escrito que me contestara a la lista de Correos; no ha querido hacerlo. Escucha lo que me escribe: «¿Por qué lista de Correos? No tenemos nada que ocultar. Tu hermano ha estado siempre a nuestro favor. Por consiguiente le envío a él esta carta para que te la

entregue.» Y al final rehúsa la cita que yo le proponía detrás del Panthéon: «Se lo he dicho a mamá. Lo más sencillo sería que vinieras lo antes que te fuera posible para pasar un domingo en casa. Mamá os aprecia mucho, a tu hermano y a ti, y me encarga que os invite a los dos.» Ya ves que es sincero. Papá no lo sospecha siquiera y le condena sin saber nada de él; no se lo reprocho demasiado, pero tu caso, Antoine, es distinto. Conoces a Daniel, le comprendes, has visto a su madre; no tienes ninguna razón para ser como papá. Deberías estar contento de que yo tenga esta amistad. ¡Hace tanto tiempo que estoy solo! Perdóname, no lo digo por ti; lo sabes perfectamente. Pero tú eres una cosa y Daniel otra. Tú tienes muchos amigos de tu edad, ¿verdad? ¿Sabes lo que es tener un verdadero amigo?

«La verdad es que no...», pensaba Antoine, observando la expresión dichosa y conmovida de su hermano cuando pronunciaba esta palabra de «amigo». De repente sintió deseos de acercarse a su hermano y abrazarle. Pero la mirada de Jacques tenía algo de irreductible y combativo que resultaba ofensivo para el orgullo de Antoine. También sintió deseos de doblegar aquella obstinación, de aplastarla. Sin embargo, la energía de Jacques le imponía un poco. No contestó nada, estiró las piernas y se dispuso a reflexionar.

«En realidad —se decía—, yo, que tengo un criterio amplio, he de convenir en que la prohibición de mi padre es absurda. Ese Fontanin sólo puede tener sobre Jacques una influencia benéfica. Un ambiente perfecto, que me ayudará incluso en mi labor. Sí, efectivamente, “ella” me ayudará, incluso verá más claro que yo; no tardará en ganar ascendente sobre el pequeño; es una mujer de primera. Ahora, que como papá llegara a saberlo... ¿Y qué? Ya no soy un niño. ¿Quién es el responsable de Jacques? Yo. Por consiguiente, tengo el derecho de juzgar en última instancia. Considero que, tomada al pie de la letra la prohibición de papá es absurda e injusta: por tanto, la desestimo. En primer lugar, Jacques me querrá más. Pensará: “Antoine no es como papá.” Y luego, estoy seguro de que la madre... —Se vio de nuevo ante la señora de Fontanin, que sonreía—: “Señora, he creído mi deber traerle a mi hermano yo mismo...”»

Se levantó, dio algunos pasos y vino a ponerse delante de Jacques, que permanecía inmóvil, con el espíritu alerta, firmemente decidido a combatir contra la oposición de Antoine y a vencerla.

—No tengo más remedio que decírtelo, puesto que me obligas a ello: mi intención, a pesar de las órdenes de papá, ha sido siempre la de dejarte que vieras a los Fontanin. Incluso tenía en proyecto llevarte yo mismo, ¿te enteras? Pero quería esperar a que hubieras recobrado por completo la normalidad; pensaba esperar hasta el comienzo de curso. Tu carta a Daniel precipita las cosas. De acuerdo. Asumo toda la responsabilidad. Ni papá ni el abate sabrán nada. Si quieres, iremos el domingo próximo.

«Observa —añadió después de una pausa y en un tono de afectuoso reproche— cómo te has equivocado al no confiar más en mí. Te lo he repetido veinte veces,

pequeño: franqueza completa entre nosotros, confianza recíproca, o de lo contrario todo lo que hemos planeado se vendrá abajo.»

—¿El domingo? —balbuceó Jacques. Estaba completamente desorientado por haber ganado la batalla sin necesidad de luchar. Sintió la impresión de que era víctima de alguna maquinación que no acababa de comprender. Después se avergonzó de aquella sospecha. Antoine era, verdaderamente, su mejor amigo. ¡Qué pena que fuera tan viejo! ¿Entonces, el domingo próximo? ¿Y por qué tan pronto? Ahora se preguntaba si efectivamente deseaba tanto ver de nuevo a su amigo.

XI

DANIEL estaba dibujando aquel domingo, cerca de su madre, cuando la perrita empezó a ladrar. Habían llamado. La señora de Fontanin dejó su libro.

—Deja, mamá —dijo Daniel, yendo hacia la puerta. Por escasez de dinero habían tenido que despedir a la doncella, y luego, el mes antes, a la cocinera; Nicole y Jenny ayudaban a las faenas de la casa.

La señora de Fontanin, que aguzaba el oído, sonrió al reconocer la voz del pastor Gregory y dio algunos pasos para salir a su encuentro. Había cogido a Daniel por los hombros y le miraba de hito en hito con una risa ronca:

—¿Cómo? ¿De modo que con un tiempo tan espléndido y no hemos salido de paseo, *my boy*? ¿Es que para estos franceses no van a existir nunca los deportes, el remo, el *cricquet*...? —El brillo de sus ojillos negros, cuyas pupilas ocupaban toda la niña ocultando el blanco, era tan difícil de sostener de cerca que Daniel volvía la cabeza con una sonrisa de embarazo.

—No le regañe —dijo la señora de Fontanin—. Está esperando la visita de un compañero. ¿Sabe usted?; esos Thibault.

El pastor, haciendo una mueca, buscó entre sus recuerdos: de repente, con una energía diabólica se frotó sus manos secas con tanta fuerza que parecían saltar chispas y su boca se hundió en una risa silenciosa.

—¡Oh!, *yes* —dijo por último—. ¿El doctor barbudo? Bien; buen muchacho. ¿Recuerda usted qué cara de asombro cuando vino a ver a nuestra pequeña resucitada? ¿Quería medir la resurrección con su termómetro! *Poor fellow!* ¿Y dónde está nuestra *darling*? ¿También encerrada en su habitación, con un sol tan espléndido?

—No, tranquilícese; Jenny ha salido con su prima. Apenas si se han entretenido para desayunar. Han ido a probar una máquina fotográfica... que Jenny ha recibido por su cumpleaños.

Daniel, que traía una silla para el pastor, levantó la cabeza y miró a su madre, cuya voz se había turbado al indicar este detalle.

—¿Y qué hay en relación con Nicole? —preguntó Gregory sentándose—. ¿Nada de nuevo?

La señora de Fontanin hizo señas de que no. No quería tratar de este tema delante de su hijo, que al oír el nombre de Nicole había desviado la mirada hacia el pastor.

—Bueno, vamos a ver, *boy* —dijo bruscamente Gregory volviéndose hacia Daniel—; ¿cuándo va a venir a molestarnos exactamente tu amigo el doctor barbudo?

—No lo sé. Tal vez hacia las tres.

El pastor se irguió para extraer de su chaleco de clérigo un reloj de plata, grande como un plato.

—*Very well!* —exclamó—. Todavía tienes casi una hora, perezoso. Tira la

chaqueta y márchate ahora mismo a darte una vuelta por el Luxemburgo, corriendo con todas tus ganas, como si trataras de ganar una carrera. *Go on!*

El muchacho miró a su madre y se levantó.

—Muy bien; les dejo —dijo maliciosamente.

—¡Muchacho astuto! —murmuró Gregory, amenazándole con el puño.

Ahora bien, tan pronto como estuvo solo con la señora de Fontanin su rostro iracundo tomó una expresión de bondad y su mirada se hizo acariciadora.

—Ahora —dijo— ha llegado el momento en que solamente deseo hablar a su corazón, *my dear*. —Se recogió como si orase. Luego, con un gesto nervioso, se pasó los dedos por entre los cabellos, cogió una silla y se sentó a horcajadas—. Le he visto —anunció, viendo que la señora de Fontanin palidecía—. Vengo de su parte. Está arrepentido. ¡Qué desgraciado es! —No apartaba los ojos de ella; parecía que al envolverla con su mirada, premeditadamente alegre, pretendía calmar aquel sufrimiento que él mismo ocasionaba.

—¿Está en París? —balbuceó la pobre mujer, sin pensar en lo que decía, puesto que sabía que Jérôme había venido personalmente la antevíspera, aniversario del nacimiento de Jenny, para dejar en la portería aquella máquina fotográfica como regalo de cumpleaños para su hija. Dondequiera que hubiese estado, nunca había dejado de celebrar ningún aniversario de la familia—. ¿Le ha visto? —prosiguió con voz distraída, sin que la expresión de su rostro consiguiera afirmarse. Desde hacía meses pensaba en él de una forma continua, pero tan inconcreta, que ahora la invadía un aturdimiento especial al tener que hablar de él.

—Es desgraciado —repitió el pastor con insistencia—. Está acosado por los remordimientos. Su desdichada amiga sigue siendo cantante, pero él está verdaderamente hastiado y no quiere verla más. Dice que no puede vivir sin su mujer y sus hijos, y creo que es cierto. Pide que le perdone; promete todo lo que haga falta para seguir siendo su marido; le ruega que no insista en su deseo de divorciarse. Su cara, lo he notado, es ahora la cara del Justo: es un hombre recto y bueno.

La señora de Fontanin permanecía en silencio y miraba ante sí sin prestar atención. Sus mejillas llenas, la barbilla un poco abultada, la boca relajada y sensible, respiraban tanta mansedumbre que Gregory creyó que perdonaba.

—Me ha dicho que en este mes tienen ustedes que presentarse ante el juez para el acto de conciliación —continuó el pastor—, y que hasta después no empezará la verdadera tramitación del divorcio. Ahora mendiga, porque es cierto que ha cambiado totalmente. Dice que ya no es lo que parece, sino mejor de lo que le creemos. Por mi parte, pienso lo mismo. Está dispuesto a trabajar, si encuentra trabajo. Y si usted accede, vivirá aquí, en un camino nuevo y reparador.

Vio que la boca se le crispaba y un estremecimiento agitaba la parte inferior del rostro. Se encogió de hombros repentinamente y dijo:

—No.

El tono era cortante; la mirada, dolorosa y altanera. Su decisión parecía

irrevocable. Gregory volvió la cabeza, cerró los ojos y permaneció silencioso largo rato.

—*Look here* —dijo por fin, con una voz completamente distinta, lejana e impersonal—. Si usted quiere voy a contarle una historia que no conoce. Es la historia de un hombre que amaba a una mujer. Escuche. Se había prometido, todavía muy joven, a una pobre muchacha, tan bella y bondadosa, tan verdaderamente amada por Dios, que también le amaba... —Su mirada se volvió vacilante—... con toda su alma —acentuó. Luego pareció hacer un esfuerzo tratando de recordar donde se encontraba, y prosiguió bastante de prisa—: Entonces, después del matrimonio, ocurrió lo siguiente: este hombre notó que su mujer ya no le amaba solamente a él, sino que amaba a otro hombre que era amigo suyo y que frecuentaba la casa como un hermano del matrimonio. Entonces el pobre marido emprendió con su mujer un largo viaje para ayudarla a olvidar. Pero comprendió que ella seguiría amando para siempre al amigo y que no volvería a querer al esposo; entonces comenzó el infierno para ellos. Vio a su mujer cometiendo adulterio con el cuerpo, luego con el corazón y por último hasta con el alma, porque se hacía injusta y malvada. Sí —dijo con gravedad—; aquello era verdaderamente terrible: ella se hacía malvada a causa del amor contrariado, y él también, porque lo negativo les rodeaba. ¿Y qué cree usted que hizo entonces aquel hombre? Oraba. Pensaba: «Amo a un ser y he de evitar que la maldad se apodere de él.» Y alegremente condujo a su mujer y a su amigo a su propia habitación, delante del Nuevo Testamento, y dijo: «Yo mismo os declaro solemnemente marido y mujer ante Dios.» Los tres lloraban. Pero luego dijo: «No temáis; yo os abandono y jamás volveré para importunar vuestra felicidad.»

Gregory se cubrió los ojos con la mano y dijo en voz baja:

—¡Ah, *my dear*, que recompensa divina el recuerdo de un sacrificio semejante! —Luego levantó la frente—: Y cumplió lo prometido: les dejó todo su dinero porque era excesivamente rico y ella pobre como el miserable Job. Marchó muy lejos, al otro lado del mundo, y me consta que aún permanece completamente solo, después de diecisiete años, sin dinero, y se gana la vida como yo mismo puedo hacerlo, como un simple enfermero discípulo de la *Christian Scientist Society*.

La señora de Fontanin le miraba conmovida.

—Espere —dijo el pastor con viveza—; ahora le contaré el final. —Todos los músculos de su cara estaban tensos y sus dedos de esqueleto se entrecruzaron bruscamente sobre el respaldo de la silla—. El pobre pensaba que había renunciado a la felicidad en favor de ellos y que llevaría consigo todo lo malo; pero aquí está el secreto de Dios: lo malo permaneció con ellos. Se rieron de él. Traicionaron al Espíritu. Aceptaron su sacrificio llorando, pero en el fondo de sus corazones se burlaban de él. Decían mentiras acerca de él en toda la *gentry*. Exhibieron cartas suyas; volvieron contra él su fingida complacencia. Llegaron a decir que había abandonado a su esposa sin un penique para conseguir otra mujer en Europa. ¡Sí; todo eso dijeron! Y pagaron un juicio de divorcio contra él.

Cerró los párpados durante un segundo, dejó oír una especie de cloqueo ronco, se levantó y, cuidadosamente, volvió a colocar la silla en el mismo lugar de donde la había cogido. Toda huella de dolor se había borrado de su rostro.

—Pues bien —prosiguió inclinándose hacia la señora de Fontanin, que permanecía inmóvil—, así es el Amor, y tan necesario es el perdón, que si en este mismo momento esa amada pérfida viniera repentinamente a mí para decir: «James, vuelvo otra vez bajo tu techo. Volverás a ser mi servidor maltratado y cuando me parezca volveré a burlarme de ti.» Pues bien, yo contestaría: «Ven, toma lo poco que tengo. Doy gracias a Dios por tu regreso. Me esforzaré de tal manera en ser realmente bueno ante tus ojos que tú también te volverás buena: porque lo Malo no existe.» Sí; es cierto, *my dear*; si mi Dolly viniera algún día a mi lado para pedirme refugio, esto es lo que haría con ella. Y no diría: «Dolly, te perdono», sino solamente: «¡Qué Dios te guarde!» Y así mis palabras no caerían en el vacío: ¡porque el Bien es el único poder capaz de poner freno a lo Negativo! —Se calló, se cruzó de brazos y, sosteniendo con la mano su barbilla angulosa, añadió con una voz sonora de predicador—: Y usted debiera hacer lo mismo, señora de Fontanin. Porque usted ama a ése con todo su amor, y Amor es Justicia. Jesucristo ha dicho: «Si vuestra Justicia no es distinta que la del escriba o la del fariseo, no entraréis en Mi reino.»

La pobre mujer movió la cabeza lentamente:

—Usted no le conoce, James —murmuró—. El aire se hace irrespirable a su alrededor. Por todas partes ocasiona daños. Destruiría otra vez nuestra felicidad y contaminaría a sus hijos.

—Cuando Jesucristo tocó con su mano la úlcera del leproso, no enfermó la mano de Jesucristo, sino que el leproso quedó limpio.

—Dice usted que le amo; no, no es cierto. Ahora le conozco demasiado bien. Sé lo que valen sus promesas; le he perdonado demasiadas veces.

—Cuando Pedro pregunta a Jesucristo cuántas veces deberá perdonar a su hermano: «¿Bastan siete veces?» Jesucristo le contesta: «¿Qué es eso de siete veces? En verdad os digo que setenta veces siete veces.»

—¡Le digo que usted no le conoce, James!

—¿Quién entonces puede pensar: «Conozco a mi hermano»? Jesucristo ha dicho: «No juzgues a nadie.» Y yo, Gregory, digo: Aquel que vive una vida de pecado sin sentirse turbado ni desgraciado en su corazón, es porque todavía está lejos de la hora de la verdad; pero está muy cerca de la hora de la verdad aquel que llora porque su vida está en el pecado; repito que está arrepentido y que tenía la cara del Justo.

—Usted no lo sabe todo, James. Pregúntele lo que ha hecho cuando esa mujer ha tenido que huir a Bélgica para escapar de los acreedores que la acosaban. Se ha marchado con otro; él la ha abandonado para seguirla y ha sido consentidor de toda clase de complacencias. ¡Durante dos meses ha estado de portero en el mismo teatro en que ella cantaba! Le digo que es una vergüenza. Ella seguía viviendo con su violinista y él lo aceptaba todo: cenaba en casa de la pareja y venía a hacer música

con el amante de su querida. ¡La cara del Justo! Usted no le comprende. Hoy está en París, arrepentido; dice que ha dejado a esa mujer y que no quiere volver a verla. ¿Entonces por qué paga sus deudas, si no es para atraérsela de nuevo? ¿Por qué, uno a uno, está contentando a todos los acreedores de Noemí? ¡Sí; por eso está en París! ¿Y con qué dinero? Con el mío, con el de sus hijos. ¿Sabe usted lo que ha hecho hace apenas tres semanas? ¡Ha hipotecado nuestra finca de Maisons-Laffitte para entregar veinticinco mil francos a un acreedor de Noemí que perdía la paciencia!

Bajó la cabeza; no lo decía todo. Recordaba aquella cita en casa del notario a la que había acudido sin desconfiar, encontrándose a Jérôme que la esperaba en la puerta. Necesitaba su autorización para la hipoteca, puesto que la finca le pertenecía a ella por herencia. Había suplicado, pretextando que se encontraba sin un céntimo, abocado al suicidio; y allí mismo, en la acera, hacía ademán de volverse los bolsillos del revés. Había cedido casi sin resistencia; le había acompañado en su visita al notario para que cesara de acosarla de aquella manera, en plena calle, y también porque ella misma se encontraba escasa de dinero y la había prometido que de la cantidad total apartaría algunos billetes de mil francos, que ella necesitaba para vivir durante seis meses, en espera del ajuste de cuentas posterior al divorcio.

—Le repito que usted no le conoce, James. ¿Le ha jurado que todo ha cambiado y que quiere vivir con nosotros? ¡Si le dijera que anteayer, cuando vino a dejar en la portería el regalo para Jenny, tenía parado, a menos de cien metros de nuestra puerta, un coche... en el que no había venido solo! —Se estremeció; de repente volvió a ver en el banco del muelle de las Tullerías a Jérôme, acompañado de aquella obrerilla vestida de negro, que lloraba. Se incorporó—: Así es ese hombre —exclamó—; carece en una forma tan absoluta de todo sentido moral, que se hace acompañar por una querida de ocasión para ir a felicitar a su hija. ¡Y todavía dice usted que le quiero...! ¡No, no es verdad! —Estaba erguida, y en aquel momento parecía realmente odiarle.

Gregory la miró con severidad.

—No está usted en lo cierto —dijo—. Incluso en pensamiento, ¿hemos de devolver mal por mal? El Espíritu lo es todo. Lo Material es esclavo de lo Espiritual. Jesucristo ha dicho... —Los ladridos de *Puce* le cortaron la palabra—. ¡Aquí está su condenado doctor barbudo! —gruñó, haciendo una mueca. Se apoderó nuevamente de la silla y se sentó.

Efectivamente; la puerta se abrió. Era Antoine seguido de Jacques y Daniel.

Entraba con paso firme, habiendo aceptado las consecuencias de aquella visita. La luz de las ventanas abiertas daba de lleno en su rostro; el pelo y la barba formaban una masa oscura; toda la claridad del día se concentraba sobre el rectángulo blanco de la frente, a la cual prestaba el resplandor del genio, y aunque fuera de estatura corriente, en aquel momento parecía alto. La señora de Fontanin le veía acercarse, sintiendo despertarse todas sus simpatías. Mientras que se inclinaba ante ella, que le estrechó las manos, reconoció a Gregory y se sintió desagradablemente sorprendido

de encontrarle allí. El pastor le saludó con una inclinación de cabeza, sin moverse de su sitio.

Jacques, un poco retirado, contemplaba con curiosidad a aquel raro personaje, y Gregory, a horcajadas en su silla, con la barbilla apoyada en los brazos cruzados, la nariz encarnada y la boca contraída en una sonrisa incomprensible, miraba a los muchachos con simpatía. En aquel momento la señora de Fontanin se acercó a Jacques, y la expresión de sus ojos era tan afectuosa que le recordó la tarde en que le tuviera llorando sobre su seno. Ella pensaba en lo mismo, puesto que exclamó:

—Ha crecido tanto que ya no me atrevo... —Y como al decir esto le besó, se echó a reír con un asomo de coquetería—: bien, es cierto que soy madre y que tú eres un poco como el hermano de mi Daniel... —Vio a Gregory que se había levantado y se disponía a marcharse—: ¿Se va usted ya, James?

—Perdóneme —repuso éste—, pero ya no tengo más remedio. —Estrechó con fuerza las manos de los dos hermanos y se acercó a la señora de Fontanin.

—Una palabra todavía —le dijo ésta, acompañándole fuera de la habitación—. Contésteme sinceramente. ¿Cree usted todavía, después de lo que le he dicho, que Jérôme sigue siendo digno de recobrar su lugar entre nosotros? —Le interrogaba con la mirada—. Piense bien su contestación, James. Si usted me dice que perdone, perdonaré.

El pastor permaneció silencioso; su mirada, todo su rostro, expresaban esa compasión universal característica de aquellos que creen estar en posesión de la Verdad. Creyó ver como un destello de esperanza en los ojos de la señora de Fontanin. No era esta clase de perdón el que Jesucristo deseaba de ella. Volvió la cabeza y dejó oír una risita de reproche.

Entonces ella le cogió del brazo y fingió despedirle afectuosamente:

—Muchas gracias, James. Dígale que no.

El pastor no la escuchaba; rezaba por ella.

—Que Jesucristo reine en su corazón —murmuró alejándose sin mirarla.

Cuando volvió al salón, en el que Antoine, mirando a su alrededor pensaba en su primera visita, la señora de Fontanin tuvo que hacer un esfuerzo para contener su agitación.

—Ha sido usted muy amable tomándose la molestia de acompañar a su hermano —exclamó, forzando un poco el saludo—. Siéntese ahí. —Indicaba a Antoine una silla próxima a la suya—. Hoy haremos bien en no contar mucho con la compañía de los niños...

Efectivamente, Daniel había cogido del brazo a Jacques y lo llevaba a su habitación. Ahora tenían la misma estatura. Daniel no esperaba encontrar a su amigo tan transformado; su amistad se había afirmado y sentía más propensión a las confidencias. Cuando estuvieron solos, su fisonomía se animó y tomó una expresión misteriosa:

—Lo primero que tengo que hacer es avisarte: vas a verla; es una prima que vive con nosotros. ¡Es... divina! —¿Sorprendió tal vez un ligero embarazo en la actitud de Jacques? ¿Se sintió turbado por un escrúpulo tardío?—. Pero hablemos de ti —dijo con una sonrisa amable; hasta en la camaradería conservaba una cortesía un poco ceremoniosa—. Desde hace un año, ¡fíjate! —Como Jacques permaneciera callado agregó, inclinándose—: Todavía no hay nada, pero no pierdo las esperanzas.

Jacques se sintió molesto por la insistencia de aquella mirada, por el tono de la voz. Por fin se dio cuenta de que Daniel no era exactamente igual que antes, aunque no habría sabido decir en qué estribaba la diferencia; sus facciones seguían siendo las mismas, tal vez se había alargado algo el óvalo del rostro, pero la boca seguía teniendo la misma circunflexión complicada, más acusada todavía por la sombra del bozo, y había conservado la misma forma de sonreír de medio lado, que alteraba bruscamente la regularidad de sus facciones y dejaba al descubierto los dientes de arriba del lado izquierdo; tal vez sus ojos tenían un brillo menos puro; tal vez sus cejas obedecían más a esa tensión hacia las sienes que daba a su mirada una dulzura huidiza, y tal vez también dejaba asomar en su voz y en sus modales una especie de desenvoltura que no se habría permitido de pequeño.

Jacques observaba a Daniel sin pensar en contestarle, y puede que, a causa de aquella indolencia impertinente, que le molestaba y seducía al mismo tiempo, se sintió de repente atraído hacia su amigo por un recrudescimiento de aquella ternura apasionada que experimentara en el liceo; los ojos se le llenaron de lágrimas.

—¿Y bien, qué ha sucedido en este año? ¡Cuéntame! —exclamó Daniel, que no se encontraba a gusto y que se sentó para forzar su atención.

Su actitud demostraba un afecto sincero; sin embargo, Jacques percibió en ella una atención que le dejó en suspenso. No obstante, comenzó a hablar de su estancia en el reformatorio. Sin proponérselo caía en los mismos clichés literarios que había ensayado con Lisbeth; una especie de pudor le impedía contar lisa y llanamente lo que había sido allí su rutina diaria.

—¿Y por qué me escribías tan poco?

Jacques eludió la razón verdadera, que era mantener a su padre al abrigo de toda crítica malévola; lo cual no le impedía por otra parte desaprobar personalmente y en todo al señor Thibault.

—La soledad, sabes que hace cambiar —explicó después de una pausa, y nada más que de pensar en ello su rostro cobró una expresión de estupor—. Se hace uno indiferente a todo. Hay también como una especie de temor indeterminado que no te abandona nunca. Se mueve uno, pero sin pensar en nada. A la larga casi ya no se sabe quién es uno y ni siquiera se está seguro de que se existe. Terminaría uno por morir... o por volverse loco —añadió, con una mirada pensativa. Se estremeció imperceptiblemente, y, cambiando de tono, contó la visita de Antoine a Crouy.

Daniel le escuchaba sin interrumpirle. Pero cuando vio que la confesión de Jacques se acababa, su fisonomía cobró nueva animación.

—Ni siquiera te he dicho su nombre —lanzó súbitamente—: Nicole; ¿te gusta?

—Mucho —dijo Jacques, a quien por primera vez se le ocurría pensar en el nombre de Lisbeth.

—Es un nombre que le va bien; a mí al menos me lo parece. Ya verás. Lo que se dice guapa, tal vez no lo sea. Pero tiene algo más que belleza: ¡lozanía, vitalidad, y unos ojos...! —Vaciló—: apetecible; ¿comprendes?

Jacques evitó su mirada. También a él le hubiera gustado hablar de su amor, abriendo su corazón; para eso había venido. Pero desde las primeras confidencias de Daniel se había sentido incómodo; incluso ahora escuchaba con los ojos bajos, con una sensación de contrariedad, casi de vergüenza.

—Esta mañana —contaba Daniel, reprimiendo a duras penas su nerviosismo— mamá y Jenny habían salido muy temprano y estábamos solos para desayunar, Nicole y yo. Solos en toda la casa. Nicole no se había vestido todavía. Estaba exquisita. La he seguido a la habitación de Jenny, que es donde duerme. Y entonces, esa habitación, esa cama de jovencita... La he cogido entre mis brazos. Un instante nada más. Se defendía, pero riéndose. ¡Qué agilidad tiene! Luego se ha escapado, encerrándose en la alcoba de mamá y no me ha querido abrir... No sé por qué te cuento esto; es una tontería —prosiguió, levantándose. Quiso sonreír, pero sus labios permanecían crispados.

—¿Quieres casarte con ella? —preguntó Jacques.

—¿Yo?

Jacques experimentó una sensación penosa, como si hubiera recibido una ofensa. A cada minuto que pasaba su amigo le iba resultando más extraño. Una mirada curiosa, un tanto irónica de Daniel, terminó de enfriarle.

—¿Y tú? —preguntó Daniel acercándose—. Por lo que decías en tu carta, también tú...

Jacques, con la mirada baja, hizo un gesto negativo. Parecía decir: «No; se ha terminado; de mí no sabrás nada.» Por otra parte, sin esperar siquiera a su contestación, Daniel acababa de levantarse. Hasta ellos llegaba un rumor de voces jóvenes.

—Ya me contarás... ¡Mira, aquí están! —Lanzó una ojeada al espejo, irguió la cabeza y se lanzó al pasillo.

—Niños —llamaba la señora de Fontanin—, si queréis merendar...

El té estaba servido en el comedor.

Palpitándole el corazón, Jacques distinguió desde la puerta a dos jovencitas que se hallaban junto a la mesa. Todavía tenían puesto el sombrero y los guantes, el rostro avivado por el paseo. Jenny se acercó a Daniel y se colgó de su brazo. Este no pareció darse cuenta, y empujando a Jacques hacia Nicole, hizo las presentaciones con alegre desenvoltura. Jacques sintió fijarse en él la curiosidad de Nicole y la mirada investigadora de Jenny; volvió los ojos hacia la señora de Fontanin, que, de pie junto

a Antoine en la puerta del salón, terminaba una frase:

—... inculcar en los niños —decía sonriendo melancólicamente—, porque no hay nada más precioso que la vida, y ésta es increíblemente corta.

Hacía mucho tiempo que Jacques no se encontraba rodeado de personas extrañas, y este espectáculo le subyugó hasta el extremo de hacerle perder la timidez. Jenny le pareció pequeña y más bien fea. En tanto que Nicole tenía elegancia natural y atractivo. En aquel momento hablaba con Daniel, entre risas. Jacques no distinguía sus palabras. La muchacha levantaba las cejas continuamente en señal de asombro y de alegría. Sus ojos, de un gris azulado, poco profundos, demasiado separados y tal vez demasiado grandes, pero luminosos y alegres, ponían una perpetua renovación de vida en su rostro carnosos, blanco y rubio, que sostenía una espesa trenza, dispuesta en forma de corona alrededor de la cabeza. Tenía una forma de mantenerse, un poco inclinada hacia adelante, que daba la sensación de adelantarse hacia un amigo, de ofrecer a cualquiera la viveza animal de su sonrisa. Mientras la observaba, Jacques volvía, a pesar suyo, a la expresión de Daniel que tanto le había desagradado: apetecible... Se sintió observada, e inmediatamente perdió su naturalidad, exagerándola.

Jacques no se preocupaba en absoluto de disimular el interés que le inspiraban las personas; tenía la ingenuidad del niño que mira con la boca abierta: su rostro permanecía fijo y su mirada inmóvil. Antaño, antes de su regreso de Crouy, Jacques no era así; se codeaba con las personas con tanta indiferencia que nunca conocía a nadie. Ahora, dondequiera que estuviera, en una tienda, en la calle, su mirada atrapaba a los transeúntes. Por otra parte no analizaba lo que descubría en ellos, sino que su imaginación trabajaba por su cuenta; le era suficiente haber sorprendido un detalle cualquiera en su fisonomía o en su actitud, para que aquellos desconocidos con los que se cruzaba al azar se convirtieran, en su imaginación, en personajes concretos, a los cuales atribuía características individuales.

La señora de Fontanin le sacó de su ensimismamiento poniéndole una mano en el brazo.

—Ven a merendar a mi lado —le dijo—. Ahora me vas a hacer la visita a mí. — Le dio una taza y un plato—. Estoy tan contenta de verte aquí. Jenny, pequeña, sírvenos pastel. Tu hermano acaba de contarme la vida que lleváis los dos en vuestro pisito. ¡Estoy tan contenta! ¡Dos hermanos que se entienden como verdaderos amigos es una cosa verdaderamente encantadora! También Daniel y Jenny se llevan perfectamente, y eso representa para mí una gran alegría. Y esto te hace sonreír, hijo mío —dijo a Daniel, que se acercaba con Antoine—. Siempre tiene que burlarse de su anciana madre. Ahora, en castigo, vas a darme un beso. Delante de todo el mundo.

Daniel reía, tal vez un poco molesto, pero se inclinó y rozó con sus labios la frente de su madre. Sus menores gestos eran encantadores.

Jenny, desde el otro lado de la mesa, contemplaba la escena; esbozó una sonrisa delicada que encantó a Antoine. No pudo contenerse y volvió de nuevo a cogerse del

brazo de Daniel.

—Otra —pensó Antoine— que da más de lo que recibe. —Desde su primera visita le había intrigado aquella mirada de mujer en este rostro infantil. Observó el flexible movimiento de hombros que hacía de vez en cuando sin darse cuenta, para librar de la opresión del ajustador su pecho incipiente, que luego descendía suavemente hasta colocarse de nuevo en su sitio. No se parecía en nada a su madre, ni tampoco a Daniel. Y el caso era que no causaba extrañeza: parecía nacida para una vida distinta de la de los demás.

La señora de Fontanin tomaba su té a sorbitos, manteniendo la taza muy cerca de su rostro sonriente y, a través del vaho, hacia señas amistosas a Jacques. Su mirada, a fuerza de claridad y de ternura, daba la impresión de luz, de calor, y su pelo blanco coronaba como una rara diadema su frente joven y amplia. Los ojos de Jacques iban de la madre al hijo. En aquel momento amaba a ambos con tanta fuerza que deseaba ardientemente que su sentimiento no pasara desapercibido; más que nadie experimentaba la necesidad de no ser menospreciado. Su curiosidad por las personas llegaba hasta eso: hasta mendigar una plaza en sus pensamientos más íntimos, hasta el deseo de fundir su vida con la de los demás.

Delante de la ventana surgió una discusión entre Nicole y Jenny, en la cual intervino también Daniel. Los tres se inclinaron sobre el aparato fotográfico con objeto de comprobar si quedaba o no alguna foto por hacer.

—¡Aunque sólo sea por complacerme! —exclamó Daniel repentinamente, con aquel tono cálido que antes no tenía, fijando en Nicole una mirada acariciadora e imperiosa—. Sí; tal y como estás: con el sombrero puesto, y mi amigo Thibault a tu lado.

—Jacques —llamó, y más bajo agregó—: por favor, quiero tener una foto de vosotros dos juntos.

Jacques se les unió. Daniel les llevó a la fuerza al salón, donde, según decía, era mejor la luz.

La señora de Fontanin y Antoine permanecieron en el comedor.

—Espero que estimará usted en lo que vale esta visita —terminaba Antoine, con aquella rudeza que parecía dar a sus palabras acento de sinceridad—. Si mi padre supiera que Jacques está aquí y que he sido yo quien le ha traído, creo que sustraería a mi hermano de mi influencia y habría que empezar otra vez desde el principio.

—Pobre hombre —murmuró la señora de Fontanin en un tono que obligó a Antoine a sonreír.

—¿Le compadece?

—Por no haber sabido merecer la confianza de un hijo como usted.

—No es culpa suya, ni tampoco mía. Mi padre es lo que llaman un hombre eminente y respetable. Yo le respeto; pero ¿qué quiere usted que le diga? Nunca ni acerca de nada pensamos no ya siquiera lo mismo, sino ni de manera análoga. Nunca, cualquiera que sea el tema, hemos podido considerar las cosas desde el mismo punto

de vista.

—Todos no han recibido aún la luz.

—Si piensa usted en la religión —dijo Antoine con viveza—, ¡mi padre es excesivamente religioso!

La señora de Fontanin movió la cabeza de un lado a otro:

—El apóstol San Pablo decía ya que los justos ante Dios no son los que escuchan la Ley, sino los que la ponen en práctica.

Sentía hacia el señor Thibault, al que creía compadecer con todo su corazón, una antipatía instintiva y profunda. La prohibición de que era objeto su hijo, su casa y ella misma, le parecía odiosamente injusta y motivada por las razones más viles. Recordando con repugnancia el aspecto de aquel hombre corpulento, no le perdonaba que sospechara de lo que ella tenía en más alta estima: su elevación moral, su protestantismo. Y ello hacía que estuviera aún más agradecida a Antoine por haber desestimado el juicio paterno.

—¿Y usted —preguntó con una aprensión repentina—, sigue usted siendo católico practicante?

Antoine hizo señas de que no, y la señora de Fontanin se sintió tan dichosa que su rostro se iluminó.

—La verdad es que lo he dejado demasiado tarde —explicó. Le parecía que la presencia de la señora de Fontanin le hacía más lúcido, más locuaz indudablemente. Esto se debía a que ella tenía una forma especial de escuchar que alentaba a sus interlocutores y les animaba a alzarse, a causa de ello, por encima de su nivel habitual—. Yo seguía la rutina sin verdadera piedad. Dios era para mí una especie de vigilante al cual nada podía escapársele y al cual era prudente complacer con ayuda de determinados gestos y determinada disciplina; yo obedecía, pero apenas si encontraba otra cosa que molestias. Era buen alumno en todo; también en religión. ¿Cómo he perdido la fe? No lo sé. Cuando me he dado cuenta, y no hace más de cuatro o cinco años, ya había alcanzado por otra parte un grado de cultura científica que dejaba poco lugar a creencias religiosas. Soy positivista —dijo, con cierto sentimiento de orgullo; a decir verdad, expresaba ideas que iba improvisando, no teniendo apenas ocasión ni deseo de analizarse con tanta complacencia—. No digo que la ciencia lo explique, pero lo comprueba, y para mí ya es bastante. Los «cómo» me interesan lo bastante para que renuncie sin pena a la vana búsqueda de los «por qué». Por otra parte —añadió rápidamente y bajando la voz—, entre estos dos órdenes de explicaciones, ¿no puede suceder que sólo haya una diferencia de gradación? —Sonrió como para disculparse—: Por lo que respecta a la moral —prosiguió—, la verdad es que apenas me preocupa. ¿La escandalizo? Mire usted: a mí me gusta mi trabajo, amo la vida, soy enérgico, activo, y creo haber experimentado que esta actividad es por sí misma una regla de conducta. De cualquier forma, hasta ahora, jamás he vacilado acerca de cuál era mi obligación.

La señora de Fontanin no contestó.

No reprochaba a Antoine que se manifestara tan diferente a ella, pero en su fuero interno daba fervientemente las gracias a Dios por estar tan constantemente presente en su corazón. De esta asistencia extraía una confianza exuberante y alegre que verdaderamente irradiaba de ella; hasta el extremo de que, maltratada sin cesar por los acontecimientos y más desgraciada indudablemente que la mayor parte de los que se acercaban a ella, tenía sin embargo el privilegio de ser para ellos una fuente de valor, de equilibrio y de dicha. En aquel mismo momento Antoine hacía la prueba. Nunca, en el ambiente de su padre, había encontrado a nadie que le inspirase esta cálida veneración y a cuyo alrededor la atmósfera fuera tan excitante a fuerza de pureza. Sintió deseos de acercarse aún más a ella, aunque fuera en detrimento de la verdad.

—Siempre me he sentido atraído por el protestantismo —afirmó, aunque nunca se le había ocurrido pensar en los protestantes antes de conocer a los Fontanin—. La Reforma es la revolución en el terreno religioso. En esa religión hay principios de emancipación...

Le escuchaba con una simpatía creciente. Le parecía joven, ardiente, caballeresco. Admiraba su fisonomía viva, la arruga atenta de su frente, y como levantara la cabeza, sintió una alegría infantil al descubrir en sus facciones una particularidad que añadir al carácter reflexivo de su mirada: el párpado superior era en él tan estrecho que casi desaparecía bajo las cejas cuando tenía los ojos muy abiertos, hasta el extremo de que las pestañas se doblaban casi sobre las cejas y se confundían con ellas.

«Un hombre que posee una frente semejante —pensaba— es incapaz de cometer una bajeza... —Entonces se le ocurrió la idea de que Antoine personificaba al hombre digno de ser amado. Todavía estaba demasiado afectada por su resentimiento contra su marido—. Unir la vida a un ser de este temple...» Era la primera vez que comparaba a Jérôme con alguien; la primera vez sobre todo que un pesar concreto la rozaba, y esta sospecha de que otro hombre hubiera podido hacerla feliz. Fue un momento fugaz, apasionado, furtivo, que la turbó repentinamente hasta lo más profundo de su ser; pero del cual se avergonzó inmediatamente o que por lo menos dominó acto seguido, mientras que se desvanecía más lentamente la amargura que el arrepentimiento y tal vez el pesar, dejaban a su paso.

La entrada de Jenny y de Jacques acabó de libertar a su imaginación. Desde lejos, con un gesto acogedor, les hizo señas de que se acercasen, temiendo que pudieran creerse inoportunos. Ahora bien, a la primera ojeada intuyó que algo había ocurrido entre ellos.

En efecto.

Tan pronto como había tomado la fotografía de Nicole y Jacques, Daniel había ofrecido comprobar acto seguido si había salido bien. Por la mañana había prometido a Jenny y a su prima que les enseñaría a revelar, y éstas habían preparado ya lo

necesario en un cuarto ropero desocupado, situado en el extremo del pasillo y que Daniel utilizaba como cámara oscura. Este cubículo era tan estrecho que a duras penas si cabían más de dos personas. Daniel se las había arreglado de forma que Nicole entrara en él la primera; entonces, abalanzándose hacia Jenny y apoyando una mano febril en su hombro, le había dicho al oído:

—Acompaña a Thibault.

La pequeña le había mirado con reproche, pero había consentido; tanta fuerza tenía sobre ella el prestigio de su hermano y tan irresistible le era esta manera de exigir con la voz, con la dureza de la mirada, con la impaciencia de toda su actitud, que se sometió a sus deseos sin pérdida de tiempo.

Durante esta corta espera, Jacques había permanecido detrás, delante de una vitrina del salón. Jenny se reunió con él, creyó cerciorarse de que no había sorprendido nada de la maniobra de Daniel y, con una sonrisa, le dijo:

—¿Y tú, tú no te dedicas a la fotografía?

—No.

En el imperceptible desagrado de la contestación la muchacha comprendió que no hubiera debido hacer aquella pregunta; recordó que Jacques acababa de estar encerrado una larga temporada en una especie de calabozo. Por asociación de ideas y por decir algo, prosiguió:

—¿Hace mucho tiempo que no ves a Daniel, verdad?

El muchacho bajó los ojos.

—Sí. Mucho tiempo. Desde... hace más de un año.

Una sombra pasó por el rostro de Jenny. Su segunda tentativa apenas si había sido más afortunada que la primera: parecía haber querido recordar a Jacques la huida a Marsella. Peor para él. Siempre le había guardado rencor por aquel drama; a sus ojos, era el único culpable. Hacía mucho tiempo que sin conocerle, le detestaba. Al verle aquella tarde al principio de la merienda no había podido evitar el recuerdo del mal que les había causado; y desde el primer momento le había desagradado sin reservas. Empezaba por parecerle feo, incluso vulgar, a causa de su cabezota de facciones deformes, de su mandíbula, de sus labios agrietados, de sus orejas, de su pelo rojizo que caía en mechones sobre la frente. La verdad era que no perdonaba a Daniel por su afecto hacia semejante individuo, y en sus celos casi estaba contenta.

Se había puesto a la perrita sobre las rodillas y la acariciaba distraídamente. Jacques miraba hacia el suelo, pensando también en su fuga y luego en la noche en que franqueara por primera vez el umbral de esta casa.

—¿Te parece que ha cambiado mucho? —preguntó Jenny para romper el silencio.

—No —repuso Jacques; pero cambiando de opinión repentinamente prosiguió—: Y sin embargo sí; del todo.

La muchacha observó aquel escrúpulo y le agradeció su sinceridad; durante un segundo hasta le pareció menos antipático. ¿Percibió Jacques aquel sentimiento fugaz? Dejó de pensar en Daniel. Miraba a Jenny, haciéndose preguntas acerca de

ella. No hubiera podido expresar lo que le sugería su naturaleza; sin embargo, bajo este rostro expresivo y mudo a la vez, en el fondo de aquellas pupilas inquietas pero que no traicionaban su secreto, había adivinado la inestabilidad nerviosa y el continuo sobresalto de su sensibilidad. Se le ocurrió que sería agradable conocerla mejor, penetrar en este corazón cerrado, tal vez incluso hacerse amigo de esta chiquilla. ¿Amarla? Durante un minuto pensó en ello: fue un minuto de felicidad. Había olvidado por completo todas sus miserias pasadas y no le parecía posible volver a ser desgraciado. Sus miradas iban y venían de un lado a otro de la habitación, rozando a Jenny con una mezcla de interés y timidez, que le impedía observar hasta qué punto la actitud de la muchacha era reservada, defensiva. De repente, por un giro fatal de sus pensamientos se le apareció Lisbeth: una cosa insignificante, familiar, doméstica, casi nada. ¿Casarse con Lisbeth? La puerilidad de esta hipótesis se le aparecía por primera vez. ¿Y entonces? Un vacío repentino se hacía en su vida, un vacío espantoso que había que llenar a toda costa y que, naturalmente, Jenny podría ocupar, pero...

—¿... en algún colegio?

Se estremeció. Le estaba hablando.

—¿Decías?

—¿Estás en algún colegio?

—Todavía no —dijo, completamente avergonzado—. Estoy demasiado retrasado. Me dan clase algunos profesores, amigos de mi hermano. —Luego, sin mala intención preguntó:

—¿Y tú?

La joven se sintió ofendida porque se permitiera interrogarla y más todavía por su mirada amistosa. En tono seco contestó:

—No, no voy a ningún colegio; estudio con una profesora.

Jacques dio un paso en falso:

—Al fin y al cabo, para una chica, eso no tiene mucha importancia.

Jenny se engalló:

—Pues no piensan así ni mamá ni Daniel.

Le miraba con unos ojos francamente hostiles. El muchacho se dio cuenta de su torpeza, y, para borrar su mal efecto, quiso decir algo amable:

—Una chica siempre sabe lo bastante para lo que necesita...

Comprendió que había vuelto a equivocarse; no era dueño ni de sus pensamientos ni de sus palabras; tuvo la impresión de que el reformatorio había hecho de él un imbécil. Se sonrojó, y luego, de repente, esta oleada de calor que le subía al rostro le aturdió hasta el punto de que no vio más salida que enfadarse. Para vengarse, buscó sin encontrarla una salida airosa y, perdiendo por completo la cabeza, dijo con aquel acento de sarcasmo vulgar que su padre adoptaba tan a menudo:

—Lo más importante no se aprende en los colegios: ¡tener buen carácter!

Jenny se dominó hasta el extremo de ni siquiera encogerse de hombros. Ahora bien, como *Puce* acababa de bostezar ruidosamente, con una voz que temblaba de

rabia dijo:

—¡Grosera! ¡Mal educada! —Luego, con una insistencia triunfante repitió de nuevo—. ¡Mal educada! —Después puso a la perrita en el suelo, se levantó y fue a asomarse al balcón. Transcurrieron cinco largos minutos en un silencio intolerable. Jacques no se había movido de su silla; se ahogaba. En el comedor se oían sucesivamente las voces de la señora de Fontanin y de Antoine. Jenny le volvía la espalda; tarareaba uno de sus ejercicios de piano y su pie marcaba el compás con impertinencia. ¡Se lo contaría todo a su hermano para que dejara de tratarse con este grosero! Le odiaba. Le miró a hurtadillas: seguía encendido y digno. Su aplomo la rebeló. Buscó algo que pudiera ofenderle todavía más:

—¡Vamos, *Puce!* Ya me voy.

Y, apartándose del balcón, pasó por delante de Jacques, como si éste no existiera y se dirigió pausadamente hacia el comedor.

El muchacho temió sobre todo que, quedándose allí, luego no iba a saber cómo marcharse. Por consiguiente la siguió, pero sin acompañarla.

La amabilidad de la señora de Fontanin cambió su resentimiento en melancolía.

—¿Os ha dejado solos tu hermano? —dijo a su hija.

Jenny, con la mirada huidiza, declaró:

—Le he pedido a Daniel que me revelara los negativos en seguida. No creo que tarde mucho.

Evitaba la mirada de Jacques, sospechando que éste no había sido engañado: complicidad involuntaria que aumentó su enemistad. La juzgó mentirosa, y censuró su complacencia en ocultar la conducta de su hermano. La muchacha adivinaba su opinión y se sintió herida en su orgullo.

La señora de Fontanin les sonreía y les hacía señas de que se sentaran.

—Mi enfermita ha crecido mucho —observó Antoine.

Jacques no decía nada y miraba al suelo. Se hundía en la desesperación. Nunca volvería a ser como antes. Se sentía enfermo, enfermo hasta lo más hondo de su alma, débil y brutal al mismo tiempo, entregado a sus impulsos, juguete de un destino implacable.

—¿Te gusta la música? —le preguntó la señora de Fontanin.

Pareció no comprender lo que le decía. Sus ojos se llenaron de lágrimas; se agachó rápidamente y fingió atarse los cordones del zapato. Oyó que Antoine contestaba por él. Le zumbaban los oídos. Deseaba morir. ¿Le estaría mirando Jenny?

Hacía ya más de un cuarto de hora que Daniel y Nicole habían entrado en la cámara oscura.

Daniel se había apresurado a correr el pestillo y a sacar las películas fuera del aparato:

—No toques la puerta —dijo—; el menor rayo de luz velaría todo el carrete.

Cegada al principio por la oscuridad, Nicole distinguió muy pronto, muy cerca de ella, unas sombras incandescentes que se movían en el halo rojo de la linterna; poco a poco distinguió dos manos de fantasma, largas y finas, cortadas por las muñecas, y que balanceaban una cubeta. No veía de Daniel sino estos dos trozos animados; pero era tan estrecho el recinto que sentía todos sus movimientos como si la rozara. Ambos retenían el aliento, pensando uno y otro, con una obsesión fatal, en el beso de aquella mañana en la alcoba.

—¿Se ve algo? —murmuró la joven.

Daniel no quiso contestar en seguida: saboreaba la deliciosa angustia de que estaba hecho este silencio y, sin necesidad de fingir, gracias a las tinieblas, se había vuelto hacia Nicole y ensanchaba las narices para respirar el aroma que la envolvía.

—No; todavía no —articuló por fin.

Se produjo un nuevo silencio. Luego la cubeta, que Nicole no perdía de vista, se quedó inmóvil: las dos manos flameantes habían desertado de la luz de la lámpara. El tiempo se hacía interminable. Bruscamente se sintió cogida en un fuerte abrazo. No se sorprendió y casi prefirió haberse librado de la incertidumbre; pero echó el busto hacia atrás, a derecha e izquierda, para huir de la boca de Daniel que esperaba y temía al mismo tiempo. Por fin sus rostros se encontraron. La frente ardiente de Daniel tropezó con algo elástico y frió: la trenza que Nicole llevaba enrollada sobre la cabeza; no pudo reprimir un estremecimiento, un ligero movimiento de retroceso; la muchacha lo aprovechó para hurtarle los labios el tiempo preciso para llamar:

—¡Jenny!

Ahogó el grito con su mano, y de pie, apoyado con todo su cuerpo sobre el de Nicole, a la que aplastaba contra la puerta, balbuceó entre dientes, como si delirara:

—Cállate, deja... Nicole..., cariño mío..., escúchame...

Se defendía menos, y Daniel creyó que cedía. La joven había deslizado el brazo por detrás de su cuerpo y buscaba a tientas el pestillo: la puerta cedió bruscamente y una oleada de luz violó la oscuridad. El muchacho la soltó y cerró la puerta. ¡Pero había tenido tiempo de distinguir su rostro! ¡Desconocido! Una máscara china, lívida, con unas manchas rosáceas junto a los ojos que los alargaban hacia las sienes; unas pupilas hundidas, sin expresión; su boca hacía un momento tan delgada y ahora inflamada, deforme, entreabierta...: ¡Jérôme! Apenas si tenía algún parecido con su padre, y, sin embargo, en aquel chorro implacable de luz había visto a Jérôme.

—Te felicito —dijo Daniel por fin, con voz silbante—. Se ha estropeado todo el carrete.

Nicole contestó tranquilamente:

—Quiero quedarme; tengo que hablarte; pero abre el cerrojo.

—No; va a venir Jenny.

Nicole vaciló un momento y luego repuso:

—Entonces, júrame que no volverás a tocarme.

Daniel sintió impulsos de saltar sobre ella, de golpearla con el puño, de desgarrar

sus ropas; al mismo tiempo se sintió vencido.

—Lo juro —dijo.

—Entonces escúchame, Daniel. Te he dejado ir demasiado lejos. Esta mañana he obrado mal, pero ahora te digo que no. No ha sido para llegar a esto para lo que me he escapado. —Estas últimas palabras las había pronunciado rápidamente y para sí misma. Hablando a Daniel prosiguió—: Te voy a confiar un secreto: me he escapado de casa de mamá. Contra ella no tengo nada que decir; sólo es muy desgraciada... e impulsiva. No puedo decirte más. —Hizo una pausa. La imagen execrada de Jérôme permanecía ante sus ojos. El hijo haría de ella lo que creía que Jérôme había hecho de su madre—. Tú no me conoces bien —prosiguió apresuradamente, porque el silencio de Daniel la asustaba—. Reconozco que ha sido culpa mía. No me he portado contigo tal y como soy. Con Jenny, sí. Pero contigo me he dejado llevar y tú has creído que..., pero en el fondo, no. Esto no. No quiero una vida... una vida que empiece así. ¿Hubiera merecido la pena venirme con la tía Thérèse para esto? ¡No! Lo que quiero...; te vas a burlar de mí, pero no me importa: lo que quiero es poder, más tarde, merecer el respeto de un hombre que me ame de verdad y para siempre...; de un hombre formal, en una palabra.

—Es que yo soy formal —aventuró Daniel con una sonrisa triste que la muchacha adivinó en el tono de su voz. Acto seguido comprendió que todo peligro había pasado.

—No lo creas —repuso casi con alegría—. No te enfades por lo que voy a decirte, Daniel: tú no me quieres.

—¿Eh?

—Claro que no. No me quieres a mí; lo que quieres es... otra cosa. Y yo tampoco, tampoco te...; mira, voy a ser sincera: creo que nunca podré querer a un hombre como tú.

—¿Como yo?

—Quiero decir, un hombre como los demás... Quiero amar, sí; pero más tarde, y entonces será a alguien que... En fin, a alguien puro, que venga a mí de otra forma... Para otra cosa... No sé cómo explicártelo. En fin, un hombre muy diferente de ti.

—¡Muchas gracias!

Su deseo había desaparecido; ya no pensaba sino en evitar el ridículo.

—Vamos —prosiguió Nicole—, hagamos las paces y no pensemos más en ello. —Entreabrió la puerta y esta vez Daniel no se opuso—. ¿Amigos? —dijo la muchacha tendiéndole la mano. Daniel no contestó. Contemplaba sus dientes, sus ojos, su tez, aquel rostro encendido que se ofrecía como una fruta madura. La joven le cogió la mano y se la estrechó.

—No estropees mi vida —murmuró con una inflexión de ternura en la voz. Enarcó las cejas y en tono de broma añadió—: Con un carrete de fotografías ya es bastante por hoy.

Daniel se esforzó en reír. Ella no le pedía tanto y experimentó cierta tristeza. Pero

a fin de cuentas estaba bastante orgullosa de su victoria y de la opinión que le merecería más tarde.

—¿Y qué? —exclamó Jenny tan pronto como reaparecieron en el comedor.

—Fracasado —dijo Daniel con sequedad.

Jacques se alegró por despecho. Nicole sonrió maliciosa:

—¡Completamente fracasado! —repitió.

Pero viendo que Jenny ocultaba la cara y que los ojos se le llenaban de lágrimas, corrió hacia ella y la abrazó.

Desde la entrada de su amigo Jacques había dejado de pensar en sí mismo. No podía apartar de él su atención. La fisonomía tenía una expresión nueva, desagradable: una contradicción entre la parte inferior del rostro y la superior, un desconcierto entre la mirada velada, preocupada, huidiza, y la sonrisa cínica que levantaba el labio y torcía sus facciones hacia la izquierda.

Sus ojos se encontraron. Daniel frunció el entrecejo ligeramente y cambió de sitio.

Esta desconfianza hirió a Jacques aún más profundamente que todo lo demás. Daniel no había dejado de decepcionarle desde su llegada; por fin lo comprendió. Ni un minuto de verdadera intimidad entre ellos: ni siquiera había podido revelarle el nombre de Lisbeth. Por un instante creyó sufrir a causa de esta desilusión; sufría, sobre todo, en realidad, pero sin acabar de darse cuenta, a causa de haberse atrevido por primera vez a someter a crítica su amor, y con ello, haberse despojado de él a sí mismo. Como todos los niños, vivía solamente en el presente, ya que el pasado se desvanecía rápidamente en el olvido y el porvenir no despertaba en él sino impaciencia. Por otra parte, el presente se obstinaba hoy en prestarle un intolerable sabor de amargura; la tarde se acababa con un desánimo sin límites.

Y cuando Antoine le hizo señas de que se preparara para marcharse, sintió un inmenso consuelo.

Daniel había captado el gesto de Antoine. Se apresuró a unirse a Jacques.

—¿No os iréis todavía?

—Pues sí.

—¿Ya? —En tono más bajo añadió—: ¡Nos hemos visto tan poco!

Todo el día había sido para él igualmente pródigo en desengaños. Además sentía remordimientos con respecto a Jacques y, lo que le molestaba aún más, en relación con su amistad.

—Perdóname —dijo de repente llevando a Jacques hacia el alféizar de la ventana, con un aire tal de humildad y de bondad que Jacques, olvidando todos sus sinsabores, se sintió animado de nuevo por un resto de su pasada ternura—. Nos han salido las cosas tan mal hoy... ¿Cuándo volveré a verte? —continuó Daniel con voz implorante—. Tenemos que vernos, los dos solos, durante mucho rato. Ya no nos conocemos bien. Al fin y al cabo no tiene nada de extraordinario, ya que hemos estado todo un

año sin vernos. Pero eso no importa.

De repente se preguntó qué iba a ser de aquella amistad que nada alimentaba desde hacía tanto tiempo sino una fidelidad mística, cuya fragilidad acababan de comprobar. ¡No había que dejarse desanimar por eso! Jacques le parecía un poco niño, pero su afecto persistía y, quién sabe, tal vez más vivo a causa de sentir reafirmada de esta forma su superioridad.

—Los domingos estamos siempre en casa —decía en aquel momento la señora de Fontanin a Antoine—. No nos marcharemos de París hasta después de la distribución de los premios. —Sus ojos se iluminaron—. Porque Daniel tiene premio —murmuró, sin disimular su orgullo—. Mire —añadió bruscamente, asegurándose de que su hijo le volvía la espalda y no podía oírlo—, venga, le voy a enseñar mis tesoros. —Se lanzó alegremente hacia su alcoba. Antoine la acompañó. En un cajón de su secreter yacían alineadas una veintena de coronas de laurel de cartón pintado. Volvió a cerrar el cajón casi inmediatamente, un poco avergonzada de haberse dejado dominar por aquel impulso infantil—. No se lo diga a Daniel —advirtió—; no sabe que las conservo.

Volvieron en silencio hacia el recibimiento.

—¿Estás ya, Jacques? —preguntó Antoine.

—Hoy no cuenta —dijo la señora de Fontanin tendiendo a Jacques sus manos; le miraba con insistencia; parecía como si lo hubiese adivinado todo—. Aquí estás entre amigos, Jacques; siempre que se te ocurra venir, serás bien recibido. Y tu hermano lo mismo, naturalmente —prosiguió, volviéndose hacia Antoine con un gesto lleno de simpatía.

Jacques buscó a Jenny con la mirada; pero ésta había desaparecido en unión de su prima. Entonces se inclinó hacia la perrita y depositó un beso en su testuz satinada.

La señora de Fontanin volvió al comedor con objeto de recoger la mesa. Daniel, que la seguía distraído, se apoyó en el quicio de la puerta y, sin romper el silencio, encendió un pitillo. Pensaba en lo que le había dicho Nicole: ¿por qué se le había ocultado que su prima se había escapado de su casa y había venido a buscar refugio en la de ellos? ¿Refugio contra qué?

La señora de Fontanin iba de un lado para otro con aquella facilidad de movimientos que le conservaban la apariencia de una mujer joven. Pensaba en su conversación con Antoine, en todo lo que había sabido acerca de él, de sus estudios y de sus proyectos para el porvenir, y acerca de su padre. «Un corazón noble —se decía—; y qué frente tan... —buscó un adjetivo— meditativa», añadió con un arrebatado gozoso. Entonces recordó el pensamiento que había tenido: ¿acaso no había pecado ella también en espíritu durante un segundo? Las palabras de Gregory le volvieron a la memoria, y de repente, sin una razón determinada, se sintió poseída de una alegría tal que soltó el plato que tenía en la mano para pasarse los dedos por la cara, para tocar aquella alegría que suponía reflejada en sus facciones. Se acercó a su hijo, que

la miraba sorprendido, le puso alegremente las manos sobre los hombros, le contempló hasta el fondo de los ojos, le abrazó sin decir nada y, bruscamente, abandonó la habitación.

Fue derecha a su escritorio y con su letra infantil, un poco temblorosa, escribió:

«Mi querido James:

»Me he mostrado demasiado orgullosa con usted. ¿Quién de nosotros tiene derecho a juzgar? Agradezco a Dios que me haya iluminado una vez más. Dígale a Jérôme que renuncio a pedir el divorcio. Dígale...»

Las palabras bailaban a través de sus lágrimas.

XII

ALGUNOS días después Antoine se despertó al amanecer, a causa de los golpes que sonaban sobre las contraventanas. El trapero no conseguía que le abrieran el portal; oía sonar el timbre en la portería y pensó en un accidente.

Efectivamente; mamá Fruhling había muerto: un último ataque la había abatido a los pies de su cama.

Jacques llegó en el momento en que depositaban a la anciana sobre su lecho. La boca entreabierta dejaba al descubierto sus dientes amarillos. Esto le recordó algo horrible. Ah, sí: el cadáver del caballo tordo, en la carretera de Tolón... Y de repente se le ocurrió la idea de que tal vez vendría Lisbeth.

Transcurrieron dos días. Lisbeth no venía; no vendría. Mejor que mejor. Jacques no precisaba sus sentimientos. Incluso, después de su visita a los Fontanin, había seguido trabajando en una poesía en la cual elogiaba a la bien amada y se dolía de su destierro. Pero en realidad no deseaba verla de nuevo.

Sin embargo, todos los días pasaba diez veces por delante de la portería y cada vez echaba a su interior una mirada ansiosa, y cada vez también se volvía tranquilo, pero insatisfecho.

La víspera del entierro, cuando volvía a casa después de haber cenado solo en el restaurante en que Antoine y él hacían sus comidas desde que el señor Thibault marchara a Maisons-Laffitte, el primer objeto que llamó su atención fue una maleta abandonada a la entrada de la portería. Se echó a temblar, y su frente se cubrió de sudor. A la luz de los cirios que rodeaban el ataúd distinguió una silueta infantil arrodillada y cubierta de velos negros. Sin dudarle ni un momento entró. Las dos monjas le miraron indiferentes, pero Lisbeth no se volvió. La noche estaba tormentosa; un perfume pesado y dulzón llenaba la habitación; unas flores se marchitaban sobre el féretro. Jacques permanecía de pie, pesaroso de haber entrado. Todo aquel aparato fúnebre le producía un malestar invencible. Ya no pensaba en Lisbeth y sólo buscaba una ocasión para escaparse. Una de las monjas se levantó para despabilar un cirio; aprovechó la oportunidad para marcharse.

¿Había adivinado Lisbeth su presencia, o le había, conocido en su forma de andar? Se unió a él antes de que hubiera alcanzado la puerta de su piso. Jacques se había vuelto al oír la venir. Permanecieron durante algunos segundos uno junto a otro, en el rincón oscuro de la escalera. La muchacha lloraba con la cara tapada por el velo, sin ver la mano que Jacques le tendía. Hubiera querido llorar también, por cubrir las apariencias; pero no sentía nada, a no ser cierta timidez.

En lo alto de la escalera sonó una puerta. Jacques temió que le sorprendieran allí y sacó las llaves. Pero el azoramiento y la oscuridad le impedían encontrar la cerradura.

—¿A lo mejor no es ésa la llave? —sugirió la muchacha. Jacques se sintió

turbado por el acento pausado de aquella voz. Por fin se abrió la puerta; Lisbeth vacilaba; se oía el paso del vecino que bajaba por la escalera.

—Antoine está de guardia —susurró Jacques para decidirla, al tiempo que se ruborizaba. La muchacha cruzó el umbral sin demostrar el menor reparo.

Cuando hubo vuelto a cerrar la puerta y encendida la luz, Jacques vio que Lisbeth se dirigía directamente a su alcoba y se sentaba en el sofá con los mismos gestos de antes. Entonces distinguió a través de la gasa sus párpados hinchados y su rostro, tal vez afeado, pero transfigurado por la tristeza. Observó que tenía un dedo vendado. No se atrevía a sentarse; no podía apartar de su imaginación las lúgubres circunstancias de este regreso.

—Qué pesado está el tiempo —dijo Lisbeth—; ¿habrá tormenta?

Se movió ligeramente en su asiento y su actitud parecía invitar a Jacques a ocupar el sitio que le hacía a su lado: su sitio. Se sentó; e inmediatamente, sin decir ni una palabra, sin quitarse el velo, limitándose a apartarlo por el lado de Jacques, la joven puso su rostro junto al del muchacho como antes hacía. El contacto de esta mejilla húmeda le resultó desagradable. El velo de gasa esparcía un olorcillo a tinte. No sabía qué hacer ni qué decir. Pretendió cogerle la mano, dejó escapar un grito:

—¿Estás herida?

—Es... un uñero —suspiró la joven.

Todo se mezclaba en aquel suspiro: su dolencia, su pena, la congoja de su ternura sin objeto. Sin darse cuenta de lo que hacía, Lisbeth desenrollaba la venda, y cuando apareció el dedo tumefacto, lívido, con la uña despegada por el absceso, Jacques sintió que se le cortaba la respiración, experimentó un segundo de vértigo, como si repentinamente hubiera desnudado una parte íntima de su cuerpo. Sin embargo, sentía a través de la ropa la tibieza de aquel cuerpo tan próximo. Ella le miró con sus ojos de porcelana, que parecían seguir pidiéndole que no le hiciera daño. Entonces, a pesar de su repugnancia, sintió deseos de besar la mano enferma para curarla.

Pero la muchacha se había levantado y se vendaba el dedo tristemente.

—Tengo que volver —dijo.

Tenía un aspecto tal de cansancio que Jacques propuso:

—¿Quieres que te haga una taza de té? ¿Te apetece?

Le miró de una forma extraña, y sonrió.

—De acuerdo. Voy a rezar una oración y ahora vuelvo.

Se apresuró a calentar el agua, preparar el té y llevarlo a su habitación. Lisbeth no había vuelto. Se sentó.

Ahora deseaba que volviera. Sentía una emoción que no trataba de explicarse. ¿Por qué no volvía? No se atrevía a llamarla, a disputársela a mamá Fruhling.

¿Pero qué esperaba para volver? El tiempo pasaba. A cada momento iba a tocar la tetera. Cuando el té estuvo frío, ya no tuvo pretexto para levantarse y permaneció inmóvil. Los ojos le dolían a fuerza de mirar la lámpara. La impaciencia le hacía sentirse febril. Los nervios se le pusieron de punta a consecuencia del resplandor de

un relámpago que atravesó las rendijas de las contraventanas. ¿Volvería acaso? Se sentía entumecido y desgraciado; desgraciado hasta sentirse morir.

Un estallido sordo. ¡Bum! ¡Ha estallado la tetera! El té cae en forma de lluvia mojando las persianas. Lisbeth está empapada; el agua corre sobre sus mejillas, sobre su velo, que se destiñe y se va poniendo pálido, pálido y transparente como un velo de desposada...

Jacques se sobresaltó: Lisbeth acababa de sentarse y le acercaba de nuevo su rostro:

—*Liebling*, ¿te habías dormido?

Era la primera vez que le tuteaba. Se había quitado el velo, y entre sueños volvía él a encontrar, por fin, a pesar de los ojos hinchados y de la boca cansada, el verdadero rostro de su Lisbeth. Dejó caer los hombros con un gesto de cansancio:

—Ahora —dijo— mi tío se casará conmigo.

Inclinó la cabeza. ¿Lloraba? Su tono había sido pesaroso, pero resignado. ¿Quién sabe si tal vez no sentía cierta curiosidad acerca de aquel nuevo futuro?

Jacques no llevaba su análisis tan lejos. Deseaba que se sintiera desgraciada: hasta tal extremo se deleitaba en este momento con la voluptuosidad de compadecerla. La cogió entre sus brazos y la apretó cada vez más fuerte como si quisiera fundirla con él. Ella buscó su boca, que le abandonó con avidez. Nunca había conocido Jacques una tal agitación de todo su ser. Indudablemente la muchacha se había desabrochado la blusa previamente, porque de repente, casi sin haberlo buscado, Jacques sintió en la palma de su mano el peso cálido del seno desnudo.

Lisbeth se volvió entonces para que la mano de Jacques pudiera moverse con mayor facilidad sobre su cuerpo, que el muchacho sentía libre bajo el vestido.

—Recemos juntos por mamá Fruhling —balbuceó la muchacha.

Jacques no sintió ningún deseo de sonreír; no estaba muy lejos de creer que rezaba: tanto fervor había en sus caricias.

De repente la muchacha se apartó con una especie de gemido; creyó que había tropezado con el dedo enfermo o bien que huía de él. Pero no había hecho sino alejarse un poco para apagar la luz y volvía hacia él. Oyó en su mismo oído: «*Liebling*». Luego sintió una boca ávida que buscaba por segunda vez la suya y unos dedos febriles que se deslizaban bajo su ropa...

Otro trueno le despertó; la lluvia resonaba sobre las losas del patio. Lisbeth...; ¿dónde estaba? Noche cerrada. Jacques se encontraba a solas sobre el sofá en desorden. Sintió deseos de levantarse, de ir a buscarla; incluso inició el gesto de incorporarse sobre un codo; pero no pudo luchar contra el sueño y cayó de nuevo sobre las almohadones.

Ya era muy de día cuando por fin abrió los ojos.

Lo primero que vio fue la tetera, que descansaba sobre la mesa; luego, su traje, que yacía en el suelo, hecho un rebujo. Entonces recordó; se levantó. Sintió un deseo

irreprimible de quitarse la ropa que le quedaba y lavarse a chapuzones sus miembros entumecidos. La frescura de la bañera le pareció un bautismo. Todavía chorreando se puso a andar por la habitación de un lado a otro, curvando los riñones, acariciando sus piernas nerviosas, su piel fresca, con un olvido total de lo que podía resultarle vergonzoso en aquella adoración complacida de su desnudez. El espejo le ofrecía su imagen esbelta y, por primera vez desde hacía mucho tiempo, contempló sin ninguna turbación los detalles de su cuerpo. Al recordar sus extravíos, se encogió de hombros, con una sonrisa indulgente. «Barbaridades de crío», pensó; este capítulo le parecía terminado definitivamente, como si unas fuerzas durante mucho tiempo desconocidas, durante mucho tiempo descarriadas, hubieran encontrado por fin su verdadero camino. Sin reflexionar ni concretar en lo sucedido aquella noche, sin pensar siquiera en Lisbeth, sentía su corazón gozoso, su alma y su carne purificadas. No era que tuviera la sensación de haber descubierto algo nuevo, sino más bien de haber recobrado su antiguo equilibrio: como un convaleciente que se alegra de haber recobrado su salud, pero que no se extraña por ello.

Siempre desnudo, se deslizó al vestíbulo y entreabrió la puerta de entrada. Creyó distinguir en la sombra de la portería, como la víspera por la noche, a Lisbeth arrodillada bajo sus velos. Unas hombres con escaleras ponían colgaduras negras en el portal. Recordó que el entierro tenía lugar a las nueve, y se vistió apresuradamente, como para una fiesta. Aquella mañana cualquier cosa le servía de alegría.

Acababa de poner en orden su habitación cuando vino a buscarle su padre, que había regresado expresamente de Maisons-Laffitte.

Asistió al entierro al lado de su padre. Una vez en la iglesia, desfiló como los demás, entre todas aquellas gentes que no sabían nada, y estrechó la mano de Lisbeth sin demasiada emoción, con cierto sentimiento de superioridad familiar.

La portería estuvo desocupada durante todo el día. Jacques esperaba de un momento a otro el regreso de Lisbeth, sin formular conscientemente el deseo que se encubría bajo esta impaciencia.

A las cuatro llamaron a la puerta y corrió a abrir: ¡el profesor de latín! Se le había olvidado que aquel día le tocaba clase.

Seguía distraído la explicación de Horacio cuando volvieron a llamar. Esta vez sí era ella. Desde la entrada, y a través de la puerta de la alcoba que permanecía abierta, vio la espalda del profesor encorvada sobre la mesa. Durante algunos segundos se interrogaron con la mirada. Jacques no sospechaba ni por lo más remoto que la muchacha venía a despedirse: se marchaba en el tren de las seis. Ella no se atrevió a decírselo, pero tembló ligeramente; sus pestañas se agitaron, levantó el dedo enfermo hasta la boca, y luego, desde muy cerca, como si el tren se la llevara ya para siempre, le lanzó un beso rápido y huyó.

El profesor prosiguió la oración interrumpida:

—*Purpurarum usus* equivale a *purpura qua utuntur*. ¿Percibe el matiz?

Jacques sonreía como si lo percibiera. Pensaba en que Lisbeth iba a volver en seguida, volvía a ver en la oscuridad del recibimiento su rostro oculto por el velo y aquel beso que parecía haberse arrancado de los labios para él, con su dedo entrapajado.

—Continúe —dijo el profesor.

1921

FIN DE
«EL REFORMATARIO»



ROGER MARTIN DU GARD, (Neuilly-sur-Seine, Francia, 23 de marzo de 1881 - Bellême, Orne, 22 de agosto de 1958). Novelista francés.

Nacido en una familia acomodada, de abogados y magistrados, su situación le permitió dedicarse a la literatura. De vocación literaria precoz, fue consciente de ella tras leer la novela de Lev Tolstoi, Guerra y Paz. Para intentar consolidar su vocación de novelista, inicia estudios de Letras, pero no consigue licenciarse. Se presenta entonces a la oposición de la École des chartes y obtuvo la plaza de archivero-paleógrafo, con una tesis sobre la abadía de Jumièges.

En 1908 publica su primera novela Devenir. Tras la publicación en 1913 de Jean Barois, en la que Martin du Gard aborda el caso Dreyfus le permite trabar amistad con André Gide y Jacques Copeau.

Participó como soldado en la Primera Guerra Mundial. Cuando ésta terminó, empieza la redacción de la que será su obra magna: la saga de Los Thibault. En ella no trata de demostrar nada. No juzga, no condena: muestra a veces de modo demasiado fragmentario la evolución de la religión contemporánea, como el hecho de la separación entre la Iglesia y el Estado Francés en 1905.

Recibe el Premio Nobel de Literatura en 1937. A partir de ese momento su obra deja de ser considerada relevante por parte de la crítica, hasta el momento en el que Albert Camus la vuelve a reivindicar.

Puede considerarse un heredero de la novela realista tradicional del siglo XIX; sin

embargo, la certeza de sus descripciones, sus detalles narrativos y la penetración psicológica que hace de sus personajes, hacen que no se le pueda calificar como un escritor falto de innovación y fuerza.

Pasará la mayor parte de la Segunda Guerra Mundial en Niza. Allí empezará a elaborar una novela que permanecerá inconclusa el Diario del coronel de Maumort, que se publicará a título póstumo. Esta publicación, al igual que otras que también fueron póstumas (correspondencia, diario, relatos cortos) hace más compleja la figura de un escritor que se reivindicó a sí mismo como novelista.

Publicaciones.

Devenir (1908)

L'Une de Nous (1909)

Jean Barois (1913)

Les Thibault: Le Cahier gris (1922)

Les Thibault: Le Pénitencier (1922)

Les Thibault: La Belle Saison (1923)

Les Thibault: La Consultation (1928)

Les Thibault: La Sorellina (1928)

Les Thibault: La Mort du père (1929)

Vieille France (1933)

Les Thibault: Thibault, L'Été 1914 (1936)

Les Thibault: Thibault, l'Épilogue (1940)